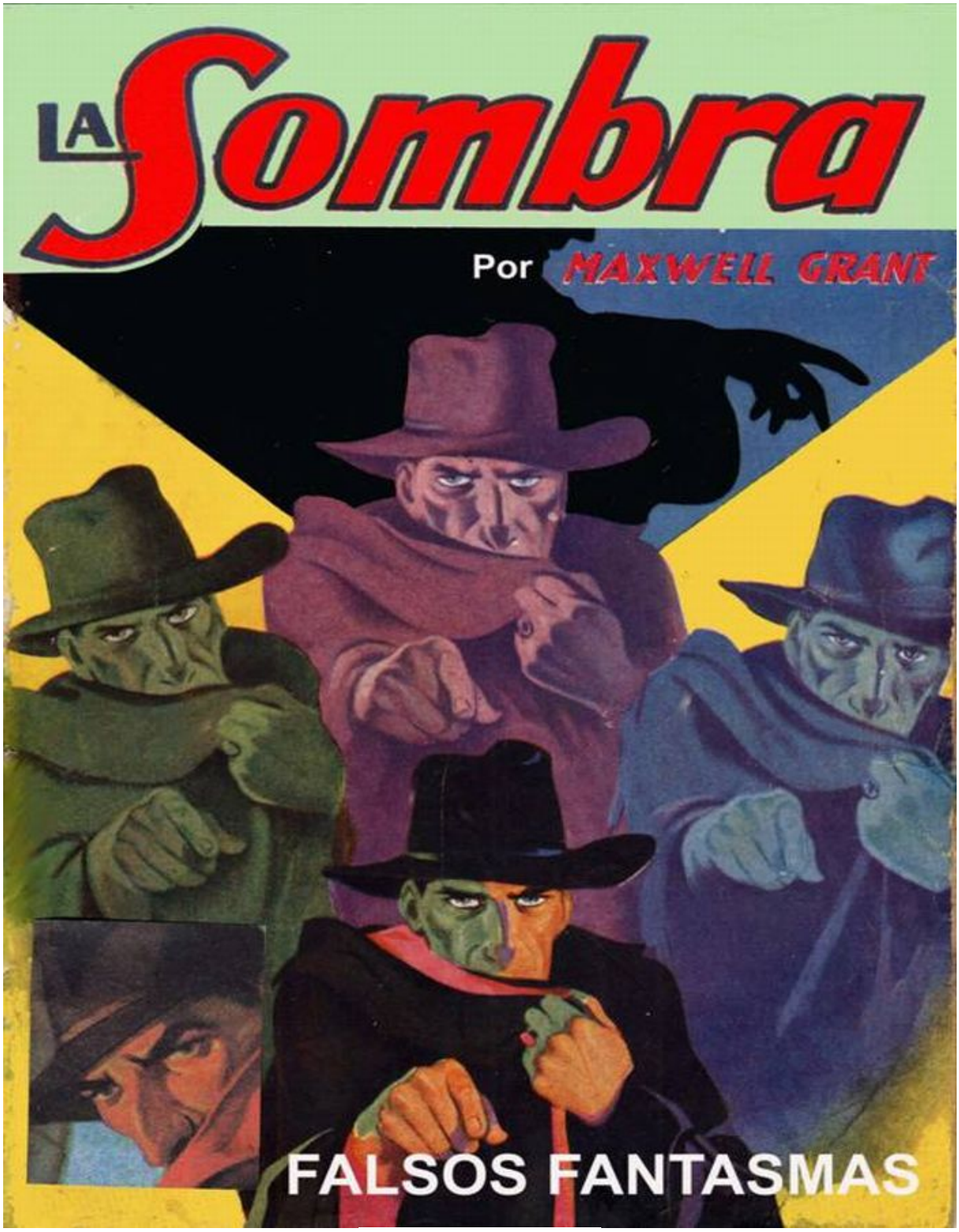
Falsos fantasmas
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA RISA DE UN FANTASMA

-¡Soy Florecilla!

Una voz fría, chillona, farfullaba en la sobrecogedora oscuridad. Al cesar la voz aguda, prevaleció un silencio espectral.

-¡Soy Florecilla!

El grito repetido era como el extraño eco de la primera llamada de ultratumba. Luego, cuando dejó de oírse la llamada, una pregunta baja y trémula surgió le entre las personas sentadas en el oscuro círculo.

-¿Tienes un mensaje para mí?

Era una mujer quien hizo la pregunta. Su tono indicaba que era una creyente sincera. El auditorio aguardó. La voz de Florecilla pareció rasgar las tinieblas.

-Tengo un mensaje de J. H.-decía-. Quiere hablar con alguien que está aquí. Alguien a quien no puede ver. Alguien que le amó en el plano material. Dice que es J. H. Dice que quien le ama sabía...

-Reconozco a J. H. -murmuró la voz femenina-. Yo soy aquella persona a quien él querría hablar. Por favor, Florecilla... tráeme su mensaje, por favor...

La voz suplicante acabó en abogado sollozo. La mujer no pudo hablar más; estaba embargada de emoción.

El grupo continuó en tensión. Los sollozos de la mujer que había hablado eran la única seña de que hubiera gente en el cuarto vigilando, esperando...

-Dice que intentará hablar - prosiguió Florecilla-. Dice que probará por que ella quiere. Dice que siente que ella está preocupada. Que necesita que él le diga...

-Sí que le necesito, Florecilla-suplicó la mujer-. Dile que desde que se fue al mundo de los espíritus he estado sola. Necesito que me aconseje.

-Está hablando ahora-aseguró Florecilla-. Ahora me dice más. Dice que su nombre es J... J..., es como John; dice...

-¡Es cierto, Florecilla!-exclamó la mujer-. Te dijo bien. ¡ Oh, mi querido Jonatán! ¡Él sabía tanto del mundo!... ¡Era tan emprendedor... triunfaba! .. Y ahora, sin él que me diga lo que he de hacer...

-El ve su preocupación-dijo Florecilla-. Dice que se llama Jonatán. Ve que está usted preocupada por el dinero que tiene. Teme usted no ser prudente...

-¡Jonatán sabe!-gritó la mujer-. Habla de entre los muertos, del plano de los espíritus. Dile que vendí, que hice lo que él me aconsejó; pero que ahora...

Calló, porque la voz de Florecilla empezaba a hablar de nuevo.

-Jonatán me habla. Dice que comprende. Le diré todo por mediación mía. Dice que hizo usted bien en vender las obligaciones que él le dijo que vendiera.

-Es cierto, Florecilla. Sólo Jonatán podía estar enterado de eso. ¡Háblale otra vez, Florecilla! ¡Ya sé que es mi Jonatán!

-Dice que usted ha vendido; pero que le preocupa lo que ha de comprar. Tiene usted miedo a menos que él se lo diga. Desea saber qué ha de comprar, para estar segura.

-¡Es verdad! ¡Es verdad!-exclamó la mujer.

-Él está en el plano de los espíritus-prosiguió la voz chillona;-pero puede ver el plano material también. Él ve algo que debe usted comprar. Sí; me dice que ha de comprar usted. Ganará así mucho dinero. Muchísimo dinero, dice. Es un nombre largo, demasiado largo para que recuerde Florecilla. Ella, no puede comprender palabras tan largas.

-¡Por favor, Florecilla! ¡Procura entenderlas!

-Florecilla no sabe decir palabras largas. Pero él deletrea. Escucha mientras Florecilla intenta decir las letras... C-O-R-O-N-A-D-O...

-¡Coronado!

-Eso es lo que dice... la misma palabra... Jon... Jonatán dice la misma palabra. Hay una palabra más. Empieza como la primera. Florecilla no puede pronunciarla. Probaré deletrear otra vez. C-O-B...

La voz chillona se interrumpió y pareció confundirse. Se tornó incoherente.

Luego volvió a empezar a deletrear laboriosamente:

-C-O-B...

-¡Cobre!-exclamó la mujer-. ¡Cobre Coronado! ¿Es eso lo que te dijo, Florecilla?

-Eso es lo que dijo. Lo que usted dice. Las mismas palabras largas y raras que Florecilla encontró demasiado largas para pronunciar. Jonatán dice que debe comprar aprisa. Ha de ser aprisa, antes de que sea demasiado tarde...

-¡Pregúntale qué cantidad debo comprar, Florecilla! - inquirió la mujer, casi sin aliento-. ¡Pregúntale cuánto!

-Le hablaré. Aguarde. Ha oído. Por el oído de Florecilla ha oído. Diré lo que él dice.

La voz chillona calló. Hubo una larga pausa. Luego una serie de palabras incoherentes y sin sentido, Por fin, el tono de Florecilla.

-Dice un... un algo... ¡un algo... un numero raro; dice...

Al irse apagando la voz y aumentar la tensión nerviosa de los circunstantes, se oyó un nuevo sonido en la sala de sesiones. Pareció salir de la nada y seguir en aterrador crescendo.

Era el sonido de una risa siniestra, desprovista por completo de humorismo.

Risa susurrada... perdió su sobrenatural tono trémulo y fue haciéndese más sonora hasta convertirse en burlona carcajada que ahogó las palabras de Florecilla.

Los circunstantes exhalaron agudas exclamaciones de sorpresa. Las manos entrelazadas temblaron. Aquella risa había sonado como el tañido condenatorio de una potencia feroz del Más Allá.

La risa se apagó; luego se oyó una leve reverberación, como si el tono hallara eco en el propio vacío.

Siguió un silencio mortal, que helaba la sangre en las venas. Luego volvió a oírse el parloteo incoherente y trémulo de Florecilla, que ya no parecía tan segura.

-Jon... Jon-a-tan... intenta decir... intenta decir... un... un...

Con aterradora brusquedad volvió a sonar la terrible risa en la oscuridad.

Sonó más corta y más alta. Se interrumpió en plena y terrible carcajada; después, tras un instante de pausa, fueron repetidos los mismos tonos con menos volumen.

Una pausa más larga y otra carcajada. Luego, tras una espera insoportable, la singular burla llegó, como siniestro susurro, desde los corredores de la nada.

El perdido parloteo de Florecilla no reapareció. Se oyeron gemidos procedentes del médium sentado a la cabeza del círculo. Una voz de hombre gimió.

-¡Luz! ¡Luz! ¡Enciendan la luz! -se oyó decir en un susurro.

Alguien obedeció. Al oírse el chasquido del interruptor, se inundó la habitación de luz.

Quedó revelado un círculo de una docena de personas. Había hombres y mujeres en el grupo y todos los semblantes expresaban sorpresa e inquietud.

Todas las miradas convergían en el médium.

Era éste un hombre nervioso, de rostro cetrino, que se hallaba sentado en una silla con las manos y los pies atados, de acuerdo con lo convenido antes de dar principio a la sesión.

Un hombre pesado, de duro semblante, se alzó del círculo y se acercó al médium. Una mujer se unió a él y entre los dos, lograron sacar al médium de su éxtasis. Siempre atado éste miró a su alrededor, aturdido.

-¿Está usted bien, profesor Jacques?-preguntó el hombre que se hallaba a su lado.

El médium le miró con ojos sin expresión; luego reconoció al que había acudido en su ayuda.

-Sí, amigo mío- dijo-. Sí, señor Harvey. Estoy bien. Tuve un sueño terrible mientras me hallaba en éxtasis; un espíritu maligno, terrible, se apoderó de mi alma. Les veo a todos ahora, amigos míos. Ah, señor Castelle -se dirigió a un hombre de edad madura y aspecto que infundía respeto, que estaba sentado al otro lado del círculo-. Me alegro que estuviese usted aquí. Era usted un escéptico. Ahora ya ha visto cómo pueden obrar les espíritus malignos. ¿Verdad que es terrible?

Castelle movió, lenta y afirmativamente, la cabeza. Su semblante igualaba en palidez al de los demás concurrentes. El médium, recobrando nuevamente el dominio sobre sí, miró de una persona a otra.

-Ah-dijo, hablándole a una mujer de cierta edad, que estaba muy asustada:-era a usted a quien hablaba Florecilla, ¿no es cierto?

-Sí, profesor Jacques.

-Siento mucho que fuera interrumpido su mensaje. Es lamentable, señora, que haya ocurrido una cosa así la primera noche que asiste a mis sesiones. Resulta, a veces peligroso para mí obtener mensajes para personas que no han estado aquí nunca antes. Esta noche hay algo maligno presente...

Hizo una pausa cuando, al seguir errando su mirada por el círculo, descansó sobre un hombre alto, de cara de halcón que le contemplaba con mirada fija.

El profesor Jacques frunció el entrecejo.

Aquel silencioso individuo tenía algo que hacía desconfiar al médium. El hombre de cara de halcón era la única persona del cuarto que no estaba turbada. Las manos, largas y esbeltas, descansaban sobre sus rodillas.

Su semblante era tan firme como si estuviera tallado en granito.

Al profesor Jacques le resultaba imposible poder mirar aquellos ojos severos y filos. El médium volvió a mirarle las manos.

En uno de los dedos vió una piedra preciosa extraña, misteriosa que brillaba corno un ascua. Sus destellos, de un purpúreo profundo, se trocaron en vívido carmesí. Aquella piedra tenía el fulgor de fuego vivo.

El médium luchó contra la fascinación de la piedra y se volvió al hombre que tenia a su lado-el hombre a quien había llamado señor Harvey.

-Me parece que me encuentro bien ya-dijo-. Celebro que esté usted aquí, señor Harvey. Usted y esos otros comprenden los peligros que amenazan a un médium. Confío en que todos los que creen sinceramente en mí - prosiguió, dirigiendo una mirada en torno suyo y esquivando al hombre de cara de halcón-, se cuidarán de que ninguno del grupo cause disturbios. Intentaré otra vez ponerme en comunicación con Florecilla. Pero, primero, buscaré que se manifieste un espíritu amistoso qué nos proteja a todos contra las fuerzas del mal.

Señaló sus ligaduras con un gesto. Los circunstantes más próximos, habiendo recobrado nuevamente la tranquilidad, examinaron los nudos para asegurarse de que el médium seguía fuertemente atado.

El hombre de cara de halcón no se movió de su asiento. Permaneció inmóvil, con la mirada fija, siempre, en el médium.

-Entrelacen las manos-ordenó el profesor Jacques-. El círculo ha de estar completo mientras yo me encuentre dentro de él. ¿Tiene usted la bondad de apagar las luces, señor Harvey, y luego formar parte del círculo? Gracias.

Las luces se apagaron y la voz del profesor sonó solemnemente en la oscuridad.

-He recobrado las fuerzas-dijo-; pero antes de que me ponga nuevamente en comunicación con Florecilla, invocaré a Temujin, el poderoso espíritu amigo, para que se ponga a mi lado. Ha sido una gran ayuda con frecuencia. Como procede del plano espiritual,

puede castigar a los mortales, así como a los espíritus del mal. Si alguno dejara ese círculo, no puedo hacerme responsable de su seguridad. ¡Escuchen!.

La voz del médium se convirtió en prolongado gemido. -Oigo el susurro de Temujin. Está a mi lado. Siento su poderosa presencia...

Al hacerse confusa la voz del médium, se oyó una exclamación ahogada colectiva. Delante de la figura del médium se cernía un puñal fosforescente... un arma siniestra esgrimida por una mano invisible.

-Siento la presencia de Temujin-sonó la voz del médium-. Está por encima de mí... junto a mí... protegiéndome. ¡Qué los mortales tengan cuidado! ¡Que tengan cuidado! Ninguna fuerza del mal puede penetrar en este cuarto. ¡Espíritus ligados del otro plano! ... ¡Cuidado con Temujin!

La voz del hombre se convirtió en un gemido. Cuando cesó, todos comprendieron que se manifestaría la voz de Florecilla.

El puñal amenazador y luminoso hizo que temblaran las manos en el círculo.

Sin embargo, su presencia era agradecida porque, estando ella allí, no podría volver aquella voz burlona sobrenatural de antes.

El gemido del médium se estaba apagando. La voz en sonsonete de Florecilla empezaba a sonar, trémula, en el silencio. El puñal fosforescente estaba casi inmóvil y fulguraba levemente delante de la cabeza del médium.

-Soy Florecilla...

Cayó la voz al reunirse, recogerse, los helados tonos burlones por el cuarto, como si se arrastraran de todas partes para concentrarse en un punto determinado. Era como si unas fuerzas invisibles estuviesen reuniendo las vibraciones del aire para lanzarlas en tremenda burla.

El sonido fue creciendo por encima de las ahogadas exclamaciones de los presentes. Se hizo más fuerte que la charla de Florecilla. Estalló como en la cresta de una poderosa ola, un grito sorprendente, sin humor, de risa salvaje y exótica.

Las sillas cayeron hacia atrás al levantarse sus ocupantes. Las mujeres, asustadas, exhalaron, simultáneamente, gritos de terror.

El puñal fosforescente tembló, como si la mano invisible que lo sujetara se hubiera sobresaltado al oír el reverberante grito. Luego lanzó destellos, describiendo un arco amenazador, como si buscase a un enemigo oculto.

Al vacilar el puñal, algo surgió de la oscuridad y asió un brazo que había junto al arma. Se oyó una maldición en voz alta y áspera.

El puñal giraba, intentando desasirse de una mano invisible, como si las fuerzas poderosas e invisibles libraran sobrenatural batalla.

Sonó una blasfemia procedente de otros labios. La risa burlona surgió nuevamente en ráfagas cortas al elevarse el puñal. Por entre la risa, se oyó el ruido de una silla que caía, maldiciones, ruido de lucha en la oscuridad.

EL puñal fosforescente se alejó, en libertad. Tirándose a fondo desde arriba, la hoja cayó como una ráfaga de meteórica luz. Su misión de venganza terminó al perderse en la oscuridad.

Sonó un grito horroroso junto a la silla del médium. Volvió a oírse más débilmente, acabando en una tos terrible.

Algo cayó pesadamente y el mango luminoso del puñal apareció de nuevo y quedó inmóvil a unos treinta centímetros del suelo.

-¡Luz! ¡Luz!-gritó el médium.

Ahogó la frenética llamada un nuevo estallido de la demoníaca risa que había llenado de consternación a cuantos se hallaban en el cuarto.

En las paredes y el techo reverberó la carcajada. Una hueste de minúsculas lenguas parecía estar dando voz a un mensaje siniestro.

AL apagarse los burlones ecos se encendió la luz. Castelle, con el rostro pálido como un muerto, había alcanzado los interruptores. La brillante iluminación reveló una escena sorprendente.

Los asistentes se hallaban diseminados por el cuarto-en los distintos puntos a donde habían huido para mayor seguridad. Las sillas caídas proclamaban, elocuentemente, cuán a las locas se habían apartado del círculo.

El médium, con el cetrino rostro de un color púrpura rojizo en aquellos momentos, forcejeaba con las cuerdas que le sujetaban.

Por muy asombroso que fuese todo esto, no podía compararse con lo que se veía en el centro del cuarto.

Allí yacía el cuerpo de Herbert Harvey, boca arriba-¡asomando la empuñadura del puñal por encima de su corazón!

Estaba muerto. Le había quitado la vida aquel puñal misterioso que ya no brillaba con luz fosforescente. Mientras ojos asombrados contemplaban el horroroso cuadro, fascinados por el chorro de sangre que manaba del cadáver, un eco singular y sobrenatural surgía de un punto desconocido.

Era la última respuesta de la extraña burla que había precedido a tan horrorosa escena. Nadie sabía de dónde salía.

En plena culminación del sonido, los ojos desorbitados del médium pasearon la mirada por doquier. Dejó de forcejear para buscar el origen de aquel sonido burlón.

A nadie vió reírse. No se veían más que rostros pálidos y asustados. Eran los rostros de los sobresaltados asistentes a la sesión. Como antes, dichas personas estaban obsesionadas por el miedo.

El médium miró de semblante en semblante, olvidándose del cadáver que yacía en el suelo, buscando, tan sólo el rostro de halcón que temía.

Pero su búsqueda fue estéril. El hombre de la mirada fija y dura había desaparecido. Lo único que quedaba para olvidar su extraña presencia era el recuerdo de una risa extraña sardónica. Una risa tan horrible que nadie podía creer hubiese salido de labios humanos.

Era como la risa de un fantasma. Una burla tan grotesca que sólo un ser del otro mundo podía haberla emitido. Un tono sobrenatural que hasta el falso médium creía procedente de labios de un espíritu.

Como la risa de un fantasma había venido; como un fantasma había vuelto.

Con ella había desaparecido un hombre, como si él también perteneciese a un reino desconocido del Universo.

Sin embargo; la risa, por muy de fantasma que hubiese parecido, salió de labios humanos.

¡Era la risa de La Sombra!

CAPÍTULO II
FANTASMA O SOMBRA

¡Asesinado por un fantasma!

De todas las muertes extrañas que Joe Cardona había investigado, el caso de Herbert Harvey, apuñalado con un afilado cuchillo, era la más misteriosa de todas.

Para el as de los detectives de Nueva York, llamado al cuarto de la sesión media hora después del asesinato, la situación presentaba una serie de detalles que no admitían solución

tangible. Después de una noche de interrogar a testigos; después de buscar indicios con una meticulosidad enorme, Cardona se hallaba exactamente igual que antes de haber empezado.

Por la mañana, el detective fue llamado, al despacho del comisario Ralph Weston. Esto, en si, era lo suficiente para que Cardona se sintiera aprensivo.

El comisario, a pesar de sus gustos delicados, era un perspicaz analizador del crimen.

Weston confiaba en Cardona; pero tenía la costumbre de criticar las teorías favoritas del detective en las pocas ocasiones en que él y Cardona celebraban consulta.

Cardona estaba acostumbrado a la crítica. A la mayoría de las personas les contestaba con rapidez y agudeza. Pero Weston aprovechaba los puntos flacos del detective para atacarle.

Al aproximarse al despacho, Cardona estaba convencido de que le esperaba un torrente de justificado descontento.

El comisario Weston, bien arreglado y perezoso sonrió amistosamente al verlo comparecer en su oficina. El detective conocía aquella sonrisa y no se dejó engañar por ella.

Se sentó al otro lado de la mesa de superficie de cristal y contempló a Weston mientras éste estudiaba un periódico. Por fin el comisario soltó el papel y le miró.

-¿Qué?-inquirió.

-Ya, sé lo que quiere usted saber, comisario - contestó, solemnemente el interpelado-. Lo del caso Harvey. Pues bien, está todo ahí (señaló el periódico). Por una vez los periódicos publican la verdad.

El rostro del comisario reflejó el más vivo asombro. Cardona reprimió una sonrisa sombría. ¡Había dejado petrificado al comisario Ralph Weston!

Transcurrió un minuto completo antes de que el comisario se rehiciera de su sorpresa. Entonces descargó varios puñetazos sobre el periódico y miró a

Cardona, retador.

-¿Es posible-exclamó-, que lo único que haya descubierto sea toda esta sarta, de tonterías sobre un supuesto fantasma? Pero... ¿qué le ha pasado a usted, Cardona?

-De once personas que se hallaban presentes, diez de ellas atestiguan lo que dicen los periódicos. Sólo una de ellas ofreció una teoría distinta.

-¡Diez imbéciles!-exclamó el comisario-. ¡Diez imbéciles, estúpidos, ignorantes, que...¡

-¿ Ha leído usted sus nombres, comisario?-inquirió el detective.

-Si-reconoció el comisario, de mala gana.

-Hallé a esos señores muy excitados, pero no me atrevería a decir que fuesen ignorantes o estúpidos. Eran personas muy inteligentes, comisario. Personas que tienen sentido común además dc dinero en abundancia.

Weston se cruzó de manos y se echó hacía atrás en su silla. Contempló a Cardona, pensativo. Movió, lenta y afirmativamente la cabeza.

-Empiece usted por el principio-dijo-. No quiero perder detalle de este asunto.

-La reunión se celebró en el Hotel Dalban-empezó a decir Cardona-. Allí es donde el profesor Raúl Jacques celebra sus sesiones, una vez a la semana, en una habitación particular apartada, para que nadie pueda molestarles. Por lo que dicen los testigos, la mayoría de los asistentes se componía de clientes antiguos. Pero no todos conocían a todos los demás... El profesor dice que recibe a los extraños con mucho gusto. Pretende poder obtener mensajes para cualquiera. Bueno, pues anoche estaba consiguiendo una comunicación para una persona que acudía a él por primera vez. Para una tal señora Henderson... figura en esa lista que publica el “Daíly Classic”. En plena sesión se oyeron unas carcajadas horribles. Se asustaron todos y encendieron las luces. El profesor aseguró que un espíritu maligno estaba intentando echar a perder la sesión.

-¿Fue entonces cuando se cometió el asesinato?

-No; volvieron a empezar. El profesor dice que invocó una buena influencia para que luchara con la mala. Vieron un cuchillo... una daga... suspendida en el aire. Entonces sonó de

nuevo la risa. Alguien gritó. Encendieron las luces. Harvey estaba muerto... y la risa seguía saliendo de alguna parte. Cesó en cuanto se encendieron las luces.

-¿Fue entonces cuando se les ocurrió la teoría del fantasma?

-Sí. El profesor dice que estaban luchando dos espíritus: el malo y el bueno. Aseguró que Harvey se entrometió en el asunto y pagó las consecuencias.

-¡Absurdo! - exclamó Weston-. Un cuchillo no puede salir de la nada, Cardona!

-Le estoy contando a usted lo que dijo el profesor, comisario. Inicié un interrogatorio allí mismo. Cuando se interroga con apremio a una serie de mujeres excitables, no empiezan a inventar cuentos. Hablé con ellos. Aparte del profesor, nueve personas contaron la misma historia, y todos lo achacaban a un fantasma.

-¿El profesor hizo su relato primero?

-Sí; ahí está la cosa. Se me ocurrió lo mismo que se le está ocurriendo a usted ahora... que estaba callando algo. Si esa cuestión de los fantasmas es una impostura, nadie debe saberlo mejor que él. Conque sería quien lo inventara. Pero esa teoría no encaja.

-¿Por qué?

-El profesor no puede haberlo hecho. Estaba atado de pies y manos. Escuche esto bien, comisario. Alguien dio la alarma. Acudieron al cuarto dos detectives del hotel antes de que hubieran transcurrido tres minutos... buenos detectives los dos. Pagan bien para tener detectives de primera en el Dalban. Nadie salió de aquel cuarto después de su llegada. Vigilaron al profesor. Estaba atado en su asiento. Y cuando yo examiné los nudos, estaban bastante fuertes. No existía la menor probabilidad de que pudiera desatarse... y mucho menos de que volviera a poderse atar.

-¿Está usted seguro de eso, Cardona?

-Completamente seguro. Tardamos cinco minutos en poderlo desatar. Ni un mago como Houdini hubiera podido salirse de aquella silla, cuanto más ese profesor. No tiene nada de débil; pero tampoco es muy fuerte.

-No me gusta su relato - persistió Weston.

-A mí tampoco. Creo que está ocultando algo. Pero no porque hiciese él nada. Como ya dije antes, es imposible que haya podido hacerlo.

-¿Cuál sería su propósito, pues?

-Eso de los espíritus constituye su medio de vida, comisario. Mientras haya nueve personas que se lo achaquen a los espíritus, ¿va él a decir lo contrario? La cuestión es la siguiente. EL sabe que el asesinato lo cometió alguien de carne y hueso y no un fantasma. Pero no sabe quién es el asesino. ¿Comprende? ¿Qué sería de su reputación si declarase semejante cosa?

-Comprendo. Ha descubierto usted algo con eso, Cardona. Ese hombre debe ser algún impostor... creo que casi todos los médiums lo son. Pero, al ocurrir ese asesinato a su lado... mientras estaba él atado e impotente...

-Precisamente; pero no me alabe usted demasiado hasta que sepa de dónde saqué la idea. Me tengo guardado algo, comisario.

-¿Sí?

-Sí, señor. Y no lo encontrará usted en los periódicos, por añadidura, mientras hubiera diez testigos que aseguraran a voz en grito que un fantasma era el asesino, tenía muy pocas probabilidades de salir en letras de molde el que aseguraba lo contrario.

-¡Ah! había otro...

-Comisario-declaró Cardona en voz solemne:-había doce personas en el cuarto cuando llegué yo. Doce... incluyendo al muerto.

»El profesor dijo lo que tenía que decir. Todos los demás, juntos o por separado; dijeron lo mismo. Por lo menos al principio. Pero, más tarde, cogí a uno de ellos solo, por mi cuenta.

-¿Quién?

-Benjamín Castelle, un hombre de mucho dinero. Su nombre figura en la lista. Tiene usted que tener en cuenta una cosa, comisario. Toda esa gente cree en los espíritus... menos Castelle.

-¡Ah! ¿ Es un escéptico?

-Verá... Cree que el profesor es de bastante confianza. Castelle dice que le ha oído decir algunas cosas bastante asombrosas.

»Pero, cuando se trata de fantasmas que esgrimen puñales... eso es harina de otro costal. Castelle no comulga con ruedas de molino. Vió algo aquí esta noche, en lo que ninguno de los otros se fijó.

-¿En el momento del asesinato?

-No; antes le dije que había doce personas en el cuarto, contando al muerto. Bueno, pues Castelle me dice que... ¡había trece!

-¿Está seguro de ello?-inquirió el comisario, dando muestras de vivo interés.

-Las contó. Cuando se encendieron las luces. Dice que el cuarto parecía, verdaderamente, un campo de caza de fantasmas después de haber oído la primera carcajada. Castelle es algo supersticioso. Estaba mirando a su alrededor y, casi inconscientemente, se le ocurrió contar la gente. Jura que había trece personas.

-Así, la persona decimotercera...

-¡Puede ser el asesino!

Weston se quedó pensativo. Parecía estar imaginándose la escena tal como la había visto describir en la Prensa y como se la había descrito Cardona.

Le miró a éste, interrogador.

-¿Qué fue de esa persona?-inquirió.

-Debió de irse. Castelle no está seguro del todo, pero cree que había siete hombres y seis mujeres en el cuarto. Había seis hombres y seis mujeres, contando a Harvey, cuando llegaron los detectives del hotel.

-¿Cómo puede haber desaparecido el otro?

-He ahí el misterio. Es casi tan complicado como la teoría del fantasma. Cuando se fue, debe de haberse escapado por la puerta en el preciso momento de encenderse la luz.

»Había un pasillo recto delante de él. No había puerta alguna a ninguno de los dos lados. Puede haberse deslizado hasta el balconcillo, por encima del vestíbulo, y luego haber bajado la escalera qué hay a un lado. Castelle echó mano al teléfono y pidió ayuda en cuanto se encendieron las luces. Los detectives llegaron al cabo de unos instantes. Pero cuando no está uno muy seguro del tiempo...

-¿Hubiera sido posible, sin embargo?-inquirió Weston-. ¿Le hubiera sido posible a un hombre salir por el vestíbulo?

-Posible, sí. Era la única salida. El cuarto no tenía más que una puerta. Las ventanas estaban cerradas y tenían persianas cerradas también. Por el vestíbulo, pero si un hombre escapó por allí, fue una verdadera maravilla. Ello no obstante, Castelle me ha dado esa información. Calculo que no debe haberse equivocado.

-En cuanto a las personas que se hallaban en el cuarto...

-No había ni una sola sospechosa, comisario. Todos eran del mismo barro... menos Castelle. Él es escéptico, como usted dice; pero no hay manera de encontrar un motivo que pudiera impulsarle a cometer un asesinato.

-Habla de un hombre más. Eso pudiera ser para despistar...

-De ninguna manera. Castelle dice la verdad. Si no hubiera querido ayudar a la justicia, hubiese seguido el camino de menos resistencia, declarando lo mismo que los demás. Dice la verdad, no cabe la menor duda. Había otro hombre en aquel cuarto, logró huir. Cuando le encontremos, habremos encontrado al asesino.

Weston cogió el periódico. Estudió los nombres de la lista. Inició una serie de preguntas relacionadas con los distintos individuos. Cardona respondió, metódicamente, a cada una de ellas. Weston dejó caer el periódico y le tendió la mano.

Era un triunfo para Joe Cardona, un final glorioso a una conferencia a la que con tanta aprensión había acudido. El convencimiento del comisario era evidente.

-Había otro hombre-aseguró Weston-: un hombre que quería matar a Herbert Harvey. Pero... ¿por qué escogió un método tan raro?

-Esto es fácil de contestar. Costaba poco trabajo hacerlo en la oscuridad. Todos estaban sentados en círculo. Cuando el puñal empezó a flotar por encima de ellos, el único que podía saber que no era un puñal fantasma era el médium.

»Dice que tenía los ojos cerrados... que siempre los cierra cuando se halla en éxtasis. Los testigos están de acuerdo. Pero, supongamos que viera el puñal. ¿Qué podía hacer él?

»Si gritaba y pedía luz, podía recibir una puñalada. No podía hacer nada, estando atado en aquella silla.

-Tiene usted razón otra vez-exclamó Weston, felicitándole.

-Sí; el profesor guardó silencio, temiendo gritar. Esa es la explicación. Los demás estaban demasiado espantados para moverse... y cuente a Castelle entre los demás. Pero tuvo suficiente sentido común para usar la cabeza.

-Cardona-dijo Weston, poniéndose en pie-: le doy a usted carta blanca en el asunto. Ha hecho usted maravillas hasta ahora. El caso está en sus manos.

-Gracias, comisario-respondió el detective, poniéndose en pie-. Me alegro que opine usted así. No quiero perder tiempo, pero quiero poder tener la sensación de que no se me apremia. Esta pista, si la cojo, puede conducir a cualquier parte.

-¿Qué piensa hacer? ¿ Detener a alguno de los que asistieron a la sesión?

-Ni a uno. EL profesor vive en el Hotel Dalban. Está seguro ahí. Le daremos libertad: pero no tendrá ocasión de largarse de la ciudad. Será un buen testigo más adelante. Voy a dejar que valga su relato de momento.

»Los demás están bastante seguros. Castelle vive en el Club Merrimac. Es una persona de importancia, muy conocida y muy querida. Puedo hablar con él cuando se me antoje. Pero, en este preciso momento, vuelvo a trabajar en una pista que me conducirá al hombre que cometió el error.

-Permítame que le dé un consejo-dijo Weston, muy serio-. Hace algún tiempo, Cardona, tenía usted un defecto muy grande. Se inclinaba a atribuir ciertos acontecimientos inexplicables a un personaje imaginario al que llamaba usted La Sombra. Ha corregido usted ese defecto. No permita que mine sus opiniones sanas en lo que se refiere a este caso.

A Cardona, se le alargó, momentáneamente, la cara, luego soltó una sonrisa forzada.

-He olvidado eso, comisario-dijo-. No hablemos más de ello.

-De acuerdo-sonrió Weston, dándole una palmada en la espalda-. ¡Duro y a ello! Confío en usted. EL caso se halla en sus manos. Encuentre al asesino.

Al salir del despacho del comisario, el rostro de Cardona tenía una expresión solemne, una expresión que Weston hubiera visto con desconfianza.

Porque las palabras del comisario habían despertado el recuerdo latente del detective.

AL dirigirse al Hotel Dalban, Cardona reflexionaba profundamente.

Una persona desconocida había figurado en aquel crimen. Los periódicos hablaban, con grandes titulares, de una mano fantasma, teoría que sonaba muy bien en letras de molde, pero que el detective rechazaba por completo.

Sin embargo, la extraña desaparición de la persona que faltaba, había de ser sobrenatural o sobrehumana.

Los fantasmas, según había oído decir Cardona, eran sobrenaturales. La Sombra-y esto lo sabía Cardona-era sobrehumana.

¿Fantasma o Sombra? ¿Cuál?

Cardona contestó, mentalmente, a su pregunta:

-¡La Sombra!

CAPÍTULO III
CARDONA RECIBE UN REGALO

Al llegar la noche, el detective se hallaba fatigado y lleno de preocupación.

Desde que abandonara el despacho del comisario, había estado trabajando su mente por derroteros prohibidos. En el hotel Dalban había buscado indicios, ocultos. Ninguno había hallado.

¡La Sombra!

Este era el pensamiento, que le había obsesionado más y más. Con el misterioso nombre siempre presente, Cardona se había vuelto singularmente silencioso.

Había logrado el deseado privilegio: libertad completa en el manejo del caso Harvey. Pero sabía muy bien que si el comisario sospechara que pensaba nuevamente en La Sombra, encargaría la solución del crimen a otros detectives.

Cardona había visto con frecuencia en su carrera rastros de La Sombra.

Sabía que el simple nombre bastaba para sembrar el terror entre los criminales más endurecidos.

Habían muerto muchos malhechores pronunciando el extraño nombre. Vez tras vez, La Sombra había hecho fracasar planes de criminales muy inteligentes.

¿Quién era La Sombra?

Cardona no tenía la menor idea. Sabía tan sólo que el extraño personaje que se daba a sí mismo dicho hombre era enemigo declarado del crimen.

Potencia vengativa, caía sobre los malhechores y les hacía purgar sus delitos. Con frecuencia habían sonado las pistolas de La Sombra, sembrando la muerte entre aquellos que luchaban contra la ley.

Sin embargo, hasta los más astutos jefes del hampa carecían de la menor idea acerca de la identidad de La Sombra. Sólo le conocían como hombre vestido de negro, figura alta y extraña que salía de la nada y desaparecía en las tinieblas.

Verdaderos demonios del hampa se habían encontrado cara a cara con La Sombra. Habían escuchado su voz, que infundía respeto y temor. Habían oído los sibilantes susurros de sus ocultos labios.

Pero los que hubieran podido contestar preguntas relacionadas con La Sombra, no vivían lo bastante para poder dar semejante información.

El propio Cardona había visto a La Sombra. Sabía que el hombre de las tinieblas no era un mito. Pero nadie había en Jefatura que pudiera corroborar su palabra. Cardona había visto a La Sombra salvar vidas. Él mismo se había librado de la destrucción, gracias a la intervención de tan potente personaje.

En otras ocasiones, Cardona había solucionado misterios que, al parecer, eran imposibles de resolver, gracias a la secreta ayuda de La Sombra. Pero Cardona y no La Sombra se había llevado los honores.

Sólo La Sombra había sabido la verdad y... ¡La Sombra nunca hablaba!

Millones de personas habían oído la voz de La Sombra y la seguían oyendo.

Porque, una vez a la semana, La Sombra hablaba por radio.

Con frecuencia habían intentado los pistoleros obtener indicios que les permitieran establecer la identidad del misterioso locutor que hablaba desde el silencio de un cuarto adornado de negros cortinajes. Pero siempre habían fracasado.

Hombres, ocultos a la misma puerta del departamento cerrado, habían oído el tono burlón de la risa de La Sombra y habían entrado rápidamente, para encontrarse con el cuarto vacío.

Cardona conocía todos estos detalles; pero no había podido llegar con ellos a ninguna parte. Ahora, acabada su jornada de trabajo, hallábase sentado ante su mesa en la jefatura, mirando, sombrío, a la pared. Sus teorías se estaban desvaneciendo como los copos de nieve ante el calor del sol.

La risa que se oyera en el cuarto de sesiones... ¡sólo podía haberla efectuado La Sombra!

Sólo cabía la posibilidad de que uno de los dos hombres hubiese matado a Herbert Harvey. Uno era el profesor Jacques; pero no podía haberlo hecho.

El otro era La Sombra; y La Sombra no se hubiera rebajado a cometer un asesinato.

Cardona había investigado la vida de Harvey. Había descubierto que tenía dinero y buena posición social, aun cuando estaba solo en Nueva York.

Era posible que Harvey hubiese sido un criminal. Pero La Sombra no tenía costumbre de matar en la oscuridad.

El saber esto hizo que Cardona se encontrara nuevamente ante la teoría imposible. ¿La mano de un fantasma o la mano del profesor Jacques, fingido creador de fantasmas? Ninguna de las dos cosas era posible.

¿Qué significaba aquel crimen? Cardona tuvo un presentimiento desagradable. Había visto muchos asesinatos misteriosos anteriormente, asesinatos que habían conducido a nuevas matanzas.

EL detective había salido aquella mañana del despacho del comisario bastante satisfecho. Ahora había desaparecido su sensación de triunfo.

Vió ante sí la derrota, quizá el desastre.

Fue durante aquellos momentos de melancolía que surgió un rayo de esperanza en la mente de Cardona. La evolución del inspirador pensamiento llegó por un proceso lento e inexplicable. Una concatenación de ideas condujo a su concepción.

Primeramente, Cardona pensó en la presencia de La Sombra. Su presencia denotaba crimen, y crimen en gran escala. Un solo asesinato no hubiera merecido la atención de La Sombra.

Se estaban preparando otros y, a no ser que La Sombra pudiera hacerlos fracasar, resultarían nuevos y difíciles crímenes que Cardona tendría que solucionar.

Fuera cual fuese el resultado, el detective se hallaba enfrentado con el azar.

Vió ante sí días sin esperanza, indicios que disminuían por momentos, oportunidades que se disipaban.

Por una vez, Cardona había logrado conquistar la completa confianza del comisario. Si vacilaba ahora, si daba algún traspiés, la perdería por completo.

La Sombra le había ayudado en el pasado. ¿Le ayudaría ahora? Seguía teniendo esa esperanza; pero temía que la ayuda de La Sombra iba a llegar demasiado tarde. Tal vez sólo después de haber decidido Weston que su opinión acerca de la habilidad del detective había sido equivocada.

Los caminos y procedimientos de La Sombra eran misteriosos. Nadie más que La Sombra podía gobernarlos.

Pero... ¿conocía La Sombra el trance en que Cardona se hallaba? Tal vez, si La Sombra lo supiera...

Ese fue el pensamiento que trajo consigo la inspiración.

¡La Sombra lo sabría si se lo dijera Cardona! Pero... ¿cómo ponerse en contacto con el misterioso personaje?

Reflexionando, Cardona comprendió que cuando un crimen despertaba el interés de La Sombra, ningún detalle era demasiado pequeño para que pudiese escapar a la observación del hombre de misterio.

Aquel mismo día, los periodistas habían estado pidiéndole a voz en grito al detective una declaración. Este las había dado extensas. Sabía que volverían a visitarle aquella noche. Querrían una entrevista. Se la concedería.

Aun cuando era práctico en descifrar declaraciones en clave, Cardona no tenía gran habilidad para hacerlas.

Empezó a hacer garabatos en una hoja de papel. Su primer esfuerzo fracasó y frunció el entrecejo, haciendo una bola de papel y tirándola.

Repitió el experimento. Al poco rato, el cuarto estaba lleno de papeles emborronados por el detective en sus esfuerzos por preparar un mensaje que tuviese especial significado para la persona que supiese leer entre líneas.

Por fin, con una hoja llena de palabras y tachaduras delante de él, Cardona se echó hacia atrás en su asiento y frunció el entrecejo.

Oyó ruido de pasos arrastrados junto a la puerta y, al alzar la mirada, se encontró con la conocida figura de Fritz, el taciturno ordenanza al que le gustaba tanto su trabajo, que con frecuencia se pasaba las noches limpiando la Jefatura.

El ver a Fritz hizo que se dibujara una sonrisa en los labios de Cardona.

Por una vez en su vida, el flemático ordenanza parecía asombrado. Miraba, con aparente aturdimiento la cantidad de pelotas de papel que Cardona había tirado por todas partes.

-Limpia todo esto, Fritz-dijo el detective-. Ronda por aquí un poco. Tiraré mucho más. Estoy jugando solo.

-Ya -respondió el encorvado ordenanza, agachándose para recoger las arrugadas hojas de papel.

Cardona, olvidándose de su presencia, transcribió las siguientes palabras de la hoja llena de tachaduras:

Asesinato de Herbert Harvey.

Se Ordenan Más Batidas Relacionadas Asesinato.

Pesquisas Realizadas En Caso Inducen Ser Optimistas.

Andan Ya Ultimándose Detalles Asunto.

Una de las cosas que más se destacaban en la escritura de Cardona era el tamaño de las mayúsculas de las cinco líneas últimas. Estas letras eran tan grandes que constituían una declaración de por sí. Decían:

SOMBRA

PRECISO

AYUDA.

No se le ocultaba al detective que la idea no tenía nada de buena. Sabía que los subtítulos, si se publicaban, aparecerían en minúsculas y no en mayúsculas.

No podía imponer la forma en que había de hacerse la composición. Se delataría. Fuera como fuese, era lo mejor que se le ocurría.

Copió de nuevo las declaraciones para ver cómo resultarían en letras de molde y sacudió la cabeza, melancólicamente, al observar el resultado.

Estrujó la hoja en fue había puesto las palabras con mayúsculas y la tiró al suelo para que la recogiera Fritz.

Debajo del borrador anotó unos cuantos comentarios relacionados con los titulares. Se metió el papel en el bolsillo y salió del cuarto, sacudiendo la cabeza aún.

Fritz continuó su lenta y laboriosa tarea. La última hoja de papel que recogió fue la que había tirado Cardona al suelo antes de marcharse.

No tiró ésta con las demás en el cacharro de la basura. Se la metió en el bolsillo. Alejándose, lentamente, del despacho, Fritz se dirigió a un ropero desierto. Allí se quitó su ropa de trabaja. Debajo llevaba un traje negro muy bien ajustado.

Antes de meter el mono en el armario, Fritz sacó el papel arrugado y se lo metió en el bolsillo.

Se había operado una metamorfosis en el hombre. Ya no estaba encorvado.

Del fondo del armario sacó dos objetos: una capa negra y un sombrero de ala ancha. Se vió el forro carmesí al echarse el hombre la capa sobre los hombros.

Luego quedó convertido en una figura totalmente vestida de negro, desde la capa con el cuello subido hasta el sombrero con el ala gacha, que le ocultaba por completo, las facciones.

¡El ordenanza Fritz se había convertido en La Sombra!

Silenciosa y rápidamente el hombre de negro salió del ropero. Se convirtió en ingrávida forma al avanzar por el corredor hacia la puerta de la calle.

Luego el misterioso ser se perdió en la noche y ni una leve sombra indicó el camino que había tomado.

Media hora después sonó un chasquido en un cuartito. Apareció un círculo de luz bajo una lámpara de pantalla verde. Los rayos de luz caían sobre una mesa.

Aparecieron dos manos. Eran largas y blancas y en uno de los dedos brillaba una piedra de matices cambiantes y translúcidos.

Era la misma piedra que había visto el profesor Jacques en la mano del hombre de rostro de halcón que había desaparecido del cuarto de sesiones.

Era un girasol, un ópalo de fuego, piedra que no tenía igual en el mundo entero. Aquella era la única joya que usaba La Sombra.

Algo cayó sobre la mesa. Era la hoja de papel de Cardona. Un momento después fue desplegada y allí leyeron los ojos ocultos de La Sombra el mensaje.

Una risa baja, susurrada, pasó por la oscuridad del cuarto. Su tono no era ni burlón ni humorístico. Parecía contener un significado que no era posible definir.

La petición de Cardona desapareció en la oscuridad.

¿Había hecho La Sombra caso omiso de ella?

Su siguiente acción no proporcionó indicio alguno acerca de sus intenciones.

Apareció sobre la mesa una pila de hojas mecanografiadas. Las manos las repasaron una tras otra. Eran informes confidenciales de los agentes de La Sombra, una pequeña banda de hombres eficientes y leales.

Las manos de La Sombra se posaron momentáneamente sobre una hoja.

Se repitió la risa susurrada. Los papeles desaparecieron.

Las manos emprendieron una nueva tarea.

La mano izquierda sostenía un pequeño disco de metal de un color plata mate. La derecha sujetaba una herramienta de grabar.

La mano inscribió cuidadosamente. La mano izquierda, curvada, ocultaba el disco de forma que resaltaba imposible ver las letras inscritas.

Unos ojos invisibles guiaban la tarea. No tardó ésta en estar terminada. La luz se apagó. Sonó la risa suave y, cuando se apagaron sus ecos, el cuarto estaba vacío. La Sombra se había marchado.

Por la mañana entró Cardona en su despacho con un periódico debajo del brazo. Se había publicado su declaración.

A pesar de la insistencia con que le había dicho al periodista que se citaran textualmente sus palabras, observó que las habían cambiado; seguramente lo habría hecho algún corrector.

Su intentona de enviar un mensaje a La Sombra había fallado, aun cuando subsistían rastros del mismo.

El detective dudaba mucho de su eficacia. Conocía la habilidad de La Sombra para descifrar mensajes. Pero su intentona había sido bastante torpe.

La mente más perspicaz del mundo difícilmente descubriría significado alguno en aquellas líneas.

Un detective que rondaba por la puerta señaló un paquete que se hallaba sobre la mesa de Cardona. Anunció que a su llegada ya se lo había encontrado allí.

Intrigado, Cardona contempló la caja de cartón. No llevaba nombre ni señas.

Sin embargo, no hubiera estado sobre su mesa si no fuera para él.

Cortó la cuerda y abrió la caja. Sacó un trozo de papel de seda, mientras le miraba su compañero.

Este soltó una ronca carcajada al salir la mano de Cardona de la caja.

¡Por que Cardona, endurecido sabueso, estaba estupefacto, con un manojo de violetas en la mano!

El único testigo de la broma dio un grito desde la puerta y asomaron otras caras para ver el aspecto ridículo de su compañero.

Furioso, Cardona dio un paso hacia la puerta. Los demás detectives salieron huyendo al ver su expresión de furia.

Cardona cerró la puerta de golpe. Se le enrojeció el semblante al contemplar las flores. Echó hacia atrás la mano, para tirar el ramillete centra la pared.

Su mano cerrada estrujó los delicados tallos.

Se paró de pronto, con la mano alzada aún. Notaba algo duro contra el pulgar.

Bajando el manojo, la abrió, dejando caer las flores al suelo. Lo único que quedó entre sus dedos fue un disco de plateado metal.

Lo miró asombrado. Luego le dio media vuelta. En el reverso vió una inscripción. Leyó las siguientes palabras: SABADO FILADELFIA ANITA MARÍA

Durante altas instantes, quedó como aturdido. Luego, casi automáticamente, se le ocurrió una explicación. Un disco marcado enviado dentro de un ramillete de violetas.

¡La respuesta de La Sombra a su petición de ayuda!

CAPÍTULO IV
FLORECILLA VUELVE A HABLAR

El sábado se hallaba el detective en Filadelfia. El taciturno Cardona no había dicho nada en Nueva York de su proyectado viaje. Desde la mañana que había recibido el manojo de violetas, Cardona se había mostrado inasequible.

El nombre de «Anita María» le había intrigado. Cuando llegó a Filadelfia, no sabía una palabra de su significado. Comprendió que podía muy bien tratarse de una pista falsa; que las violetas podían haber sido enviadas por un bromista.

Sin embargo, un viaje de noventa millas desde Manhattan no tenía importancia si ello servía, para proporcionarle alguna pista relacionada con el ya famoso asesinato acaecido en el Hotel Dalban.

Sabía que en Filadelfia, dada su categoría de detective de Nueva York, podría conseguir la cooperación de las autoridades locales. Pero no quería solicitarla al menos que fuera absolutamente necesaria.

Por consiguiente, ojeó los diarios de Filadelfia, sentado en el cuarto del hotel, buscando alguna nota, alguna gacetilla, cualquier cosa en la que figurara el nombre de «Anita Maria».

Evidentemente, el nombre pertenecía a una mujer. Pero resultaba incompleto; carecía de apellido.

En consecuencia podía muy bien ser el nombre de una tienda, de una sala de té e incluso de alguna embarcación que se hallara en el puerto.

Pero ni los anuncios ni las noticias le proporcionaron indicio alguno.

Volvió a su idea primitiva: que Anita María era una mujer. Decidió, de pronto, que el nombre pudiera estar completo después de todo.

Cogió el listín de teléfonos y pasó las páginas hasta llegar a la letra M. Allí encontró el nombre «María, como sí fuera apellido, seguido de «Anita».

El detective se rió de su estupidez. Anita María era un nombre completo después de todo. Tomó nota de las señas y del número de teléfono.

Era una casa de la parte Oeste de la población.

Salió del hotel y cogió el «metro». Llegó a su punto de destino y bajó por la acera de enfrente a aquella en que se hallaba situada la casa.

Y, desde allí, vió escrito, en un letrero pequeño, lo siguiente:

ANITA MARÍA CIRCULO PSÍQUICO

¡Anita María era un médium! No sólo eso, sino que empleaba el mismo titulo que usaba el profesor Jacques en Nueva York.

Al llegar a la esquina, Cardona se sacó un periódico del bolsillo. Había echado una ojeada a la columna de avisos anteriormente; pero no había visto cosa alguna de especial interés, aun cuando recordaba haber visto la palabra «psíquico».

Volvió a descubrirla en dos o tres anuncios. Uno de ellos decía la siguiente:

«Reunión psíquica esta noche. Serán bien recibidos cuantos se presenten. Ocho en punto».

Debajo aparecían las señas de Anita María.

Estaba ya bastante avanzada la tarde. Cardona decidió aguardar hasta las ocho. Halló un restaurante en la vecindad y comió allí. Estaba seguro ya de que aquel misterioso aviso se lo había mandado La Sombra.

Durante su investigación del asesinato de Harvey, Cardona se había dado cuenta de que los acontecimientos de un cuarto de sesiones espiritistas pudieran estar relacionados con otros. Pero el vigilar a todos los médiums de Manhattan y sus alrededores le había parecido un plan absurdo.

En todas sus investigaciones, el detective buscaba oportunidades, cosas de suerte que le condujeran a alguna parte. Había encontrado una pista, y valía la pena seguirla.

Poco antes de las ocho llegó a la casa de Anita María. Quedó sorprendido al ver las hileras de automóviles detenidos a ambos lados de la calle.

Evidentemente, la médium hacía un buen negocio con sus sesiones del sábado.

Subió los escalones de la casa y tocó el timbre. La puerta fue abierta por una criada de facciones angulosas. Se quitó el sombrero y preguntó si había comenzado la sesión. La criada contestó negativamente.

Se echó a un lado y el detective entró. Cogió el sombrero de Cardona, le condujo a una amplia habitación.

Había unas cuarenta personas sentadas en sillas alrededor del cuarto.

Cardona ocupó un asiento y paseó la mirada por los allí reunidos. La mayoría parecía componerse de personas de cierta inteligencia.

Mientras estudiaba a sus compañeros, observó que miraban hacia un extremo del cuarto. Dirigiendo la mirada en la misma dirección, vió a una mujer que acababa de entrar.

Era la médium, Anita María. Una mujer alta, de edad madura, con tendencia a engordar. Tenía aspecto de impresionante dignidad.

Pero su porte, era desafiador, su mirada fue retadora al pasear por el cuarto.

Su actitud era la de una maestra que dirige una mirada a sus alumnos, cuyo comportamiento ha dejado mucho que desear.

Satisfecha de su inspección, tomó asiento junto a una mesa. En voz áspera comunicó a los recién llegados que era costumbre de los asistentes al círculo depositar un dólar antes de que empezase la sesión.

Esto, explicó, no era cuestión de lucro. Era para protección de los propios clientes, puesto que tan modesta cantidad les aseguraba que no se hallaría presente ningún indeseable que turbase la reunión.

La explicación se le antojó muy poco convincente a Cardona. Según sus cálculos, había más de cuarenta personas allí, lo que significaba un buen negocio para la médium.

El detective se unió al grupo de personas que se acercó a la mesa para depositar el dinero. Se rozó con otro hombre al hacerlo.

Volviéndose, se encontró con la mirada de unos ojos penetrantes.

El aspecto del extraño con quien así se encontraba causó una profunda impresión en el detective. El semblante agudo, de halcón, del hombre-sus facciones frías y uniformemente moldeadas-produjeron una reacción inmediata en la mente de Cardona.

Estaba seguro de no haber visto a aquel hombre anteriormente. Sin embargo, aquellos ojos tenían un fulgor que se le antojaba vagamente familiar.

Un momento después se fue el hombre, yendo a sentarse en un rincón oscuro del cuarto.

Cuando todos estuvieron sentados, dio principio la sesión. La médium empezó con una jerigonza que acabó resolviéndose en un mensaje para alguien.

Un hombre aseguró reconocer ciertas iniciales que estaba dando Anita y la médium se concentró en él. Mientras el hombre estuvo de acuerdo con los detalles que se iban mencionando, Anita María habló con aplomo.

Cuando le advirtió, dulcemente, que algunas de las aseveraciones que hacía eran incorrectas, adoptó una actitud de imposición.

-Los espíritus no mienten!-exclamó-. ¡No discuta usted conmigo! Yo tengo razón y usted no la tiene. Intenta usted turbar la emisión del mensaje.

Tras lo cual, se metió, indignada, en otra jerigonza que acabó en un mensaje para otra persona más susceptible.

Una muchacha joven contestó a todas las preguntas de la médium, sin respirar.

Sonsacándola para conseguir información, Anita María logró dar una serie de detalles que a la muchacha le parecieron asombrosos. Un rumor se elevó entre los circunstantes.

Para Cardona, aquello resultaba una serie de estupideces. Se preguntó qué vería la gente en todo aquello y sacudió la cabeza al mirar los semblantes de los asistentes que parecían admirar el sedicente talento de la médium.

Vió durante unos instantes al hombre de rostro solemne, solamente sentado en el rincón. Observó que el severo semblante seguía inmóvil.

Transcurrió una hora y continuó el aburrido procedimiento. La médium estaba trabajando sobre los leales clientes antiguos, a quienes había impresionado con anterioridad.

Su táctica de imponerse a los demás aplastaba las débiles protestas que seguían ocasionalmente.

Cardona se estaba cansando. Aquel asunto no prometía ninguno de los sucesos espectaculares que habían caracterizado la extraña sesión del profesor Jacques en Nueva York.

Pero el profesor había cobrado quince dólares a cada uno de los que entraban en el círculo. Era un trabajador más astuto.

Eran más de las nueve cuando la sesión empezó a cobrar un aspecto más animado. Anita María estaba discutiendo con una señora de edad madura por cuya forma de vestir se deducía que era persona adinerada.

Por el tono meloso y seductor de la médium era evidente que aquella mujer visitaba con frecuencia el círculo psíquico.

-¡Sí! ¡Sí!-estaba asintiendo a todas las afirmaciones que hacía Anita Maria-. ¡Esto es maravilloso! ¡Haga el favor de decirme más!

La médium echó a su alrededor una mirada triunfal, que era, a la par, un desafío para los escépticos que pudieran hallarse presentes. Viendo que la mayoría eran creyentes, Anita decidió aprovechar la ocasión.

-Voy a colocarme bajo el control de un espíritu- aseguró-. Habiendo tanta buena gente aquí esta noche, he estado diciendo todo lo que he podido por todos. Pero esta señora tiene deseos de que se le den más consejos. Tiene preocupaciones. Me doy cuenta de ello. Es cierto, ¿verdad, señora?

La mujer movió, afirmativamente, la cabeza.

-¿Lo ven ustedes? Los espíritus me dicen eso porque saben que la señora quiere saber. Conque voy a ayudar a esta señora. Veo que sus preocupaciones son de este mundo y no del plano espiritual. Es cierto, ¿verdad, señora?

La dama respondió con otro movimiento afirmativo de cabeza.

-¿Ha estado usted aquí antes, señora?

Ella asintió con la cabeza.

-¿Le he preguntado a usted su nombre alguna vez, señora?

-No.

-¿Le dijo a usted alguien que viniese aquí esta noche?

-No.

-Así, pues, comprenderá usted que no la conozco. Pero oigo a los espíritus que me lo dicen. Pronuncian el nombre «Mande».

-¡Ese es mi nombre!-exclamó la mujer.

-Eso es lo único que me dicen; pero cuando esté en éxtasis, podrán hablarme mejor. ¿Tendría alguno de ustedes la bondad de apagar las luces? Así.

La habitación se hallaba sumida en la semi oscuridad; pero podía verse a la médium en la media luz. Empezó a mover la cabeza de un lado a otro y a hacer gestos extraños, como para indicar el control de un espíritu.

Su voz murmuró incoherentemente. Asumió un tono alto, anormal, que sobresaltó al principio a Cardona, la áspera voz se tornó en chillona.

-¡Hola, buena gente!-dijo la voz de sonsonete-. Son muy buena gente con haber venido aquí esta noche. Buena gente. Buena señora con querer oír lo que diga Florecilla. Escuche, señora buena. Florecilla habla. Dice que oye...

¡Florecilla no dice más dile lo que oye¡

Cardona no había averiguado, en su investigación acerca del asesinato de Harvey, que había estado hablando por boca del profesor Jacques un supuesto espíritu llamado Florecilla.

El nombre que salió de labios de Anita María no formó eslabón de conexión alguno en la mente del detective con la sesión de Nueva York.

Pero le hizo concebir otro pensamiento. El extraño disco que le había hecho emprender el viaje a Filadelfia había llegado a sus manos en un manojo de violetas.

El motivo era evidente ya. ¡Florecilla! ¡La violeta era una flor pequeña, una Florecilla!

El detective escuchó con atención. La médium estaba hablando otra vez.

-Florecilla-dijo la voz aguda-, Florecilla le dirá a la señora lo que la señora quiere saber. Ve que la señora quiere saber qué debe hacer con el dinero. Un espíritu de hombre, grande y sabio le dice a Florecilla lo que debe decirle a la señora. Dice que conocía a la señora cuando vivía en tierra. Dice el nombre de la señora. Florecilla escucha...

Siguió una pausa. Había cierta tensión en el cuarto. La mujer que esperaba el mensaje estaba sentada no muy lejos de Cardona y el detective podía ver su pálido semblante.

Cardona miró hacia el rincón también; pero el hombre de rostro de halcón resultaba invisible en la semi oscuridad.

-El espíritu de hombre le habla a Florecilla- resiguió la médium-. Dice que hablar a la señora a la que llama Mande Gar...

-¡Sí, sí!-susurró la mujer, casi sin respirar.

-Dice otro nombre. Es como Gar... algo. Florecilla escuchará. Sí, Florecilla lo oye. Oye el nombre... ¡Garwood!

-¡Es cierto! - exclamó la mujer, impresionada-. ¡Es cierto!

La médium se retorció unos instantes; luego se calmó y dejó caer la cabeza hacia atrás.

-El espíritu de hombre le dice a Florecilla que él sabe lo que le preocupa a la señora. Dice que la señora no sabe qué hacer con el dinero. Dice que la señora debe ser prudente. Dice que la señora ponga dinero en acciones buenas.

-¡Pregúntele qué acciones! -exclamó la mujer-. Él sabe. Él sabe...

-El espíritu de hombre dice unas palabras raras. Dice palabra como Coro. Es una palabra larga. Es Cor-o-nad-o. Dice otra palabra también. Florecilla le oye pedir que le diga a la señora Cob... Cob-re. Dice que las dos palabras van juntas.

-¡Cobre Coronado! - exclamó la mujer.

-Eso es lo que dice el espíritu de hombre. Dice: Dile a la buena señora Mande. Dice: Di a la buena gente...

La voz cesó de pronto. Había penetrado en el cuarto otro sonido. De alguna parte del círculo se alzó una risa trémula y mística.

Sus ecos desgarradores inundaron el cuarto y parecieron palpitar. Luego, como viento que se apaga, se perdió en lejano susurro.

Los asistentes empezaron a soltar exclamaciones de sobresalto. Se miraron unos a otros con el semblante pálido. Hasta el propio detective no cabía en sí de sorpresa.

El silencio siguió a aquella risa terrible. Luego, por fin, habló la médium en su voz natural.

-Enciendan las luces-ordenó.

Una vez iluminado el cuarto, Anita intentó recobrar su aplomo. Lo logró.

Irguiéndose en su asiento, miró a su alrededor, buscando al culpable del disturbio.

-Alguien está probando de armar jaleo-dijo, con aspereza-. A quienquiera que sea, le aviso desde este momento no pienso consentirlo.

Cardona estaba mirando hacia el rincón. Vió al hombre de cara de halcón.

Su semblante seguía inescrutable.

Mirando hacia la médium, el detective la vió encontrarse con la mirada fija del hombre. Anita María pareció temblar. Haciendo un esfuerzo, recobró su actitud de desafío.

-Pienso seguir adelante con esto declaró-; y llamaré a un policía como vuelva a haber jaleo. Están ustedes todos en mi casa. ¡Y yo tengo mis derechos!

Se apagaron las luces de los lados. La médium pareció gorgotear. De nuevo habló con la voz de Florecilla.

-El espíritu de hombre dice que Mande haga lo que él le ha dicho-dijo la voz en sonsonete-. Dice que se alegrará. Dice que la señora debe venir a ver al hombre de la India. El hombre de la India es médium. Él le dirá a la señora...

La interrumpió la burlona carcajada.

Dominó la voz de Florecilla. Era corta y había estallado con sobrenatural brusquedad. Reinó la consternación.

Cardona, levantándose de su asiento, se dirigió a la puerta. Vió que otras personas se ponían en pie. Oyó que se pedía luz. De inmediato la encendieron.

La médium, pálida y completamente asustada, asía con fuerza, los brazos de la butaca, mirando alocada, por la habitación.

Hombres y mujeres estaban agrupados cerca de la puerta adonde habían corrido, espontáneamente, para huir del terrible sonido que parecía haber salido de todo a su alrededor.

Cardona comprendió que aquella noche se había acabado la sesión. El aterrado grupo no podía soportar más.

La médium estaba completamente aturdida. No sabía a quién echar la culpa de lo ocurrido.

El detective estaba aturdido también; pero por distinto motivo.

Sabía quién era el responsable de la sorprendente carcajada. Estaba mirando hacia el rincón del cuarto y, desde allí, pasó la vista a todos los puntos de la habitación. Era esta búsqueda la que le asombraba.

¡El hombre de cara de halcón no se hallaba ya en el cuarto! Rápida y silenciosamente se había marchado.

La Sombra se había marchado, ¡riendo!

CAPÍTULO V
POR LA VENTANA

Mientras se celebraba la sesión en la casa de Anita en Filadelfia, un tren, procedente del Oeste, se aproximaba a la ciudad. Había dos hombres sentados en la sala del coche club. Hablaban en voz baja.

-La vieja está tragándose el cebo esta noche-dijo uno de ellos-. Le puse una conferencia telefónica a Anita María anoche. No le dije dónde estaba. Tal vez creyera que la llamaba desde Bombay.

-Eso da igual-contestó el otro-, lo único que me interesa saber es si la cosa es segura.

-Segura a más no poder. Tienes el plano de la casa y la vieja no está. Garwood nunca sube al piso hasta la hora de la medicina. Lo mejor del caso, Slade, es que no hay que plantar nada.

-Eso ya lo sé, Bert. El único peligro es que la criada que le dio a Anita Maria tantos detalles de la vida privada de los Garwood se haya hecho un taco en eso de las señales. Siempre me siento más seguro cuando examino una casa personalmente.

-Bueno, pues no se pierde nada -dijo Bert-. Si no te parece el momento oportuno, lo dejas. Pero, si tienes éxito, quedará todo ultimado para recoger las redes. Basta con que dejes caer una esquela en la página correspondiente a Garwood...

La frase acabó en una risa. Los hombres guardaron silencio unos instantes.

-Ya sabes-dijo Bert-, que yo tengo una reputación que sostener. Es una existencia perra a veces, esto de viajar de incógnito. ¡Vuelvo al trabajo en cuanto lleguemos a la ciudad!

»Y en un tren lento, por añadidura. Este cacharro ha estado viajando como un caracol desde que lo cogí en Harrisburg.

-Ahí está la cosa, Slade. Me gusta aislarme. Hay menos gente en un tren tortuga. Dejo a Tony salir de la sala si quiere; pero yo procuro no dejarme ver. Cuando a uno se le cree en la India y hay millones a ganar...

-Tienes razón, Bert. Tomé un buen tren desde Cincinnati a Harrisburg. No hacía más que observar la diferencia. Tú has venido desde Chicago.

El tren empezó a hacer honor a su fama de lento. Disminuyó su velocidad y el llamado Slade se puso en pie.

-Estamos ya cerca-dijo-. Haré esa visita suburbana. Y luego...

Alguien abría la puerta del compartimiento. Entró un joven esbelto. Slade se echó a un lado para dejarle pasar.

-Ya te veré más tarde, Bert-dijo-. Y a ti también, Tony. Hasta la vista.

Cuando el tren se paró junto al andén de la estación suburbana, Slade se alejó rápidamente, sin que nadie se fijara en él. No llevaba maleta ni equipaje de ninguna clase. Su traje oscuro no le hacía destacarse.

Se dirigió a otro andén y tomó un tren eléctrico que llegó unos minutos después. Pasó unas cuantas estaciones; y luego se apeó.

Al caminar en la oscuridad, Slade obró de una manera muy rara. Parecía saber dónde iba; sin embargo, daba la sensación de estar estudiando, cuidadosamente, la localidad.

Su paso era rápido. AL poco tiempo, se mantenía a la orilla de la acera, como si sus movimientos requirieran cautela.

Llegó a una esquina, la cruzó con cuidado y se aproximó a una casa que se alzaba, sola, en una finca grande.

Allí, con paso vacilante, singular, subió un terraplén y desapareció en la sombra de un elevado seto.

La casa estaba desierta. No había peligro que le observaran desde ella.

Veíanse luces en el gran edificio vecino, próximo al seto; pero Slade estaba completamente tapado por el seto en cuestión.

Encontró una pequeña abertura en él. Se agachó, se metió por ella y se encontró casi al pie de la casa. Alzando la vista, vió una ventana oscura.

Por debajo de la misma había una especie de alero.

Éste era continuación del porche de la puerta de atrás. Slade se acercó, rápidamente, al porche y gateó al tejado del mismo.

Encontró un pequeño canalón de desagüe debajo del alero. Un momento después se hallaba colgando junto a la misma ventana.

Vió luz al atisbar por ella. Esto pareció satisfacer al hombre en lugar de contrariarlo. La luz procedía del pasillo más allá del cuarto. Slade metió cabeza y hombros dentro del cuarto. Vió las baldosas de un cuarto de baño.

Aun cuando era evidente, por sus actos, que el hombre no había estado en aquella casa antes, obró de manera que suponía cierto conocimiento del lugar.

Alzó la mano, abriendo una pequeña puerta a la derecha.

Cuando retiró la mano, tenía en ella un frasco. Cerró la puerta aquella otra vez. Buscando por el otro lado, sacó otra botella. Ambas parecían iguales a la débil luz que se filtraba del pasillo.

Slade colocó la primera botella donde había estado la segunda. Con la segunda en la mano, se aplastó, de pronto, contra el alero.

Entró un hombre en el cuarto de baño y encendió la luz. Slade no podía verle; pero comprendió que era corpulento por su paso, que sonaba como si fuese pesado y torpe. Se oyó tintineo de vasos.

A pesar de la luz, el hombre, que conocía la casa, se mostró bastante torpe en encontrar lo que buscaba.

Slade había trabajado con mucho más facilidad en la oscuridad, aun cuando su desconocimiento de la casa fuera una dificultad para él.

Se apagó la luz. Oyendo pasos que se alejaban, Slade se acercó a la ventana y echó una mirada al interior, viendo la espalda de un hombre corpulento que salía al pasillo.

Sin vacilar un instante, volvió a colocar la botella que tenía en la mano en el lugar mismo de donde la había cogido.

EL trabajo estaba terminado. EL misterioso visitante se deslizó por el alero, luego por el poste del porche y, a continuación, salió por el hueco del seto.

Se marchó tan cautelosamente como había llegado.

Entretanto, allá en la casa, el hombre corpulento sacaba cuatro píldoras del frasco. Píldoras blancas, pequeñas. Se las colocó sobre la lengua y se las tragó con ayuda de un vaso de agua. Dejó a un lado el frasco. Se sentó en un cómodo sillón y empezó a leer un periódico.

No tardó mucho en operarse un brusco cambio en él. Su rostro empezó a expresar la preocupación. Se llevó las manos al estómago. Experimentaba un dolor agudo e inesperado.

Se puso en pie y se dirigió a un sofá. Allí cayó. Su cuerpo se convulsionó unos instantes. Luego se inmovilizó.

Unos minutos después, una sombra larga y rara se deslizó por el suelo del cuarto. Apareció al lado del sofá donde el hombre yacía inmóvil. Pareció alargarse.

Luego se vió un hombre vestido de negro. Envuelto en capa negra y con sombrero del mismo color. Hasta las manos llevaba cubiertas con guantes de seda negros. El ala del sombrero ocultaba sus facciones.

Se inclinó sobre el hombre y le tocó el cuerpo. ¡Estaba muerto!

El misterioso personaje vió el frasco de píldoras. Lo cogió y lo examinó.

Sacó una píldora y volvió a dejarla caer dentro del frasco. Dejó el frasco donde lo había encontrado. EL Hombre de negro se detuvo a escuchar.

Alguien subía la escalera. Salió apresuradamente del cuarto.

Sólo un hombre era capaz de moverse con tan asombrosa cautela:

La Sombra. EL era quien se había presentado allí aquella noche.

De pie, invisible contra la pared del pasillo, La Sombra vió entrar a un criado en el cuarto donde yacía el muerto. Oyó una exclamación de sobresalto-una voz de hombre que llamaba escaleras abajo-, otros criados que subían.

La Sombra se retiró al oscuro cuarto de baño. Allí, con mirada que penetraba la oscuridad, vió la otra botella en el estante sobre el lavabo. Miró a su alrededor y se echó a reír... suave, pero sombríamente.

Se oían los gritos de la servidumbre. Estaban en el cuarto del amo, gritándose unos a otros, excitados.

-¡El señor Garwood está muerto!

Silenciosamente, La Sombra salió por la abierta ventana. Se dejó caer al suelo, halló el hueco en el seto y desapareció en la misma dirección tomada por el otro.

Una hora más tarde reapareció La Sombra y entró en la casa por el mismo camino que saliera. Deslizándose desde el cuarto de baño al pasillo, oyó rumor de voces, dos policías que discutían el suceso.

-Sólo una equivocación estúpida -dijo uno de ellos-. Sólo se trata de un error...

-Tienes razón-asintió el otro. La Sombra rió siniestramente, dirigiéndose, de nuevo a la ventana. Se había esperado aquello.

¡Un error! Eso era lo que se quería que se creyese.

Pero La Sombra sabía que había muerto un hombre, no por equivocación, sino premeditadamente.

CAPÍTULO VI
MUERTE ACCIDENTAL

¡La risa de La Sombra!

Los ecos del siniestro sonido repercutían aún en los oídos del detective Cardona cuando regresó al hotel.

Mirando por la ventana, mordió, pensativo, la punta de un puro apagado.

Cardona hacía frente a un problema de adición deductiva.

Intentaba ligar dos acontecimientos; hallar un motivo que justificase los extraños acontecimientos que habían turbado los círculos espiritistas de Nueva York y de Filadelfia.

Era evidente que estaban relacionados entre sí. Sin embargo, sólo había habido muerte en uno de los casos.

Dando por sentado que La Sombra se había hallado presente en la sesión celebrada por el profesor Jacques en el Hotel Dalban, existía un motivo lógico para que el misterioso personaje se marchara cuando el puñal alcanzó el corazón de Herbert Harvey.

Esa era la costumbre de La Sombra desaparecer-cuando-el misterio alcanzaba su culminación.

Pero... ¿cuál había sido el objeto de la visita hecha por La Sombra a la casa de Anita María? Como en la ocasión anterior, seguramente habría ido a estropear una exhibición de imposturas.

Si tal era el caso, el éxito más rotundo había coronado sus esfuerzos.

Sin embargo, Cardona no podía explicarse la brusca marcha de La Sombra.

Mentalmente, él identificaba al hombre de cara de halcón con La Sombra.

Sabía muy bien que La Sombra era maestro en el arte de la caracterización; que poseía la asombrosa habilidad de cambiar de rostro casi a voluntad.

Era la primera vez que veía al hombre que había estado en casa de Anita María; pero el detective no podía olvidar los ojos que le habían mirado desde aquella cara impenetrable, que parecía una máscara.

¡Los ojos de La Sombra!

Cardona había visto aquellos ojos en el pasado. Mirando por debajo del ala del sombrero, habían dirigido miradas de venganza a los malhechores. La cara de halcón del hombre había sido una caracterización tan eficaz como si de una máscara verdadera se tratase; pero no había ocultado los centelleantes ojos.

Cardona hizo un sumario. Existía relación de alguna clase entre el círculo de Nueva York y el de Filadelfia.

El profesor Raúl Jacques, meloso y escogido en cuanto a clientes se refiere, trabajaba por la misma causa que Anita María, la mujer de voz áspera que ejercía la profesión de médium a razón de dólar por persona.

La Sombra había asistido a la sesión de Nueva York. Se había marchado en un momento crítico. Sólo Benjamín Castelle se había dado cuenta de su presencia. La Sombra había vuelto a asistir a una sesión, allá en Filadelfia.

En está última ocasión, sólo Cardona había sabido adivinar su presencia.

La Sombra había salido de un cuarto de sesiones en el que reinaba la confusión, pero donde no se había cometido crimen alguno.

¿Por qué se había marchado? El detective sospechaba que había sido para cumplir una misión desconocida. Si así era, ¿se hallaría algún indicio de su naturaleza en algo que hubiera ocurrido allí?

Cardona recordó la jerigonza de Florecilla. También la mención de Cobre Coronado. Sería bueno recordar tales detalles para el porvenir.

El nombre de la mujer de la creyente que había recibido el mensaje de Florecilla-era Mande.

Recordó que también se había mencionado el apellido; pero no se acordaba ya de él. Además, se habían pronunciado unas cuantas palabras acerca de un hombre procedente de la India.

Era entonces cuando La Sombra se había vuelto a reír.

¿Habría estado calculando el tiempo de la segunda interrupción con un fin determinado? ¿Habría descubierto La Sombra de pronto un indicio de importancia que había hecho necesario que se marchara?

El pensamiento dejó perplejo a Cardona; pero no se le ocurría una contestación satisfactoria.

Se le antojaba que aquella visita a Filadelfia le había resultado provechosa; pero también estaba seguro de que lo sucedido aquella noche era un incidente aislado, que constituía un simple eslabón de una cadena completa.

Tomó unas cuantas notas para futura referencia. Se metió el papel en el bolsillo y se acostó. A los pocos momentos estaba completamente dormido.

Como tenía muy poca imaginación, rara vez le turbaban sueños y pesadillas.

Pero aquella, noche se despertó de repente, con la impresión de que había alguien en su cuarto.

Escuchó atentamente en la oscuridad. Pero, al no oír nada, encendió la luz y miró a su alrededor. El cuarto estaba vacío

La puerta seguía cerrada con llave.

Mirando por la abierta ventana, observó un balcón en el piso de abajo. Nadie había en el balcón. Volvió a la cama y durmió como un lirón hasta la mañana siguiente.

Al levantarse, recordó lo que había ocurrido durante la noche. Nada satisfecho, examinó el cuarto para asegurarse de que su registro anterior había sido completo.

Decidió hacer una nota en la hoja del día anterior, porque recordó de pronto, que el nombre de la mujer aquella era Mande Garwood.

Metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta... ¡descubrió que habían desaparecido las notas!

¿Quién se las había quitado?

Parecía increíble que hubiera podido entrar nadie allí para llevarse las notas.

Y además, ¿qué podía adelantarse con hacerlo?

Todas las cosas anotadas las recordaba perfectamente. Nada había en las notas que no pudiera volver a escribir de memoria.

Aturdido, decidió que debía de haberlas puesto en algún otro lado. Registró el cuarto y por fin llegó a un estado de animo en el que empezó a dudar de haber tomado dicha notas siquiera.

Luego pensó en el único lugar en que no había mirado. ¡Debajo de la almohada! Tal vez las hubiera metido allí distraído

Alzando la almohada, Cardona quedó estupefacto. Allí estaban sus notas; pero no solas. La hoja de papel estaba metida en el cordel que ataba una caja pequeña aplastada.

Excitado, cogió el papel y se aseguró de que era el mismo que había perdido. Arrancó el cordel a la caja y la abrió. Dentro descubrió un manojo de violetas.

Sólo un hombre podía haber colocado aquel paquete allí: ¡La Sombra!

Entonces comprendió el detective que el misterioso personaje había entrado en su cuarto durante la noche, metiendo la caja debajo de la almohada.

Y para asegurarse de que la descubriera, le había quitado las notas del bolsillo y se las había metido en el paquete.

Apartando los tallos de las flores, encontró lo que buscaba: un disco pequeño de metal como el que recibiera en Nueva York. Como el primero, aquél llevaba grabado un mensaje: MUERTE POR VENTANA

¡Muerte por la ventana!

Cardona se acordó de la escena del Hotel Dalban en Nueva York. ¿Sería aquélla la muerte a que se refería La Sombra? Era la única muerte que interesaba al detective.

Recordó las ventanas del cuarto de sesiones espiritistas del Hotel Dalban.

Persianas echadas y cerradas por dentro.

La gente del Hotel había dicho que siempre estaban echadas y cerradas con llave, salvo cuando se aireaba la habitación.

¿Por qué había enviado La Sombra aquel mensaje a Filadelfia? Unos cuantos días antes, en Nueva York, hubiera tenido valor.

Nada había habido en la sesión de la noche anterior que pudiera suministrar un indicio del modo en que había efectuado su entrada el asesino en Nueva York.

Furioso, Cardona tiró las violetas en el cesto de los papeles.

¡Lo comprendía todo ahora! ¡La Sombra le estaba tomando el pelo! Lo había atraído allá con el único fin de alejarle de Nueva York.

Tal vez quedara algún indicio no descubierto aún en el cuarto del Dalban. Si tal era el caso, lo habrían eliminado ya.

Cardona empezó a perder fe en La Sombra. Furioso, empezó a creer que La Sombra era un asesino despiadado también: el asesino de Herbert Harvey.

No había tiempo que perder. Su deber le llamaba a Nueva York.

Empaquetando apresuradamente su escaso equipaje, bajo corriendo, pagó la cuenta y marchó, precipitadamente, a la estación.

Tuvo el tiempo justo para sacar boleto y comprar un periódico dominical.

Obtuvo asiento en el coche-club del expreso de Nueva York y pidió desayuno.

Mientras aguardaba sentado ante la mesita, abrió el periódico. La llegada del desayuno interrumpió su lectura y dejó el periódico a un lado mientras comía.

EL tren había pasado ya los límites de Filadelfia cuando volvió a coger el diario.

Unos titulares llamaron su atención. Decían: UN ERROR PRODUCE LA MUERTE A UN BANQUERO

Seguía luego el relato. Geoffrey Garwood, acaudalada banquero retirado, se había equivocado de frasco al tomar unas píldoras. Se le había hallado muerto en un cuarto de su casa.

Según la narración del diario, Garwood tenía unas cuantas píldoras medicinales en un estante del cuarto de baño. En un botiquín próximo había otro frasco que contenía píldoras de igual aspecto, que eran venenosas.

Sin que se supiera por qué, Garwood había tomado, deliberadamente, la botella del botiquín en lugar de coger la del estante. Se había retirado, a su cuarto, tomando unas cuantas de las píldoras venenosas, y había muerto.

¡Geoffrey Garwood!

Cardona se acordó del nombre de la mujer a la que conociera en el cuarto de sesiones espiritistas de Anita María. ¡Mande Garwood!

El mensaje de La Sombra asumió otro cariz, esta debía ser la muerte a la que se había referido La Sombra.

El detective vió por el diario que Garwood había muerto a las nueve, mientras se hallaba solo en casa con la servidumbre.

Aquella era la hora en que Cardona se hallaba presenciando la sesión en casa de Anita María. Allí, La Sombra había lanzado una carcajada, su desafío de despedida. ¿Había presentido la tragedia ocurrida en casa de Garwood?

El tren aminoró la marcha al cruzar el elevado puente que cruza el río Delaware por Trenton. Tenía parada en la capital de Nueva York.

Cardona cogió el sombrero y maleta e hizo señal al mozo de que pensaba apearse en dicha estación, situada a cuarenta y cinco minutos de Filadelfia.

Aguardó durante media hora la llegada de un expreso de Nueva York. Se halló de regreso en Filadelfia dos horas justas después de haberse marchado.

Se dirigió inmediatamente a la Jefatura local, se dio a conocer y declaró que le gustaría visitar la casa en que había muerto Garwood.

Su petición fue recibida con cierta sorpresa. Le informaran que la investigación hecha había demostrado que debía de tratarse de un accidente.

Se habían obtenido detalles completos relacionados con las actividades recientes de Garwood y no existía el menor motivo para creer que pudiera tratarse de un suicidio.

¡Suicidio! ¡Cardona sospechaba asesinato!

Pero el detective neoyorquino tuvo el buen acuerdo de no pronunciar las palabras que le acudieron a los labios.

Comprendía que, habiéndose emitido el fallo de «muerte accidental», sería preciso presentar alguna prueba tangible para hacer dudoso el fallo de las autoridades locales. Sin embargo, no sabía una palabra del caso Garwood.

Un ramillete de violetas metido debajo de la almohada. Un disco marcado, recibido en Filadelfia, cuando se le creía en Nueva York. Una referencia a una muerte, que podía ser cualquier muerte menos aquélla.

Estos eran los datos en que se fundaba el interés experimentado por Cardona en la muerte de Geoffrey Garwood. De no haber sido por esto, no hubiese dado la menor importancia al asunto.

Cardona no tenía el menor deseo de parecer ridículo. Decidió, inmediatamente, no mencionar que había asistido a una sesión espiritista en Filadelfia la noche anterior.

En lugar de eso, tuvo el buen acuerdo de hablar de venenos. La muerte de Garwood, aseguró-, pudiera proporcionarle datos de valor. Tenía sumo interés en saber cuánto tiempo había tardado en producirse la muerte del banquero y si el moribundo se había dado cuenta de que se acercaba su última hora.

Tan diplomático discurso hizo parecer que Cardona era un sabueso de Nueva York que había hecho un viaje especial a Filadelfia para estudiar los eficaces métodos de los investigadores locales. EL hábil interrogatorio del detective tuvo por resultado una cooperación inmediata.

Se le delegó a un agente para que le acompañara a casa que Garwood en un coche de la jefatura. Allí podría ver Cardona cuán fácil le había sido a un hombre envenenarse inconscientemente.

La casa de Garwood se hallaba en un distrito suburbano, dentro de los límites de la ciudad. Tenía un ancho campo por un lado; pero, por el otro, estaba construida cerca del seto. Cardona observó que la finca contigua estaba desocupada.

Había dos criados solos en la casa de Garwood. Franquearon la entrada a los detectives y condujeron primeramente a Cardona al cuarto en que había sido descubierto el cadáver del banquero. Mirando por la ventana, Cardona vió el campo de que hemos hablado.

-Cogió el frasco del estante del cuarto de baño-declaró el detective de Filadelfia-. Está al otro lado de la casa. Estaría distraído. Venga; le enseñaré la equivocación que cometió.

El cuarto de baño no tenía más que una ventana. Daba al lado del seto.

Debajo de la misma había una especie de alero que se extendía desde un techo que había por encima de un porche. Cardona se dio cuenta de ello inmediatamente.

-¿Ve usted el estante?-dijo el detective de Filadelfia-. Ahí está el frasco de medicina. Píldoras blancas... no tiene etiqueta el frasco.

El estante estaba del lado derecho de la ventana, por encima del lavabo.

Al otro lado de la ventana colgaba el botiquín. El detective de Filadelfia lo abrió e indicó el estante inferior.

-Aquí mismo estaba el frasco de veneno-dijo-. Píldoras pequeñas, como las otras. Una píldora no hubiera importado... ésa era la dosis normal. Era estricnina. Se la había recetado el médico de cabecera en cierta ocasión.

»Pero Garwood se tomó cuatro, por equivocación. Deducimos que abriría el botiquín y vería la botella. Olvidando el frasco antiguo, ha tomado el que vió, dejando el otro frasco donde se encontraba...

Cardona le escuchaba automáticamente. Estaba mirando la ventana abierta.

Su perspicaz cerebro estaba encontrando otra explicación: ¡una que significaba asesinato!

¡Cuán fácil le hubiera sido a cualquiera meter la mano por la ventana desde el alero... ! ¡Cuán fácil es quitar el frasco del estante y colocar el veneno en su lugar! ¡Cuán fácil aguardar a que Garwood hubiese salido del cuarto para volver a poner el frasco de medicina en su sitio!

-¿Estaba casado Garwood?-inquirió, pensativamente.

-Sí; su esposa se hallaba ausente. Regresó a las diez y, se encontró a su marido muerto. Se impresionó fuertemente, pero luego, un poco repuesta, se fue a casa de unos amigos. Seguramente volverá aquí más adelante. Garwood tenía un millón de dólares. Ningún hijo... sólo queda la viuda...

El resto del interrogatorio de Cardona, fue una pura farsa. Estaba seguro de que allí se había cometido un asesinato, pero toda su teoría se basaba sólo en deducciones. El asunto no caía dentro de su jurisdicción

Si la muerte hubiera tenido lugar en Nueva York, Cardona hubiera hecho, un estudio de los medios de que hubiera podido valerse un desconocido para averiguar las costumbres de Garwood y preparar así el crimen.

Pero se daba cuenta de que el obrar en aquel momento supondría una larga discusión del asunto con las autoridades de Filadelfia.

Sería mejor esperar; confiar en acontecimientos nuevos más bien que dar a conocer el hecho de que había descubierto un asesinato en Filadelfia que podía relacionarse con el ocurrido en Nueva York.

Cualquier insinuación de que Garwood había muerto asesinado tendría como consecuencia grandes titulares en la Prensa local. Los asesinos-pues Cardona opinaba que eran varios-se pondrían en guardia.

Cardona había vuelto a recobrar la confianza en La Sombra. Dio las gracias al detective de Filadelfia por sus servicios y regresó con él a la Jefatura.

Regresó a Nueva York en un tren de la tarde.

Mientras el expreso corría a toda velocidad, se puso a reflexionar. Estaba seguro de que La Sombra había presentido que a Garwood le amenazaba algún peligro durante la sesión. Por eso desapareció tan bruscamente.

Debió de visitar la casa de Garwood demasiado tarde para salvarle la vida.

Pero había vista la oportunidad que existía de que se hubiera cometido un asesinato, notificando a Cardona para que él se diera cuenta de ello también.

¿Dónde se hallaría La Sombra en aquel momento?

¿Habría encontrado una nueva pista? Como maestro del razonamiento deductivo, La Sombra no tenía rival.

Cardona, a pesar de su perplejidad, experimentaba una sensación de seguridad. Estando trabajando La Sombra, los misterios ocultos saldrían a la luz.

El detective sabía el camino qué debía seguir.

Era preciso que trabajase con La Sombra.

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO VII
ANITA MARÍA ACONSEJA

La muerte de Geoffrey Garwood era caso cerrado en cuanto a la policía de Filadelfia se refería. El entierro se había efectuado y Mande Garwood se hallaba nuevamente en su casa.

Pero a la desdichada viuda no le faltaba ni compañía ni solaz.

Su sobrino Richard Terry había llegado de Tejas a tiempo, para el entierro.

Había prometido quedarse indefinidamente. Era el único pariente que le quedaba a Mande Garwood y su presencia ahuyentaba su soledad.

En cuanto a solaz, Anita María se encargaba de eso. Había consultado, con frecuencia y particularmente, a la médium a pesar de fingir ésta en el círculo psíquico que Mande apenas era otra cosa que una conocida casual.

Mande Garwood había hecho confidente de todo su dolor a la mujer aquella, escuchando de sus labios palabras de consuelo.

Teniendo sólo dos personas en las que creía poder confiar, era natural que la viuda mencionara, al hablar con una de ellas, a la otra.

De allí que la segunda noche después de la llegada de Richard Terry le hablara, a su sobrino de la maravillosa médium que tan grande ayuda había sido en sus momentos amargos.

Tía y sobrino se hallaban a la mesa cuando Mande Garwood habló por primera vez de Anita María.

-Dick-dijo:-no sé cómo hubiera podido soportar esta desgracia de no haber sido por la simpatía y la comprensión do Anita María.

Dick, moreno y fuerte como uno de los toros de su Estado natal, alzó la vista, sorprendido, al oír el nombre.

-¿Quién es Anita María?-inquirió.

-Una mujer maravillosa, Dick-declaró la tía-. Tiene poderes psíquicos. Puede ver en el más allá.

-¿Una que se dedica, a decir la buenaventura?-exclamó él, en tono hostil.

-No hables así, Dick. Anita María no es eso. ¡Cuánta me desagrada esa definición! Anita María es psíquica... Una médium que tiene trato con los espíritus.

-Para mí todas son iguales-gruñó Dick-. ¡Un manojo de imposturas! Esos buitres no duran mucho en Tejas. No me gusta oír eso, tía Mande.

-¿Por qué no, Dick?

-Porque eres rica, tía Mande. La mayor parte de los bienes de tío Geoffrey te pertenecen. Eres, precisamente, tras lo que andan los estafadores. Pero... ¡no van a llegar muy lejos mientras yo esté por aquí!

-Hablas como tu tío Geoffrey-suspiró Mande.

-¿Sabía tío Geoffrey que visitabas a esa mujer?

-Sí; y siempre se oponía a ello. No comprendo por qué, Dick. Anita me dijo algunas cosas maravillosas... cosas que no podía haber averiguado de ninguna otra persona. Sólo los espíritus podían habérselas dicho.

El joven gruñó, desdeñosamente. Luego se dio cuenta de la mirada abstraída de su tía. Comprendió, inmediatamente, que su creencia en lo sobrenatural era algo más fuerte y profundo que un simple capricho pasajero.

No sería prudente, decidió, expresar el desprecio que le inspiraban los médiums. Podría lograr mucho más llevándole la corriente

-Bien-dijo hoscamente-: estoy siempre dispuesto a dejarme convencer de lo que sea, tía Mande. Pero, al propio tiempo, yo no soy una criatura. He visto tantas imposturas en mi vida, que ando siempre con los ojos abiertos. No pienso estarme con los brazos cruzados mientras te roben el dinero.

-Ya lo sé, Dick. Tengo mucha confianza en ti. Pero espero que no serás tan estrecho en tus miras como lo era Geoffrey.

»Le hablé de consejos que le había oído dar a Anita a otras personas además de a mí. Medios para ganar mucho dinero; pero el pobre Geoffrey jamás quiso arriesgar un centavo y me prohibió a mí que lo hiciera también.

-«¡Hum!-pensó Dick-. ¡Han estado trabajando ya!»

Pero no expresó su pensamiento en alta voz.

-Voy a visitar a Anita María esta noche-declaró Mande Garwood-. Celebra sus sesiones dos veces a la semana nada más. Las demás noches puede consultársele mediante una cantidad razonada

-¿Hay inconveniente en que te acompañe yo?-inquirió Dick, agradablemente.

-Ninguno. Me gustaría que conocieses a Anita María. ¡Si tú comprendieras, Dick...! Creo que comprenderás cuando conozcas a esta maravillosa mujer.

Después de comer, Mande Garwood pidió el coche y, en compañía de su sobrino, se hizo conducir a casa de Anita María.

Dick permaneció taciturno. Escuchó, pensativo, la descripción que le hacía su tía de la mujer. Comprendió que Mande Garwood consideraba a la médium como a una especie de ser superior, y le hacía muy poca gracia.

La gran habitación dedicada a sesiones espiritistas estaba a oscuras. Mande Garwood y su sobrino pasaron a una salita. Dick Terry miró con desconfianza a la doncella. Cuando se quedaron solos, su tía se puso a hablar.

-Estaba aquí, Dick-explicó-, la noche en que tu tío Geoffrey fue víctima del accidente. Había recibido un mensaje maravilloso, Dick. Pero lo interrumpió una risa terrible que llenó el cuarto.

La mujer hizo una pausa y se estremeció al recordar la aterradora ocasión.

-¿Sabes una cosa, Dick? ¡Debe haber sido un aviso! ¡Un aviso de que se estaba muriendo mi esposo¡ !Me ha dado eso mucho qué pensar!

»Le pregunté a Anita María si podía haber oído un aviso. Dijo que quizá. Dice que los espíritus lo saben todo.

-Con toda seguridad-respondió Dick-. Pero lo interesante es lo siguiente: ¿Dicen todo lo que saben?

-Uno me lo estaba diciendo aquella noche.. Un espíritu llamado Florecilla me estaba dando un mensaje de un plano más elevado. Me estaba diciendo que podía ganar dinero comprando acciones de la mina de Cobre Coronado...

-¡Conque esas tenemos!-exclamó el muchacho, sin poder ocultar su desdén-. ¿Qué significa todo eso de Florecilla?

-Florecilla es el espíritu control de la médium. Cuando Anita María cae en éxtasis, Florecilla puede ocupar su cuerpo. Habla con los espíritus y dice lo que ellos le transmiten.

-A mi no me convencería eso. Me gustaría ver con quién estaba hablando, ya se tratara de un ser humano o de un fantasma. Escucha, tía Mande. Has de ser prudente ahora. Prométeme que no harás ninguna tontería.

Terry calló al entrar Anita María en el cuarto y mirar con perspicacia a sus visitas. Dick se puso en pie y miró a la médium.

Esta le inspiró una antipatía instintiva y Anita María se dio cuenta de ello, le dirigió una mirada retadora al muchacho.

Observando el semblante de su tía, Dick sorprendió en él una expresión de verdadero éxtasis. La presencia de la médium parecía animarla.

Anita se sentó delante de ella y le cogió las manos. Dirigió todas sus palabras a la creyente, y Dick, que contemplaba la escena desde el lado opuesto del cuarto, sintió acentuarse su oposición.

-Todo va bien, mi querida estudiante-declaró Anita María, con su áspera voz-. Los espíritus tienen palabras animadoras para usted. Van a ayudarla, pobrecilla.

Dick experimentó, en seguida, resentimiento. El ver a su tía, inteligente y refinada, escuchar aquellas palabras de consuelo pronunciadas por una mujer ignorante, sin cultura, era demasiado para él.

-¿Quiere usted decirme exactamente cómo van a ayudar los espíritus a mi tía?-exigió.

Hasta aquel momento, Anita María había hecho caso omiso de Dick, como si se tratase de un chiquillo. Cuando habló, le dirigió una mirada severa.

Sus palabras adquirieron un tono retador.

-¡Jovencito!-le reconvino-. ¡Cuidado, jovencito! Si va a ponerle obstáculos a su desdichada tía, cómete un gran error. No puede discutir conmigo, joven.

-Es usted quien está discutiendo en este preciso instante-objetó Dick.

Anita se puso furiosa. Sus ojos despedían chispas. Sólo la presencia de Mande Garwood le hizo contenerse y no preferir maldiciones e improperios.

-¡Dick!-exclamó la viuda-. No debes ser injusto con Anita María. Ella, sólo intenta ayudarme.

-El joven es un escéptico-declaró la médium con voz fría y áspera-. Es uno de los enemigos de nuestras prácticas. Creen que porque los espíritus no hablan cuando andan ellos por los alrededores, es que no pueden hablar.

»¡Son imbéciles! ¡Imbéciles!-dijo ya frenética:- ¡Imbéciles! Ahuyentan a los espíritus. Los ahuyentan, sí... y a veces traen espíritus malos que mienten y engañan.

La mujer se fue calmando gradualmente después de haberse desahogado.

Como Dick se abstuviera de responder, se imaginó que le había dejado aplastado. Haciendo como si no existiera el intruso, se volvió de nuevo a Mande Garwood.

-¿Recuerda lo que le dijo Florecilla?-inquirió-. Haga lo que Florecilla dijo. Florecilla intenta ayudarla.

-¡Lo sé, Anita María!-exclamó la viuda, con voz ahogada de emoción-. Lo sé; pero... ¡tengo tanto miedo!... Ya sabe usted cómo era mi marido. No quería creer. No sé lo que pensaría él. Ya se lo dije a usted por teléfono, Anita María.

-Su querido esposo pensará ahora igual que usted. Se encuentra en el plano de los espíritus también. Quizá pueda hablarle a usted por mediación de Florecilla.

-¿Cree usted que podría?

-Sí; Florecilla podría hablar con él. Pero hay escépticos-miró a Dick al decir esto-, que pudieran no creer. Yo no hago más que intentar ayudarle, pobre señora. He estado hablando con Florecilla. Dice que su esposo está en el plano superior

-¡Déjeme hablar con él por mediación de Florecilla!

-No; no pienso intentarlo. Dejaré que hable usted directamente con su esposo. Ya sabe lo que le dije acerca del hombre de la India...

-¡Sí! ¡Sí!

-Se encuentra en este país actualmente. Ha venido a Nueva York. Florecilla me ha estado diciendo que quizá pueda ayudarle a usted el rajá Brahman. Es un gran hombre, señora. Tal vez pueda conseguir que su esposo le hable directamente...

-¡Maravilloso!-exclamó la viuda.

Se volvió hacia su sobrino.

-¿Has oído eso, Dick? Anita María dice que el rajá Brahman puede traer a tu tío Geoffrey al plano material. Eso te convencerá de que todo esto es verdad. ¿Verdad, Dick?

-Quizá-respondió el muchacho, sin comprometerse.

-Ha de ir usted a ver al rajá Brahman-declaró Anita María-. Él es el jefe de nuestros círculos. Si sabe que va de parte mía, hará cuanto pueda por ayudarla.

»¡Llévese a su sobrino que vea lo que pueden hacer los espíritus cuando les llama el maestro!

Se puso en pie para indicar que había terminado la entrevista. Dick aguardó a que se hubiera puesto en pie su tía antes de levantarse él. Mande Garwood estaba abriendo el portamonedas, pero Anita la contuvo con un gesto.

-No quiero cobrarle a usted nada, señora-dijo, mirando al muchacho de soslayo-. Estoy intentando ayudarla. Estoy haciéndoles mucho bien a otros. No cobro nada por lo, que le estoy diciendo.

Entró la doncella con el sombrero de Dick. La repentina aparición de la criada le hizo suponer al muchacho que esta había estado escuchando la conversación que había tenido él con su tía, dándosela a conocer a Anita antes de que la médium entrara en el cuarto.

-Gracias, Anita María-dijo Mande Garwood-. Visitaré al rajá Brahman en cuanto esté él dispuesto a recibirme. Me ha ayudado usted enormemente, Anita María.

Acompañada de su sobrino, dejó la casa. Dick Terry volvió la cabeza al bajar los escalones. Vió el corpulento cuerpo de la médium detrás de la cortina de la puerta.

Dentro de la casa, Anita María tenía el rostro congestionado. Estaba desahogando la ira que sentía contra el que había acompañado a su visita.

Llamó a la doncella.

-¡Prepáreme la maleta!-ordenó, con brusquedad-. Me voy a Nueva York esta noche. No pienso aguardar más.

La doncella se fue y Anita subió la escalera. Apenas se hubieron apagado sus pisadas, hubo un movimiento en el sombrío vestíbulo. De un rincón oscuro salió una figura alta, vestida de negro.

Sonó una risa suave, procedente de invisibles labios. Era un eco, casi silencioso, del tono sardónico que había sembrado la consternación en el cuarto de sesiones de Anita María el sábado anterior.

La siniestra figura cruzó el vestíbulo y abrió, silenciosamente, la puerta. Al desaparecer la alta figura por la abertura, pareció fundirse.

Un creyente, si es hubiera hallado allí, hubiese jurado que acababa de desmaterializarse un espíritu.

El singular personaje había desaparecido. El único rastro de su paso era la aparición de una mancha de oscuridad al pasar éste junto a un farol.

La Sombra había visto. La Sombra había oído. La Sombra se había marchado.

CAPÍTULO VIII
EL HOMBRE DE LA INDIA

Se estaba celebrando otra sesión. Esta era mucho atrás impresionante que la que había presenciado Cardona en el domicilio de Anita María. Estaba trabajando un maestro, y los que le rodeaban eran algo más que simples creyentes. Sus semblantes tenían la extática expresión de discípulos.

No sólo el grupo era notable: lo que les rodeaba resultaba impresionante.

Parecía como si aquella reunión de extáticas personas hubiese sido transportada del ambiente normal de Nueva York a la gloriosa atmósfera de la India.

Sólo había media docena de personas en el cuarto, y, por sus trajes de etiqueta, se comprendía que se trataba de entre de la mejor sociedad de Nueva York.

El jefe del grupo llevaba un magnífico traje oriental. Se hallaba sentado en una especie de trono cerca de un extremo de la habitación, cuyas paredes estaban adornadas con tapices tejidos en oro.

El humo de dos pebeteros flotaba en torno a la imagen de un Buda de rostro solemne.

El rajá Brahman era el médium. Estaba acabando la primera sesión que señalaba su regreso a Nueva York. Sólo a los más leales se les había permitido asistir a aquella sesión inicial.

Habiendo oído ya las palabras de sabiduría del místico y sus promesas de futuras maravillas, aguardaban su orden para marcharse.

Como era costumbre suya, el rajá Brahman había de pasar las últimas horas de la noche en contemplación. Estaba a punto de entrar en comunión con los espíritus del otro mundo; para aprender las cosas ocultas que más adelante revelaría a, sus discípulos cuando volviera a convocarles.

Enfundado en un vestido dorado que llevaba el símbolo de una cobra encapuchada; adornada la cabeza con el resplandeciente turbante usado por la casta más alta de la India, el rostro moreno del rajá era el de un hombre que posee conocimientos superiores.

Su barba corta y cuidada le daba un aspecto dominador; sus ojos oscuros y brillantes clavaban la mirada, por turno, en cada uno de sus creyentes. El rajá Brahman dio tres palmadas. El sonido repercutió en la dorada habitación.

Los tapices parecieron agitarse, como dominados por la acción. Un hindú delgado, vestido de blanco, entró y se paró frente a su amo.

Este, Imam Singh, fiel criado del rajá, tenía el mismo aspecto solemne que su señor. Llegó al trono y se paró al lado izquierdo, con los brazos cruzados y el juvenil rostro severo e inflexible. Aquel era el lugar que tenía asignado.

Nadie se colocaba jamás a la derecha del trono del rajá. Aquel era el sitio en que el amo recibía a su espíritu guía.

De nuevo dio el oriental tres palmadas. Como corderos, los estudiantes se pusieron en pie e hicieron una reverencia. Uno por uno desfilaron por la encortinada puerta que daba a una habitación exterior.

Imam Singh salió tras ellos para acompañarles hasta la puerta de la sagrada casa. El rajá Brahman quedó solo.

¡Hombre singular en singular ambiente! Sin embargo, aquella lujosa morada, con toda su gloria oriental, se hallaba situada en uno de los pisos más altos de un rascacielos neoyorquino.

El Hotel Callao, uno de los edificios más nuevos y altos de Manhattan, había sido escogido por el rajá como residencia.

El dinero nada significaba para aquel acaudalado personaje que traía grandes e insondables mensajes de los yogui del Himalaya.

Antes de haber transcurrido diez minutos de su marcha, Imam Singh regresó para interrumpir el soliloquio de su amo. Se acercó al trono y dijo unas cuantas palabras.

El rajá se puso en pie y pasó a otro cuarto, cuya puerta estaba oculta tras los tapices en un rincón. Aquél era su cuarto de consulta. Era tan exótico como el que acababa de dejar.

Bajo las luces difusas brillaba una enorme bola de cristal sobre el halda de un Buda más pequeño. La fragancia del incienso llenaba la habitación.

En un rincón se alzaba un pequeño y mullido trono. Allí tomó asiento y aguardó, único ocupante de un ara pagana singular. Se apartaron las cortinas del otro lado. Entró un hombre y se aproximó a la sentada figura.

El recién llegado era el profesor Raúl Jacques, el médium que celebrara la sesión en el transcurso de la cual muriera asesinado Harvey.

El rajá le señaló una silla con un gesto. Jacques dirigió una mirada furtiva a la encortinada puerta al sentarse. Empezó a hablar en voz baja y excitada.

-Recibí su mensaje-dijo-. Pero tuve que tener mucho cuidado al venir aquí, porque existe la posibilidad de que aún me estén vigilando. Ya sabe lo que me ocurrió.

Habló el rajá Brahman. Su voz era baja y solemne, tan impresionante como su aspecto y como lo que le rodeaba.

-Ha cometido usted un grave error –afirmó-. Esos disturbios ocurridos en su círculo pueden causar incalculables perjuicios. No fue prudente al obrar como obró. Debió dar por terminada la sesión al encontrarse con dificultades.

-Yo no sabía lo que iba a ocurrir declaró Jacques-. Me han ocurrido cosas raras en otras ocasiones y ese puñal luminoso siempre había resultado un buen truco. Lo tenía Harvey y él me lo entregaba. Nunca creí que fuera a ocurrir cosa alguna.

»Intenté enganchar al otro tipo; pero se me escapó. ¡En valiente lío me he metido! Suerte para mí que la policía no descubrió el truco de la silla.

»Me dejaron marchar. Estaban seguros de que no podía haberme desatado. Me aferré a mi relato y tuve suerte.

-Eso fue lo único bueno que hizo usted-declaró el rajá Brahman-. Fue una suerte, en efecto, que no se dudara de su palabra.

-Me llevé la sorpresa más grande de mi vida-replicó Jacques-, cuando todo el mundo corroboró mi relato. Sabía que algunos de ellos lo harían; pero creí que otros dirían algo del hombre que se escapó. No podía ser yo quien lo dijera.

»Afortunadamente hubo uno con suficiente sentido común para razonar por su cuenta. Un tal Castelle le dijo a un detective que creía haber visto a otro hombre. Ahora andan buscándole y seguramente creen que fue él quien mató a Harvey.

-¿Ha dado usted los pasos oportunos para que sus creyentes se incorporen a mi círculo de iluminación?

-Todo eso ha quedado arreglado. Todos ellos son buenos peces y tengo todos los detalles que me dio Harvey.

»Hay un buen cliente que iba a asistir a mi próxima sesión, un tal Telford, que Harvey me buscó. Traigo los datos aquí (sacó un sobre del bolsillo) y quiero deshacerme de ellos.

Tendió el sobre al rajá Brahman; pero el maestro hindú alzó una mano en son de reproche.

-El rajá Brahman no necesita semejante información-declaró, solemnemente-. Puede entregársela a mi criado al salir, puesto que teme que el tenerla pudiera comprometerle. Eso basta. Váyase y sea cauteloso en sus obras.

El profesor Jacques salió del cuarto, como perro con el rabo entre las piernas. El rajá se echó a reír. Después de todo, los impostores como Jacques eran supersticiosos. A pesar de que sabían que todo su trabajo era una impostura, estaban dispuestos a creer que alguien más inteligente que ellos pudiera poseer un poder psíquico verdadero.

El rajá Brahman había terminado con la primera de sus visitas especiales. La aparición de Imam Singh le hizo comprender que otra había llegado. A una orden del rajá, el criado salió del cuarto.

Entró Anita María. Esta mujer, tan dominante de ordinario, presentaba un aspecto abyecto y cohibido en aquellos momentos. Se sentía aún más impresionada que el profesor Jacques por la importancia del rajá Brahman.

Ni siquiera intentó hablar hasta que éste la invitó a hacerlo con un movimiento de cabeza.

-La mujer va a venir aquí-empezó a decir Anita-. Me visitó esta noche y tiene muchos deseos de verle.

-¿Se han abierto sus ojos a la luz? -inquirió rajá.

-Sí; ha tenido un dolor muy grande últimamente. Su esposo murió el sábado pasado. EL era quien intentaba apartarla de mí. Ahora que él no existe, ella tiene vivos deseos de hacer lo que yo le he estado diciendo.

-¿Dice usted que su esposo se halla ya en el plano astral? Si así es, comunicaré con un espíritu guía. Tal vez pueda traer el espíritu de su esposo aquí.

-¡Eso es, precisamente, lo que ella quiere! Desea verle. Si puede usted conseguir que le vea, atenderá esa mujer a lo que se le diga. Le estuve hablando de esas acciones de cobre por mediación de Florecilla. A ella le gustó, pero tenía miedo, por su marido. Pero ahora su marido no existe.

-Ordénele que venga a Nueva York y aguarde mi llamada como debe hacer una verdadera creyente. Será llamada por el maestro cuando sea llegada su hora.

-Quiero decirle un par de cosas acerca de ella-empezó Anita María.

El rajá Brahman movió la cabeza, en reproche.

-El maestro lo comprende todo-dijo lenta e inexpresivamente-. La escuché cuando habló conmigo anteriormente, porque deseaba saber si esta mujer se hallaba en condiciones de ver la luz ya. No deseo saber más. ¡Puede usted marcharse!

Anita María dio media vuelta y salió. Su aire de desafío había desaparecido por completo durante su entrevista con el rajá Brahman.

Llegó a una pequeña antecámara y miró a su alrededor con desconfianza como si temiera que la estuviesen vigilando ojos invisibles. La habitación estaba iluminada por una luz solitaria que brillaba, levemente, en un rincón.

La mujer sufrió un sobresalto al deslizarse dentro del cuarto la blanca figura de Imam Singh. Luego le siguió.

Apenas se hubieron marchado los dos, cuando se observó un leve movimiento junto a la gruesa cortina que tapaba la entrada al cuarto del rajá.

Una forma se materializó procedente de la oscuridad. Un momento después, un hombre alto, vestido de negro, se hallaba en el centro de la antecámara.

Era La Sombra.

Sin ser visto, sin ser oído, el misterioso hombre de la noche había entrado en el santuario del hindú. Allí, oculto tras la cortina, había escuchado cuantas palabras se cruzaron entre el rajá Brahman y sus visitantes.

La Sombra no rió. Silenciosamente, retrocedió hacia la negra cortina y pareció fundirse con la propia oscuridad.

Cuando regresó el criado del hindú un momento después para entrar nuevamente en el santuario de su amo, no quedaba ni rastro de la sombra viviente.

CAPÍTULO IX
LA SOMBRA HABLA

Cuando Imam Singh entró en el santuario halló al rajá Brahman todavía en su trono. El criado habló en inglés.

-Se ha ido-dijo-: la he acompañado hasta la puerta.

¡Muy bien!-exclamó el rajá, alzándose de su trono-. Con eso quedo libre ya, Tony. Ayúdame con esta ropa.

El vidente hindú tiró el turbante al suelo y, con ayuda del criado, empezó a quitarse la chaqueta adornada con la cabeza de cobra. Las pantuflas puntiagudas salieron disparadas por el suelo, al sacudírselas el rajá.

Unos momentos después, aparecía vestido con pantalón europeo y en mangas de camisa.

Imam Singh, que aún seguía vestido de acuerdo con el papel que había estado desempeñando, salió del cuarto y volvió con jofaina y toalla. Sacó un tarro de «cold-cream» y el rajá se puso a trabajar.

-Siento que tengas que seguir usando ese disfraz, Tony-rió, al untarse de “cold-cream” la cara-. Pero no está tan mal. Pesa menos que el mío. Tienes que contestar al timbre, como sabes.

Imam Singh sonrió.

La cuidada barba de su amo estaba cediendo ante el tratamiento del “cold-cream”. El hombre quedó afeitado y se miró la cara en un espejito que sacó de entre los cojines del trono.

-¿Te acuerdas de cuando me dejé crecer la barba, Tony?-murmuró, frotándose la barbilla-. Estaba bien; pero era una lata. La postiza representa más trabajo para ti; pero es la mejor idea.

Sacó un cigarrillo del bolsillo del pantalón y lo encendió. Pareció encontrar su sabor agradable después del olor del incienso.

El transformado rostro del rajá Brahman conservaba muy poco de la dignidad que había tenido anteriormente. Era cetrino; pero estaba muy lejos de ser tan oscuro como antes.

Era el rostro de un vividor y no de un maestro. Los ojos, que habían parecido lánguidos y penetrantes, eran ahora astutos y de mirada inquieta.

-Esto es mejor que una hora de deliberación, Tony-declaró, abrochándose el cuello-. Escucha... sí; ese es el timbre. Acércate a la puerta a ver quién es. Apagaré la luz aquí.

El criado salió y el cuarto quedó sumido en tinieblas. Sólo era visible la lumbre del cigarrillo del rajá.

No tardaron en separarse las cortinas y la leve luz procedente de la habitación exterior iluminó un semblante que el rajá Brahman reconoció no obstante estar casi en la oscuridad.

-¡Ah!-exclamó-. Me figuré que era usted el que llamaba. Aguarde a que encienda la luz...

-No se preocupe-respondió la voz tranquila del visitante-. La oscuridad me va bien. No quiero sufrir una desilusión, Bert, aguarde a que encuentre una silla.

El desconocido tropezó con una y se dejó caer en ella, mirando hacia la punta encendida del cigarrillo.

-Bueno-dijo la voz del falso rajá-: eché a los primos y luego recibí a los tontos: al profesor Jacques y a Anita María.

-¿Qué tenían que decir?

-Jacques estaba muy preocupado por el lío en que se había metido. Me explicó cuán sorprendido había quedado al ver que todo el mundo le apoyaba en la estúpida teoría de que la mano de un fantasma había tirado el cuchillo. Dijo que si no hubiera sido por una persona inteligente que había entre los demás, jamás hubiera logrado que los detectives se pusieran sobre la pista del hombre que había logrado escapar.

-¿Mencionó el nombre de la persona inteligente?

-Sí; dice que se le ocurrió la brillante idea a un tal Benjamín Castelle y que le sacó de una situación bastante apurada.

El visitante nada dijo, conque el rajá siguió la conversación. Su tono se hizo interrogador.

-¿Quién era el hombre que empezó el jaleo?-preguntó.

-No lo sé-replicó la visita.

-No me gusta, jefe-prosiguió el rajá-. Jacques perdió la cabeza al esgrimir ese puñal. Es mala cosa.

»Si la policía supiera que tiene algo que ver conmigo, vigilaría esta casa. ¡Valiente situación! Y en el preciso momento en que he tomado mis medidas para esquilar a las ovejas en cuanto hayan sido metidas en el corral.

-Tal vez sea mejor tomarlas poco a poco, Bert.

-Naturalmente, jefe. Yo siempre trabajo así. Anita María ha enganchado a esa dama de Filadelfia... y tengo que andar con cuidado en ese caso.

-Creí que sería presa fácil, una vez fuera del paso el marido.

-También lo creía yo. Pero Anita María me dice que ha llegado un sobrino suyo a estropearnos la combinación. Eso no tendrá gran importancia en cuanto me ponga a trabajar; pero más hubiera valido que el sobrino ese no anduviera por aquí.

-¿Por qué?

-Por la faenita de Slade. El sobrinito puede ser inteligente. Slade dijo que todo estaba bien. Hizo la faena con tanta limpieza que ni la propia Anita María sospecha. Pero un sobrino, metido allí, en la casa...

-Jamás podría dar con el rastro de Slade.

-Bien-; pero podría sospechar que todo no estaba bien. Le vigilaré como un halcón, jefe. Si su única dificultad es no poder ver la luz, yo me encargo de arreglar eso. Los escépticos son mi especialidad... con salsa y todo.

-¿Dice que Anita no tiene la menor idea acerca de... ?

-¿Esa pobre tonta? ¡Si es la fabricante de fantasmas más torpe de todo el circuito! Cree que porque atrae a mucha gente a su casa, es una notabilidad. ¡Cincuenta por noche a un dólar por cabeza! A ese precio llenaba yo un teatro todas las noches.

-Bien lo sé, Bert.

Se encendió una cerilla que iluminó el semblante del afeitado místico.

El rajá Brahman estaba encendiéndose otro cigarrillo. El hombre de la silla rió, levemente, al ver al ex hindú en su trono.

-La hubiera desechado hace tiempo -prosiguió el supuesto rajá-, si no hubiese sido porque confiaba que algún día nos traería algo bueno como la señora Garwood.

»Este trabajo, jefe, tiene sus inconvenientes. Lo he descubierto en el camino. Averiguo muchas cosas cuando me meto en los círculos, sin barba.

-¿Qué inconvenientes hay?

-Cuando se trata de un hombre listo como Jacques, tiene demasiadas ganas de quedarse los beneficios de mayor cuantía. Cuando se trata de una chapucera como Anita María, es incapaz de pescar gente buena. ¿Cuál de las dos clases prefiere? Los chapuceros son los mejores... si logran dar con algo bueno. Se dan cuenta de cuándo es demasiado grande un asunto para ellos. Saben que no pueden competir con un maestro.

»Aprovechan la ocasión para ponerse bien conmigo mandando un cliente de verdad. Y se contentan con una participación pequeña, porque no saben lo que es dinero en cantidad.

-En eso tiene razón, Bert.

-¿Recuerda la colecta grande que hicimos hace cosa de un año... la tercera vez que regresé de la India?

-Medio millón-contestó el jefe.

-Pues bien; esta vez vamos a recaudar el doble. Tal vez más. Mi santuario místico de la India aún anda falto de donativos. El cobre está en alza. A los espíritus aún les gusta llevarse recuerdos de valor cuando vuelven al plano astral. Jacques queda fuera del asunto. Se ha mostrado bastante mezquino en la cuestión de enviar sus mejores clientes a la liga grande.

Ahora, desde que se le fue la mano con el puñal, está dispuesto a hacer todo lo que le mandemos. Quiere olvidar a toda su antigua clientela. Puedo manejarla yo toda.

»Anita María ha aportado una buena contribución en la persona de esa señora Garwood. A ésta puede sacársele la mar de pasta. Quizá sea el mejor asunto de todos. Pagaré yo esa hipoteca que pesa sobre Anita María en Filadelfia, y quedará más contenta que unas pascuas.

»Hay un par de buenos clientes que vienen del Oeste preparados para mis clases de desarrollo psíquico. Viene otro de Cincinnati que es asunto seguro.

-¿Se refiere a Arthur Dykerman?

-Sí. Desde que su hija flotó hacia el plano superior, ha estado buscando una materialización por todas partes. Madame Plunket, de Cincinnati, lo manda como contribución suya.

»Plunket pica más alto que Anita María; Pero es bastante poca cosa también... y Dykerman será casi todo ganancia.

-Gracias a Slade-observó el jefe.

-Sí-respondió el rajá:-Slade trabajó bastante bien ahí. Por eso se me antojó que el asunto de Filadelfia sería seguro. No perdí tiempo después de darme Anita María la noticia acerca de la señora Garwood.

Hubo silencio en la oscura habitación. La cortina que tapaba la puerta no dejaba entrar la luz. El cigarrillo del rajá se había consumido. Pero la entrevista no había acabado. El rajá tenía un asunto importante que discutir.

-Oiga, jefe-dijo-: me escribió usted que no le gustaba ni pizca el jaleo del Hotel Dalban. Temía usted que significara más jaleo de una clase que no nos esperábamos. ¿Qué quería usted decir con eso?

-Estaba pensando en la persona que empezó el jaleo. Inutilizó a Jacques. Puede intentar algo parecido otra vez.

-Se trataría de alguno que se las daba de vivo simplemente. Jacques perdió la serenidad; eso es todo.

-No; eso no es todo. Todo el asunto aquel tenía algo de irreal. El hombre que lo principió salió de la nada. Volvió al lugar de donde había salido. Desapareció del cuarto, desvaneciéndose como una nube de humo.

-No puede molestarnos más. Con toda seguridad sabrá que la Policía le cree culpable. Procurará esconderse de ahora en adelante.

-No hará tal si es el hombre que yo creo.

La observación, tenia un tono ominoso. Resultó impresionante hasta para el rajá Brahman, el hombre que no admitía más ley que su voluntad.

-¿Sabe usted quién es, jefe?

-¿Ha oído hablar alguna vez de La Sombra?

-¡La Sombra!-exclamó el rajá Brahman-. ¿Cree usted que es La Sombra?

-Lo sospecho. Los que se hallaban en el cuarto estaban asustados y a Jacques le ocurría tres cuartas partes de lo mismo. Dijo que la carcajada aquella venía del otro mundo. No me extrañaría que así lo creyese.

»He oído decir que La Sombra ríe así. He oído decir que La Sombra es un hombre que desaparece misteriosamente. ¡Hay gangsters que tienen miedo de volverse porque temen a La Sombra!

-La Sombra persigue a los pistoleros-afirmó el rajá-: no perdería el tiempo intentando cazar fantasmas.

-Normalmente, no; pero no olvide que La Sombra pica alto. Si supiera que Jacques no era más que un miembro de nuestro circuito...

La frase incompleta, pareció surtir efecto en el rajá. Perdió algo de su confianza.

-Me alegro que me haya usted dicho esto, jefe-dijo-. Comprendo lo que quiere decir ahora. Estamos obrando con suma cautela, pero tenemos en nuestra mano uno de los asuntos más bonitos y de más rendimientos. Tenemos que andar con ojo.

»Si La Sombra se oculta tras todo lo ocurrido, pudiera intentar inutilizarme, como ha inutilizado a Jacques.

-Precisamente.

-Pues bien; voy con los ojos abiertos. Admito sólo a clientes preferentes. Un desconocido no tiene la menor probabilidad de poder llegar hasta aquí. Eso ya lo sabe usted, jefe.

El rajá hablaba con renovado aplomo. Se alzó de su trono y cruzó el cuarto oscuro. Apartó la pesada cortina de la antecámara e hizo una seña a su compañero. Los dos conspiradores se hallaban en la habitación exterior cuando Imam Singh se reunió con ellos.

-Tony-murmuró el rajá-: a ti te corresponde vigilarlo todo de cerca. El trabajo grande empieza y tenemos el resentimiento de que pudiera haber jaleo... por parte de La Sombra.

El criado abrió los ojos y movió, afirmativamente, la cabeza.

-No lo olvides-le aconsejó el rajá.

Alargó la mano, teñida de oscuro, y recibió el apretón de su jefe. Tony o, por otro nombre, Imam Singh, acompañó a la visita hasta la puerta.

El rajá Brahman dio media vuelta y miró hacia la cortina que cerraba la entrada a su santuario.

Contemplaba una masa de sólida negrura junto a la puerta. No se movió. El rajá no volvió a preocuparse de ella. Rió al pasar por la cortina.

Una larga sombra cayó sobre el suelo de la antecámara. Avanzó hacia la puerta exterior una figura alta, vestida de negro, alta siguió. El silencioso desconocido pareció fundirse en la pared al regresar Imam Singh.

Cuando se hubo marchado el criado a reunirse con su amo, el desconocido de negro se echó a reír.

Su tono susurrado era, distinto a la risa firme que había emitido el rajá Brahman. La risa de La Sombra, al sonar en aquel cuartito, estaba llena de siniestra burla. Mientras su eco aún repercutía, el hombre de negro desapareció.

Una hora después, dos manos aparecieron sobre un punto iluminado encima de una mesa lisa. En una de ellas brillaba el misterioso fuego del girasol.

Las manos blancas asían un manojo de recortes de periódico. Retiraron uno que hablaba de la muerte de Stella Dykerman, joven de la alta sociedad de Cincinnati, en un accidente de automóvil cosa de un mes antes.

Las manos sacaron un minúsculo disco de metal. Trabajaron en él durante un rato. Luego se apagó la luz y una risa sardónica retumbó en el cuarto que parecía una tumba.

Cuando Cardona llegó a su despacho por la mañana, fue recibido con expansivas sonrisas. La explicación era un paquete que había sobre su mesa.

Sin fijarse en las miradas burlonas, abrió la caja y sacó un ramillete de violetas.

-Me parece que éstas iban destinadas a, Fritz-declaró, con voz hosca.

Se abrió paso entre los detectives, que le miraban riendo. Se encontró al ordenanza en el pasillo. Le metió las flores en la mano, con gran regocijo de los que le contemplaban.

El ordenanza se quedó boquiabierto. Porque aquél era el verdadero Fritz y no el desconocido que con frecuencia le sustituía. Fritz, seguido de un grupo risueño, fue a su armario y depositó las flores sobre uno de los estantes.

Solo junto a su mesa, Cardona contempló el minúsculo disco de metal que tenía en la mano. Lo había sacado de entre los tallos de las violetas al entregar el ramillete a Fritz. En el disco iban grabadas las siguientes palabras:

ACCIDENTE CINCINNATI MARZO

Se metió el disco en el bolsillo. Se puso el sombrero y abandonó el despacho. Media hora, más tarde se hallaba en un taxi, con la maleta a su lado, camino de la estación de Pennsylvania.

CAPÍTULO X
APARECEN ESPÍRITUS

El rajá Brahman, vestido con todo el esplendor oriental, escuchaba tras una puerta secreta que daba a su sala de recepción. Una sonrisa iluminaba su teñido semblante.

Abrió, cuidadosamente, un atisbador que tenía la puertecilla. Observó a las visitas que se habían reunido.

Se hallaban allí cerca de veinte personas, todas ellas gente de dinero. El rajá tomó nota de su identidad.

Había, aproximadamente, la misma cantidad de hombres que de mujeres.

Entre las últimas se encontraba la esposa de un acaudalado fabricante de conservas de Chicago, mujer que tenía más de un millón por derecho propio.

Había acudido en la esperanza de poder comunicar con una criatura que había muerto hacía mucho. El rajá Brahman sonrió.

Vió a un hombre de Los Ángeles, un caballero de edad avanzada que hacía tiempo se había retirado de los negocios. Contribuía, con regularidad, a sus ingresos de los numerosos médiums de la metrópoli de California del Sur.

Era un buen asunto, pero había que trabajarle muy despacio. Lo había aportado el jefe del círculo psíquico de Los Ángeles.

En un rincón se hallaban dos hombres, ambos herencia del difunto círculo dirigido anteriormente por el profesor Raúl Jacques.

Uno de ellos era Benjamín Castelle, escéptico, pero hombre adinerado, cuya presencia era deseable.

El otro era James Telford, la víctima que Jacques había recomendado.

El rajá volvió a sonreír. Las notas aquellas que había dejado Jacques habían de resultar útiles, aun cuando el vidente hindú había pretendido que no le servían para nada.

Una mujer de edad madura llamó su atención.

Era la señora Garwood, de Filadelfia. Una mirada le bastó para comprender que se trataba de una verdadera creyente. Impresionada por las burdas demostraciones de Anita María, resultaría una víctima fácil.

El entrecejo del místico se frunció al observar al joven que se hallaba a su lado. Era el sobrino de quien había hablado Anita María. Su presencia no era muy agradable para el rajá.

La última mirada le permitió ver a Arthur Dykerman, hombre de edad avanzada y cano cabello, que se hallaba melancólico y solo, demacrado su semblante por la preocupación y la desgracia.

Había acudido en busca de noticias de su hija perdida, la que habría sido única heredera de sus millones.

Postrado por el dolor, el desgraciado padre estaba dispuesto a pagar millones de dólares por ver durante un instante siquiera a su desaparecida hija.

Hasta entonces había recibido muy poco consuelo.

Aquella noche, pensó el rajá, la felicidad entraría en el fatigado espíritu de aquel hombre. Efímera felicidad para Arthur Dykerman; beneficios duraderos para el rajá Brahman y su jefe.

La pequeña abertura se cerró. El rajá salió a un pasillo oscuro. Encontró a Imam Singh sentado, sin turbante, a una mesa, con un casco telefónico ajustado a la cabeza.

Un puñado de hojas llenas de notas demostró que el criado había estado escuchando las discusiones entabladas en la sala de recepción.

Porque los auriculares aquellos estaban conectados a una especie de micrófono instalado en el otro cuarto.

El rajá sonrió y se acarició la barba postiza al contemplar al servidor. Alargó la mano, le quitó los auriculares y se los puso él.

Sentándose a la mesa escuchó atentamente; luego señaló la puerta. Tony comprendió la señal. Significaba que debía hacer pasar a los invitados al cuarto de sesiones. El criado se puso el turbante y salió.

El rumor de voces se apagó. Tony volvió y aguardó. El rajá estaba repasando, cuidadosamente, las notas.

-Buen trabajo, Tony-dijo-. Aguarda la señal, después de que haya acabado con la señora Furzeman esa mujer gorda de Chicago.

-De acuerdo.

-Tendrás tiempo de sobra para caracterizarte. ¿Esta cargada la mesa?

-Sí

-¡Andando, pues!

El rajá Brahman resultaba una figura impresionante cuando entró en la sala de sesiones. El fiel Imam Singh entró antes que él y se quedó aguardando la llamada del maestro. Con los brazos cruzados, de pie a la izquierda del trono, Imam Singh hizo que descendiera sobre el grupo un silencio de reverencia.

Cuando se presentó el rajá, se oyó un leve murmullo de admiración, que fue acallado en seguida a una mirada de los oscuros ojos del médium.

Sentándose en el trono, el rajá Brahman asumió la pasividad del dorado Buda. Después de unos momentos, su cabeza se volvió lentamente y su mirada se encontró con la de diversas personas del grupo.

Miró a la mujer de Chicago y observó su extática expresión. Descansó su mirada, serenamente, en el semblante de Arthur Dykerman y, por fin, la posó, directamente, sobre Benjamín Castelle.

Una leve sonrisa apareció en los labios del escéptico al encontrarse con la mirada retadora del vidente. El rajá no se inmutó. Vio que la sonrisa se desvanecía lentamente.

-Hablo-dijo el rajá con acento extranjero-, a aquellos que tienen deseos de ver la luz. A todos los demás les digo que su presencia aquí carece de objeto.

»Veo entre ustedes a algunos de los fieles que han aprendido mis primeras lecciones de ocultismo oriental.

»Yo, he adquirido mis conocimientos ocultos de los grandes mahatmas del Tibet, cosa que deben tener en cuenta todos los que aún no están versados en el verdadero desarrollo psíquico.

»Veo a uno que ha sufrido un dolor más recientemente que los otros. Una mujer de entre vosotros ha venido aquí esta noche porque busca el consejo de una persona en quien ha confiado durante muchos años.

EL vidente volvió la cabeza y miró de hito en hito a Mande Garwood. La viuda oprimió el brazo de su sobrino y suspiró extática. El rostro, severo del rajá se suavizó.

-Todos no pueden cruzar inmediatamente la barrera que yace entre el plano material y el astral -declaró-. Su esposo, señora (Mande exhaló una exclamación de asombro), aún no ha

llegado al plano superior del cual pudiera yo hacer acudir su espíritu. Pero tal vez me sea posible conseguir un mensaje de esperanza.

Dio tres palmadas e Imam Singh hizo una reverencia ante el trono. El rajá dijo unas palabras en indostánico.

EL criado se dirigió a un lado del trono y volvió con una mesa alta, dorada.

La colocó delante del trono. Enfrente, puso una silla grande. Se volvió hacia la señora Garwood e hizo otra reverencia. La mujer comprendió. Había de sentarse en la silla.

Se puso en pie, dirigiendo una breve mirada de felicidad a su sobrino y se sentó frente al rajá Brahman.

-Los espíritus acostumbran manifestarse en la oscuridad-dijo el vidente; -pero como las condiciones no son aún tales que me permitan conseguir una manifestación completa de su difunto esposo, creo que podremos conseguir lo que deseamos sin la ayuda de la oscuridad.

Dio tres palmadas e Imam Singh se presentó con una pizarra. EI rajá le dijo que se la enseñara a los asistentes.

Entretanto, le habló dulcemente a la mujer que se hallaba sentada ante él, murmurando una jerigonza mezcla de inglés y de una lengua extranjera.

Imam Singh volvió con la pizarra y la depositó sobre la mesa. Agregó una tiza.

Haciendo caso omiso de ésta, el rajá enseñó la pizarra, le pidió a Mande Garwood que la colocara debajo de la mesa, sujetándola ella misma contra la parte de abajo de la misma. La mujer obedeció.

-Esta imitación de oscuridad-declaró el hombre-, tal vez nos aporte el mensaje que deseamos. Escuchemos.

Siguió un silencio impresionante.

-Permítame que retire la pizarra -insinuó el rajá.

Lo hizo y la depositó sobre la mesa. Seguía en blanco. EL vidente la miró, pensativo.

-Quizá -observó-, si declara usted su identidad, pudiéramos conseguir un mensaje del espíritu. ¿Tiene la bondad de escribir su nombre en la pizarra con este troto de tiza?

Mande obedeció.

-Un momento-dijo el rajá:-¿hay aquí alguien a quien usted conozca y que pudiera reconocer la letra de usted y la del difunto?

-Mi sobrino.

-Suplíquele que se acerque.

Dick Terry se acercó y se colocó a un lado de la mesa. Imam Singh se hallaba frente a él. Vio la firma de su tía en la pizarra. Vio cómo la cogía el rajá y se la ponía en la mano a Mande Garwood.

-Debajo de la mesa-dijo el místico-. Así. Pero dé la vuelta a la pizarra para que su firma quede debajo. Los espíritus, como los mortales, escriben desde arriba. ¡Escuche!

Reinó el silencio. Pareció oírse un suave ruido en la mesa, como si rascaran.

Cesó el ruido. El rajá Brahman le hizo una seña a la mujer. Esta retiró la pizarra y la depositó sobre la mesa.

Llevaba el siguiente mensaje, escrito en tiza:

Tenías razón, Mande querida. Ten fe. Mi espíritu estará contigo.

Geoffrey

-¡La letra de mi esposo!-exclamó Mande Garwood-. ¡Mira, Dick! ¡Palabras del propio Geoffrey!

Dick Terry miró las palabras aquellas. Conocía la letra de su tío. Se vió obligado a confesar que letra y firma eran del señor Garwood.

Pareció perplejo. Luego, ante un súbito pensamiento, alargó bruscamente la mano y dio la vuelta a la pizarra.

El rajá Brahman sonrió. Al otro lado aparecía la firma de Mande Garwood, tal como ella la había escrito. Dick no cabía en sí de asombro.

Imam Singh cogió, cortésmente, la pizarra y la hizo circular entre los circunstantes. La llevó, luego, a la señora Garwood, que había vuelto a su silla. Dejó que se quedara con la pizarra y la mujer sonrió, mientras brillaban sus ojos, empañados de lágrimas.

El criado hindú se llevó la mesa. El rajá Brahman clavó la mirada en el espacio, pensativo.

-Veo una criatura-afirmó-: una criatura que vive en el reino de los espíritus. Una criatura que ha morado en el plano astral desde la infancia. ¿Reconoce alguno al espíritu? Está muy cerca de alguien que está con nosotros esta noche... cerca de una mujer que está aquí.

La mujer de Chicago estaba moviendo, afirmativamente, la cabeza. EL rajá hizo una seña a Dick Terry y a Benjamín Castelle. Extendió los brazos y pidió a los dos hombres que se acercaran.

Simultáneamente se apagaron las luces, al dar Imam Singh al interruptor.

-Sujétenme las muñecas, queridos amigos - dijo el Brahman-. Sujétenme las muñecas... uno por cada lado.

Los hombres obedecieron. Sentían las manos del místico cerca de ellos.

El médium emitió un largo suspiro, y luego, un gemido corto. Un leve punto de luz flotó en el aire, por encima de los fieles,

La luz aumentó, luego desapareció gradualmente. Volvió a aparecer y se convirtió en flotante forma luminosa. Asumió la vaga forma de un niño de pecho que flotaba de un lado para otro, cerca del suelo y, después, muy alto, por encima, de las cabezas de todos.

Aquella forma luminosa emitió un grito leve, de niño. Creció en volumen; luego se apagó. Al propio tiempo empezó a desaparecer la minúscula figura, exactamente igual que si estuviera entrando en otra dimensión del espacio.

El rajá Brahman emitió una exclamación prolongada. Tiró de los brazos y, durante un instante, Dick creyó que el hombre, se caería del trono. Entonces se oyó su llamada, dirigida a Imam Singh.

Se encendieron las luces, viéndose al rajá con los brazos abiertos, apoyándose en los dos hombres.

Las miradas se dirigieron al techo.

No se veía el menor rastro del fantasma desaparecido.

La señora Furzeman se hallaba ante el trono, expresando su agradecimiento.

Había reconocido el espíritu de su niño. Por primera vez había visto una materialización completa.

El rajá comprendió que todo el grupo estaba afectado, le preparó para el mayor espectáculo de la noche.

Imam trajo una especie de armario montado sobre una plataforma ligera pero ancha. Los espectadores miraron, con curiosidad, cómo lo montaba el criado hindú en el centro del círculo. El armario lo componía de cuatro varillas verticales, sobre las que iba montado un techo liviano.

Tenía cortinas por los lados, dominadas todas por un solo cordón, cuya extremidad puso el criado en manos del rajá.

Imam Singh se acercó a la pared y cambió las luces. Un brillo suave y difuso produjo una luminosidad que parecía acariciar. Bajo dicha iluminación sólo el elevado techo estaba levemente iluminado. El suelo, en derredor de la plataforma, estaba oscuro.

Ni siquiera se le veía al criado hindú que iba de blanco. Sólo al enjoyado rajá le arrancaba algún destello la luz

-Entre estas cortinas -dijo el rajá Brahman dulcemente-, haré que se materialice un espíritu... uno que alguien de aquí reconocerá. Tengan cuidado con lo que le dicen al espíritu. Recuerde que aparecerá de otro plano...

Calló la voz al caer las cortinas, el rajá había soltado el cordón. Todos los fieles se hallaban en tensión. Los minutos transcurrieron lentamente, hasta que el rajá tiró de la cuerda para alzar las cortinas.

Apenas se veía el interior del recinto encortinado, que seguía vacío, de momento.

-Esperemos - dijo el vidente, con solemnidad-. Mi visión síquica me anuncia que alguien de hallará pronto con nosotros...

Al irse apagando la voz, todas las miradas convergieron en el espacio comprendido entre las cortinas. Empezaba a aparecer un punto luminoso sobre la plataforma, que se alzaba a treinta centímetros del suelo.

El punto se hizo mayor. Se convirtió en masa sin forma. Fue creciendo su talla hasta que apareció una forma de radiante luz, que oscilaba entre las cortinas.

Se veía el contorno de una faz humana. Se volvió, como si buscara a alguno dentro del círculo. Se detuvo y pudo verse el semblante de una muchacha hermosa.

-¡Mi hija! ¡Stella! - exclamó Arthur Dykerman, el hombre de Cincinnati.

Dykerman se adelantó, con la intención de abrazar a la visión; pero la joven materializada le contuvo con un gesto.

Surgió una voz del espíritu-un murmullo quejumbroso-y el hombre se detuvo para escuchar las palabras.

-He de volver al plano astral-fueron las palabras pronunciadas-. No puedo quedarme mucho rato esta noche. He encontrado el guía que puede traerme aquí otra vez. Ten fe, papá querido. Ten fe.

-¿Eres feliz, hija mía?

-Sí, papá. Todo es felicidad en el plano superior. Todo es felicidad...

El espíritu tendió las manos.

-Puede usted tocarle las manos -dijo el rajá en voz baja-. Pero tenga cuidado. Está completamente materializada. Retírese en cuanto empiece a oscilar...

Dykerman asió las manos del fantasma. La figura fulguraba extrañamente y el padre se apartó. La aparición, sin embargo, permaneció allí.

-Aguarda a que usted le hable-advirtió el rajá Brahman-. Desea una prueba de su cariño... un recuerdo...

Arthur Dykerman se estaba registrando los bolsillos. Sacó un joyero.

Al abrirlo, se vió el destello de piedras preciosas, al reflejar éstas la deslumbrante luminosidad del espectro. El fantasma de la joven había salido de su recinto... había dado unos pasos.

-Tus joyas, querida-dijo el padre, con voz entrecortada-: tus propias joyas... las que pertenecieron a tu madre antes que a ti...

Uno por uno, fue colocando los anillos en las luminosas manos extendidas.

Al terminar, la figura empezó a oscilar. Dykerman se retiró y la visión fue reduciéndose en tamaño.

Se movió hacia las cortinas. Allí se convirtió en un vértice de luz. Por fin desapareció, reinando, nuevamente, la oscuridad. Cayeron las cortinas.

Siguió un prolongado silencio. Por fin habló el rajá Brahman, en voz baja y fatigada.

-No siento ya la presencia de mi espíritu guía. Al igual que la figura materializada, ha vuelto al plano astral.

Dio unas palmadas, débilmente. Se encendieron las luces. Imam Singh se hallaba junto a la puerta. El rajá estaba reclinado en su trono.

Soltó el cordón al acercarse el criado. Este tiró de él, corriendo las cortinas y exhibiendo el espacio aquel vacío. Retiró la plataforma y todo lo demás a un lado del cuarto.

Los fieles comprendieron que se había acabado la sesión. Algunos obedecieron los gestos de Imam Singh, dirigiéndose a la sala de recepción.

Otros, algo más osados, se aproximaron al trono del rajá.

Todos habían quedado hondamente impresionados por la sorprendente sesión-sobre todo aquellos que habían visto espíritus a los que les había sido posible reconocer.

Dick Terry y su tía se hallaban muy cerca cuando Benjamín Castelle habló con el rajá.

-Una demostración maravillosa-estaba diciendo el hombre-. Yo soy un escéptico, como usted sabe; pero unas cuantas sesiones como ésta me convertirán en creyente. Este caballero (indicó a Tomás Telford, que se hallaba cerca) me dijo que tenía vivos deseos de hablarle. Es nuevo en el campo de las investigaciones psíquicas...

El rajá Brahman estaba mirando a Telford. Vió un caballero de edad, alta, de semblante dulce y ojos medio entornados. Hizo una seña al hombre para que se acercara. Con una mirada sobre su hombro, el vidente habló en voz baja.

-Vi un espíritu cerca de usted esta noche-dijo-. Sé que hay un mensaje para usted... un mensaje que le interesa enormemente. Tenga fe. Tal vez, en la próxima sesión, pueda prevalecer sobre el espíritu para que hable.

»Roma no se construyó en un día, no podemos esperar comunicar con los espíritus demasiado aprisa. Pero prono... se lo prometo... pronto.

El místico se irguió en su trono y e cruzó de brazos. Los que comprendían, se dieron cuenta de que se preparaba para su obra de contemplación, en que buscaba consejo de su espíritu guía. El pequeño grupo se apartó y se dirigió a la sala de recepción. Imam Singh cerró la puerta tras ellos.

En la sala de recepción, Mande Garwood hablaba, entusiasmada, con su sobrino. Los dos estaban solos.

-¿Verdad que fue maravilloso, Dick? EL mensaje de Geoffrey... ¡ah! Tal vez pueda verle como vió ese hombre a su hija... ¡fue maravilloso, Dick!

-Sí - repuso el muchacho, no convencido aún-: es maravillosa la manera en que hizo desaparecer joyas por valor de cincuenta mil dólares. Este rajá es listo, tía Mande... ¡muy listo!... pero es un impostor.

Mande Garwood protestaba cuando salieron del cuarto. Dick Terry no la estaba escuchando. Se había llevado la mano al bolsillo de la chaqueta y, cuando bajaban en el ascensor, se preguntó qué podría ser el objeto que se encontró allí.

Al llegar al vestíbulo, salió a buscar el coche, que se había visto obligado a dejar a cierta distancia del hotel. A la luz de un farol callejero, sacó el objeto del bolsillo.

Era un reloj de oro, grande. Se lo acercó al oído. Estaba parado. Miró la esfera y luego intentó abrir la parte de atrás. No pudo.

¿Cómo había llegado a parar aquel reloj a su bolsillo? Dick no sabía explicárselo. A no ser que se hubiera materializado allí dentro, no había manera de explicar su presencia. Se lo guardó, aturdido. De pronto llegó a sus oídos el leve eco de una risa sorprendente. Un tono extraño y siniestro que no parecía ser emitido por un ser humano. Miró en torno suyo, sobresaltado. No había nadie cerca.

La risa se apagó. El sonido era mucho más sobrenatural que las extrañas manifestaciones que habían tenido lugar en el cuarto de sesiones del rajá Brahman.

¿Qué significaba aquella risa? ¿Le habría visto contemplar el misterioso reloj algún extraño fantasma de la noche? ¿Habría, en realidad, fantasmas que se amovieran de un sitio para otro en la oscuridad?

Dick Terry estaba más aturdido que antes. Se sentía al borde de lo inexplicable.

¡No sabía que había oído la risa de La Sombra!

CAPÍTULO XI
GRANUJAS DE ACUERDO

Cuando volvió a presentarse Imam Singh en el cuarto de sesiones del rajá Brahman, para anunciar que todos los visitantes se habían marchado ya, el vidente se alzó de su trono y echó a un lado su resplandeciente turbante.

-Todo fue magníficamente esta noche, Tony-dijo-. ¡Bien trabajado, muchacho!

Con la ayuda de su compañero, el místico se despojó del resto de su indumentaria oriental y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón. Mientras fumaba, Tony le trajo toalla, jofaina y cold-cream.

El rajá dejó a un lado el cigarrillo y se puso a quitarse la caracterización.

Una vez hecho esto, se desperezó y se echó a reír. Luego se acercó a la alta mesa que se hallaba en un rincón del cuarto-la misma mesa que Imam Singh acercara al trono cuando la escritura de la pizarra.

El transformado vidente puso la mesa patas arriba. Sacó una pizarra en blanco de una especie de soporte.

-Le dejé viendo visiones a ese sobrino, ¿eh? - murmuró-. Este es un truco magnífico en la forma que lo hago ahora, Tony. Saqué la pizarra, del mensaje con una mano, mientras metía la limpia en el soporte este con la otra. Esa fue la vez en que no obtuve mensaje alguno.

Hizo una pausa y se echó a reír.

-Picaron los dos-agregó-. Ni la tía ni el sobrino se dieron cuenta de que ella estaba escribiendo su nombre encima de la pizarra que ya llevaba el mensaje. La dejé manejar la pizarra sola desde aquel instante. Me figuré que la copia esa de la letra del muerto les dejaría de una pieza.

Tony, sin el rostro solemne de Imam Singh ya, reía al llevar la ropa de su señor a un cuarto contiguo. EL hindú hizo una breve inspección de la plataforma con cortinas que se hallaba, al otro lado del cuarto y fue a reunirse con su ayudante a continuación.

Cogiendo la chaqueta de su traje hindú, el rajá rebuscó entre sus pliegues.

No descubriendo lo que buscaba se volvió hacia su compañero.

-¿Dónde pusiste el reloj de pega, Tony?

-Debe estar ahí aún.

-No lo encuentro. ¿Estás seguro de que no lo sacaste del bolsillo secreto?

-Sí.

-Es raro. Lo metí ahí cuando me solté de la mano de Castelle, instantes antes de que te diera la señal para que encendieras las luces.

-Tal vez sea ése-dijo Tony, indicando un objeto que había sobre una mesa en el rincón-. No recuerdo haberlo puesto ahí, sin embargo.

El rajá Brahman cogió el reloj en cuestión. Se acercó el botón de dar cuerda a los labios. Sopló y el reloj resbaló por una varilla telescópica que se fue alargando hasta tener una longitud de un metro ochenta aproximadamente.

Asiendo la varilla entre los dientes, sopló despacio y se abrió la parte delantera del reloj. Asomó una especie de globo, que, más que espíritu, parecía un juguete, porque había luz en el cuarto.

El místico movió, negativamente, la cabeza. Absorbió. El globo volvió a meterse en el reloj. Echó la cabeza hacia atrás y el reloj resbaló por la varilla telescópica. Volvió a depositarlo sobre la mesa.

-Es el viejo-declaró-. Lo saqué esta noche antes de la sesión. Estuve usando el nuevo... produce un fantasma el doble de grande que el otro, conque resulta más eficaz. Echa una mirada por el cuarto de sesiones, Tony-agregó, con cierta preocupación-. Mala cosa sería tenerlo tirado por ahí donde cualquiera pudiese cogerlo.

Antes de que el ayudante pudiera ponerse a buscarlo, sonó un timbre.

-Es Martín Slade-declaró el rajá-. Hazle pasar, Tony.

Un momento después, entró en el santuario un hombre de rostro sereno y sonrió al ver al rajá en mangas de camisa, este miró al recién llegado.

Martín Slade era hombre de buen aspecto. Vestía inmaculadamente y sabía presentarse. Sólo la leve inquietud de su mirada delataba su profesión.

-¡Hola, Bert!-dijo, en voz clara y convincente-. El jefe me dijo que querías verme.

-Así es-contestó el rajá.-Siéntate. Tengo un par de trabajitos para ti aquí en Nueva York. Vas a quedarte aquí una temporada.

Slade afirmó con la cabeza y tomó asiento.

-En primer lugar-declaró el rajá-, hemos de ultimar el asunto Garwood.

-Ya te dejé todo eso arreglado, But. Ya sabes cómo lo trabajé en Filadelfia. El viejo está fuera del paso...

-Sí; pero ahora hay otra dificultad. La señora Garwood ha venido a Nueva York como le dijo Anita María. Pero se ha traído a su sobrino: un tipo de Tejas que se llama Dick Terry. Estuvo aquí esta noche en la sesión.

-¿Intentó estropearla?

-No; por el contrario, logré engañarle por completo. Pero ya sabes que soy buen psicólogo, Slade: Ese muchacho va a darnos mucho que hacer. Sería mucho mejor quitarle del paso.

-Eso es fácil aquí, en Nueva York. Ya sabes lo bien que estoy con la cuadrilla de Barney Gleason. No saben a qué me dedico. Harán lo que les pida... barato.

-Bien; no lo olvides. Pero recuerda que hay que hacer las cosas de forma que la vieja no sospeche que ha ocurrido cosa alguna anormal. Arréglatelas de forma, que desaparezca el sobrino y que, al propio tiempo, quede mal con la tía: Piénsalo, Slade. Venme a hablar del asunto después, más tarde.

- Lo haré, Bert. ¿Cuál es el otro encargo?

-Uno muy fácil para ti, Slade. He agregado un nuevo primo a la lista... un asunto fácil si puedo enterarme de la historia. Jacques me dejó un informe completo sobre él. Estuvo aquí esta noche. ¡Tony!

La blanca figura de Imam Singh entró en el santuario.

-Tráeme los datos de Telford-ordenó el rajá.

El ayudante se fue y volvió con una hoja de papel. El rajá Brahman sonrió al consultar el documento, acercándolo a la luz para poderlo leer mejor.

-He aquí los datos, Slade. Telford es un hombre muy rico de Nueva Orleáns. No tenemos un círculo psíquico allí... aún. De haberlo tenido, le hubiésemos pescado allí mismo.

»Sea como fuere, el caso es que Telford regañó con su único hijo hace varios años. EL hijo se escapó de casa. El viejo tuvo noticias de él desde Nueva York. Se enteró de que James, el hijo, se había echado a navegar. Cree que el muchacho se ahogó en un barco que se hundió cerca de la costa de Virginia.

»Telford lleva viviendo mucho tiempo en una casa de Long Island, con la esperanza de poder dar con el rastro del pobre Jim... si es que el muchacho aún está vivo.

»Últimamente se le metió en la cabeza que si su hijo había muerto, los espíritus podrían ayudarle. Así es como llegó a ponerse en contacto con el profesor Jacques.

»Hasta aquí, la información no es mucha; pero Jacques ha averiguado una cosa que va a servirnos de ayuda. Telford ha acumulado todo lo relacionado con su hijo: cartas que escribió el muchacho; un diario suyo; recortes de periódicos; fotografías y no sé cuántas cosas más.

-¿Vió Jacques algo de eso?

-No; eso es lo mejor del caso. El viejo lo tiene todo en la caja de caudales. Tiene un ama de llaves vieja; pero es algo sorda. Jacques habló por teléfono con ella una vez.

-Conque el trabajo es...

-Abrir esa caja de caudales una noche en que Telford se halle ausente. Averigua todo lo que puedas; pero no dejes rastro. Telford habló de ir a Boston mañana a ver a un marino que estuvo en el mismo barco que su hijo.

»Escucha bien: el viejo habló de su dolor; pero es desconfiado. Por eso no me gusta. Cuando empiece a darle determinados detalles, va a quedar convencido a más no poder.

-Si va a estar fuera-dijo Slade, pensativamente-, tal vez pueda traer las cosas aquí y devolverlas después que las hayas examinado tú.

-¡Magnífico! Si puedes hacer eso, tanto mejor.

-Eso significa que tendré que quedarme en Nueva York. Bueno; los demás asuntos pueden esperar. St. Louis va bien. Cleveland también. Lo de Chicago ha de quedar aplazado por ahora, de todas formas. Madame Plunket está trabajando allí ahora, en lugar de estar en Cincinnati.

»El jefe y yo hablamos del asunto esta tarde. Tiene casi todos los miembros del antiguo círculo psíquico y no es buena idea trabajar a sus clientes tan pronto después del asunto de Dykerman.

-Quedamos de acuerdo, pues-dijo el rajá-. Dedícate a Telford inmediatamente. Luego examina el asunto Garwood. Quiero quitar del paso a ese Terry.

El rajá paseó, lentamente, de un lado a otro del cuarto. Resultaba incongruente en mangas de camisa.

Estaba pensando en algo de importancia, en un asunto que deseaba discutir con Martín Slade. Pero dudaba que fuese aconsejable. Por fin se detuvo e hizo su primera declaración en forma de pregunta.

-¿Qué otra cosa tuvo que decir el jefe?

-Habló de las acciones del cobre -contestó Slade-. Van viento en popa. Las está soltando tan aprisa como las piden los agentes de banca y bolsa. Dice que si continúa al paso que va ahora descargará por completo y empezará una cosa nueva.

-Pues más vale que lo piense aprisa. Cuando dejó las acciones de Madera Consolidada y empezó con Cobre Coronado tardaron dos meses los primos en cambiar de canción. Siguen pidiendo acciones de Madera. Eso significa un cambio radical. Florecilla no puede empezar a cambiar de parecer de la noche a la mañana y hay un rebaño de médiums que la están haciendo trabajar a destajo en estos momentos.

-Piensa hablarte del asunto.

-¿Mencionó alguna otra cosa?

-Nada de importancia.

-Tal vez creyera que sería mejor guardar silencio-dijo el rajá-; pero es cosa mía tanto como suya. Conque voy a decírtelo, Slade.

»Estuve hablando con el jefe la otra noche. Discutíamos el asunto del Dalban. Pensábamos, sólo pensábamos, ¿comprendes?, Que La Sombra pudiera estar complicada en el asunto.

-¡La Sombra!-exclamó Slade.

El sereno rostro del hombre sufrió un cambio. Miró a su alrededor, como si esperara que surgiera una forma siniestra de las cortinas de la antecámara.

El rajá miró atentamente a su cómplice.

-¿Has visto a La Sombra alguna vez?-preguntó.

-No-repuso Slade:-¡ni quiero verle tampoco! He logrado no entrar en contacto con él hasta ahora. Dicen que es sobrenatural... que puede estar en todas partes al mismo tiempo. No me gusta, Bert. Si está él metido en el asunto...

-No hagas tonterías. Sólo estamos discutiendo posibilidades. Parece La Sombra y no parece La Sombra. Eso basta, ¿no? Sólo quiero decir con eso que andes con los ojos abiertos.

-¡Vaya si andaré, Bert! Si adquiero la menor sospecha de que La Sombra sabe algo, no dormiré un instante. Trabajo bien, But, y sólo hay un hombre en el país capaz de ponerse sobre mi pista, si lo intenta: ¡La Sombra en persona!

-Por ahora no te alcanza a ti esto. El asunto de Jacques fue una equivocación. No tiene relación alguna con ninguna de tus cosas. Sólo te lo digo porque estás trabajando en Nueva York ahora. La Sombra no pierde el tiempo en provincias. La Sombra no está en Cincinnati, ni en Filadelfia, ni en ninguno de esos sitios.

-Tienes razón, Bert-aseguró Slade, con alivio.

-Soy yo quien ha de andar con cuidado. Y a mí no me preocupa La Sombra. Si quieres que te diga la verdad, no me importaría nada encontrarme con él. Si es tan escurridizo, como dicen, resultaría un buen ayudante para el negocio de fantasmas.

El tono despectivo con que el rajá pronunció estas palabras, hizo que Slade sonriera. Se disiparon sus temores. Habló con aplomo.

-No tienes por qué preocuparte -dijo-. Si La Sombra averiguara que el rajá Brahman era Bert Clutten, ¿qué? Nunca has estado complicado directamente en los asesinatos. Ni Tony.

-Ya dije que no me preocupaba-repuso el rajá;-pero no por eso dejaré de andar con ojo avizor. Si La Sombra se metió con la sesión que estaba celebrando Jacques, puede ocurrírsele hacer lo mismo con las mías. Nada más.

-No puede hacerlo. Bert. Por lo que oigo decir, la policía anda buscando al desconocido que se hallaba en la sesión del Dalban. Según el rumor, se cree que el desconocido mató a Harvey Conque ese pájaro, ya sea La Sombra o no, tendrá que tirarse una temporada escondido.

-Esa es la conclusión a que llegamos el jefe y yo; pero ahora no pienso igual. Nada me extrañaría que La Sombra se presentara en mi cuarto de sesiones cualquier noche. Ya sabes quién está encargado de solucionar el misterio del asesinato de Harvey, ¿no?

-Sí; Cardona.

-Justo. Y... ¿ dónde está Cardona?

-Se dice que está ausente con permiso.

-En efecto. Y... ¿ no se te ha ocurrido pensar que este es un momento raro para que se largue con permiso?

Slade se puso algo nervioso.

-¿Quieres decir con eso-inquirió-, que pueda haberle dicho lo de los otros círculos?

-¡Quiá!-rió el rajá-. Ese policía es incapaz de olerse nada. Sin embargo, preferiría tenerle aquí, en Nueva York, que fuera.

-¿Por qué? - preguntó Slade, sorprendido.

-Porque a Cardona le gusta armar jaleo. Si La Sombra está metido en este asunto, y aguarda, no puede hacer gran cosa mientras Cardona esté en la población. Cardona se metería en el asunto a bombo y platillo en cuanto La Sombra intentase algo. Por eso creo que la ausencia del detective obedece a algo.

-¿Quieres decir... a La Sombra?

-Sí; quiero decir que La Sombra puede haberle alejado de aquí. A no ser (y es muy poco probable) que Cardona haya dado con una pista de verdad. Pero no podría ir muy lejos con ella, aunque la encontrase. En quien estoy pensando es en La Sombra, no en Cardona.

-Comprendo, Bert.

-Si Cardona da un paso-prosiguió el vidente-, se delata con una semana de anticipación. Pero no hay manera de saber cómo trabaja La Sombra. He oído hablar de él lo bastante para saber eso. Conque ando con los ojos muy abiertos.

»Haz tú lo mismo Vigila cuando entres aquí. Vigila cuando salgas.

Los hombres salieron a la antecámara. El místico estaba sereno; pero Martín Slade parecía algo nervioso, al mirar, con desconfianza, a su alrededor.

Observando su estado, el rajá aprovechó la ocasión para remachar lo que había dicho.

-No vengas más que cuando sea necesario-dijo-. El jefe no piensa acercarse más que cuando pueda hacerlo sin que nadie sospeche quién es.

»Jacques está fuera del asunto por completo y no se acerca aquí para nada. Mandó todos sus bártulos aquí, lo que puede ser una equivocación. Pero era la única manera en que podía deshacerse de la silla.

-¿La tienes aquí ahora?

-Sí, abajo.

-Es muy ingeniosa, ¿verdad?

-Verás-observó el rajá, sin comprometerse:-no puedo decir que sea inútil, puesto que nadie desconfió de ella en el Dalban. Debieron de examinarla, como examinarían todo lo que hubiese allí.

»Pero conozco trucos mejores que esa silla y yo no la usaría en una sesión de las mías.

-Sobre todo ahora-dijo Slade.

-Ni ahora ni nunca. Tengo mis métodos, y con ellos soy capaz de engañar, no sólo al público, sino a los propias médiums. ¡Y a La Sombra también! Reconoceré a ese tipo en cuanto ponga un pie en esta casa.

Martín Slade se fue. El rajá Brahman regresó al santuario interior. Había olvidado por completo el reloj desaparecido, que era lo que le sirviera para producir el fantasma del niño.

Ni por un momento sospechó que pudiera hallarse el aparato en otra parte que no fuera su casa.

El rajá le había dicho a Martín Slade que le sería posible reconocer a La Sombra. De haber poseído el hombre la videncia que fingía poseer, hubiera tenido ocasión de usarla en aquel momento.

Porque, apenas hubo caído la cortina del santuario interior, surgió una figura de un punto oscuro de la pared, junto a aquella misma cortina.

Era La Sombra, el alto y misterioso personaje vestido de negro.

Se rió suavemente. Luego siguió el camino tomado por Martín Slade.

Una risa suave y sobrenatural repercutió en el cuarto para marcar el paso de La Sombra.

CAPÍTULO XII
EL PLAN DEL RAJÁ

Cuarenta y ocho horas justas más tarde, Martín Slade volvió a presentarse en el lujoso domicilio del rajá Brahman. Iba muy satisfecho.

Aun cuando hacía calor aquella noche, Slade llevaba una gabardina y no se la quitó hasta que fue recibido en el santuario del rajá.

Halló en él al falso místico en su carácter natural: el de Bert Clutten. No había tenido visitas aquel día. Era un día de reposo hindú y el rajá estaba afeitado, envuelto en un batín, y con zapatillas.

Alzó la mirada al entrar Slade y depositar una carpeta pequeña sobre una silla.

-Lo traigo todo-afirmó éste:-todo lo tengo aquí.

-Creí que ibas a buscarlo anoche.

-Me limité a vigilar. Quería asegurarme que el viejo se hallaba ausente. Me enteré de la disposición de las habitaciones y tuve la suerte de oír hablar al ama de llaves, a voz en grito, por el teléfono. Le decía a alguien que el viejo no estaría de vuelta hasta el martes por la mañana, es decir, mañana.

-¿Cuándo devolverás todo esto?-inquirió el rajá, abriendo la carpeta.

-Esta noche. Hay tiempo de sobra para repasarlo todo y volverlo a poner en su sitio.

»Me preocupaba lo de abrir la caja de caudales; pero resultó facilísimo. Se abrió como la puerta de una nevera ¡Facilísimo!

EL rajá estaba examinando las cosas que contenía la carpeta. La expresión de su rostro era como la del hombre que acaba de descubrir una mina de oro.

Allí había cartas; recortes... cuanto pudiera desear.

Tony-tan Imam Singh como siempre-acudió a la llamada de su amo, con lápiz y papel.

A medida que transcurrían los minutos, los dos hombres adquirieron el conocimiento completo de toda la vida pasada de James Telford, el hijo de Tomás.

El rajá tenía un retrato en la mano. Miró a Slade, pensativo. Luego llamó a Tony.

-Llévate esto abajo y fotografíalo-ordenó-. ¡Aguarda un momento! ¡Aquí tienes otro!

Consultando sus notas, escogió una instantánea en la que se veía a James Telford de pie delante de un hotelito de Louisiana. Se la dio a Tony también,

-¿Cuánto sabes de Nueva Orleáns? -le preguntó a Martín Slade.

-Lo conozco como la palma de mi mano. Me he pasado más de una noche en la calle del Canal y por el barrio francés. Podría darte las dimensiones de la plaza Jackson de memoria. Pero ya no es la población como era hace unos cuantos años antes, cuando estuve allí.

-¿Cuántos años hace?

-Cinco o seis. Ahora que me acuerdo, hace seis.

-Fue aproximadamente por entonces cuando Jim salió de ella.

-Comprendo. Bueno, pues si necesitas detalles que largarle al viejo, puedo proporcionártelos. Cuando materialices el fantasma del niño perdido...

-No necesito detalles de Nueva Orleáns-le interrumpió, tranquilamente, el rajá-. Quería saber si conocías tú la población. No habrá necesidad de que entre yo en detalles con Tomás Telford. Espero que te encargues tú de ello.

-¿Qué esperas, que yo... ?

-Sí; o lo que es lo mismo, James Telford no se materializará.

-Pero-Slade no parecía comprender-, pero... ¡si para eso forcé la caja de caudales-...! ¿Tienes todo lo que necesitas y no piensas emplearlo?

-Fíjate en este retrato-contestó el rajá, metiéndole una fotografía del muchacho perdido en la mano-. ¿Has visto alguna vez a alguno que tuviera la cara así?

-No me resulta desconocida - dijo Slade, dudando.

-Fíjate en esto, pues-le ordenó el otro, sacando un espejo de entre los cojines del trono-. Míralo bien, Slade. Luego vuelve a examinar el retrato.

Martín Slade empezó a comprender, por fin. El hombre de la fotografía tenía un marcado parecido con él, aun cuando el semblante acusaba cerca de diez años menos de edad.

-Yo he de hacer de fantasma. ¿No es eso?

-Dije que no habría materialización -replicó el vidente, con impaciencia.

-Entonces, ¿ de qué se trata?

-Se trata de que, cuando Martín Slade haya hecho el trabajo que tiene que hacer con Dick Terry, dejará de existir como identidad. En su lugar, reaparecerá inopinadamente James Telford, que volverá a los brazos de su padre.

Slade se dio una palmada en el muslo.

-¡Magnífico! – exclamó-. Ahora comprendo. Supones que el verdadero James Telford se hundió con el Castris, como indican los recortes de periódico. Pero, para el mundo, resultará que se salvó y que volverá a reunirse con su padre...

-Con tu papá-le corrigió el rajá-. No te olvides de ese detalle. Recuerda también que tu papá te llamará Jim. Pásate un rato ensayando la escritura. Y eso me recuerda otra cosa... Cuando suba Tony, le haré sacar fotografías de estas cartas también.

-¿ Que papel desempeñarás tú en el asunto?

-¿Que qué papel? ¡Yo voy a ser el que descubra dónde está el hijo perdido! ¡Yo seré el instrumento que efectúe la restauración!

»Luego, cuando el bondadoso viejo quiera poner dinero para dotar mi santuario hindú, tú, por agradecimiento, le instarás a que lo haga.

-Yo seré el único heredero - dijo Slade, pensativo.

-Exacto. Si la cosa parece buena, puedes desempeñar el papel de hijo amantísimo durante unos años si es necesario. Pero, si empieza a agriarse la cuestión, puedes obrar entretanto.

Martín Slade movió, afirmativamente, la cabeza. Sabía quitar del paso a la gente con una sutileza sin igual y la tarea le pareció sencillísima.

-Tony está sacando dos reproducciones-declaró el rajá Brahman. Una es para referencia nuestra. La otra, la instantánea, se hallará en tu poder cuando encuentres al viejo. Lleva todos los detalles al dorso del original. Hay toda suerte de motivos para que tengas tú una copia.

»Puedes desempeñar bien este papel, Slade. Esto es mucho mejor que hacer de secretario o mayordomo como en otras ocasiones.

-¡Es un plan magnífico!-exclamó Slade con entusiasmo-. Pero te deja atascado en los otros asuntos que tienes pendientes.

-De momento, sí-asintió el rajá-, pero pueden esperar. Le dije al jefe que sacaríamos más de un millón con la cosecha de primos que tenemos. Me equivoqué en mucho. Calculé demasiado por lo bajo. Podíamos retirarnos cuando se ultime este asunto junto con los otros. Seguiremos adelante, sin embargo. Esto no será más que el principio.

El destello que despedían sus ojos indicaban los pensamientos hacia los que estaba volviendo su astuta mente. Martín Slade estaba tan lleno de regocijo como su compañero.

Tony se presentó otra vez y le fueron entregadas las cartas y otros documentos para que los fotografiara. El rajá empezó a preparar la campaña.

Tomó notas y, por fin, llegó al punto en que decidió que no era necesario volver a consultar los documentos que tenía a mano.

-Todo depende de ti, Slade-dijo-. Ponte en movimiento en seguida. Lo primero es volver a dejar todo esto en la caja de caudales. Después de eso, encárgate de Dick Terry.

»Cuando regrese el viejo Telford, le daré una sesión que hará época en su existencia. Se hará feliz otra alma gracias al rajá Brahman.

El sarcasmo de su tono no hizo impresión alguna en Martín Slade. Estaba lleno de entusiasmo.

Recogió los papeles y los metió en la carpeta, así como las fotografías que le devolvió Tony. Luego se marchó.

No pensaba en sombras ocultas cuando cruzó la pequeña antecámara.

Abandonó el Hotel Callao y subió a su coche, que estaba estacionado cerca de la puerta.

Marchó hacia el río Este, en dirección a la parte de Long Island en que Telford tenía su residencia. La casa estaba en una bocacalle suburbana.

Dejó el coche una manzana más allá y cruzó un solar.

Forzó la ventana de un cuarto oscuro. Entró y se deslizó por la casa hasta llegar a un cuarto pequeño en que se hallaba la caja de caudales. Allí, a la luz de una lámpara de bolsillo, abrió la caja y metió dentro la carpeta.

Cuando la hubo cerrado, se paró a escuchar. Se hallaba en tensión, porque sabía que de aquel paso que acababa de dar dependía su éxito futuro.

Apagó la lámpara. Aun cuando no se oía el menor sonido en el cuarto, tuvo la sensación de que alguien le estaba vigilando en la oscuridad.

¿Qué hacer?

Dudaba mucho que hubiese regresado Tomás Telford. No podía imaginarse qué otra persona podía ser. Pero sería preferible hacer frente en seguida a la amenaza. Encendió la lámpara de bolsillo y con su haz luminoso recorrió todo el cuarto.

Tembló y se puso en pie sobresaltado cuando una larga sombra pareció proyectarse sobre el suelo. Parecía preparada para asirle con su siniestra mano.

Rió, forzadamente, al ver que lo que le había asustado era una silueta imaginaria. Una gran biblioteca, cuya extremidad más apartada había arrojado, evidentemente, aquella sombra..

Slade, a pesar de su nerviosidad, quedó convencido ya de que se hallaba solo en la casa. Sin embargo, se maldijo por haber usado su lámpara eléctrica tan a tontas y a locas. Extinguiéndola, entró en el otro cuarto.

Durante todo el tiempo-aun cuando salía por la ventana-sintió que volvía a apoderarse de él el miedo. En su frenética ansiedad por alejarse del lugar, saltó por la ventana y cayó al suelo. Levantándose, cruzó el solar y subió a su coche.

Cuando se dirigía a Manhattan, se sintió acobardado de su timidez. Jamás había experimentado un miedo así hasta entonces. Intentó atribuirlo a su nerviosidad y por fin logró convencerse de que así era.

El cuarto no había parecido raro la primera vez que lo visitara. Por una vez en su vida, debido a la tensión en que se encontraba, debía haberse dejado llevar por la imaginación.

Todo iría bien ya. Un informe al rajá Brahman-un informe en el que haría referencia al infantil terror que se había apoderado de él-y Martín Slade quedaría preparado para convertirse en James Telford cuando llegara el momento.

Su carrera de asesino quedaría suspendida temporalmente.

Pero, como de costumbre, empezaba a pensar en el asesinato como el medio más fácil de conseguir sus fines.

Libre para obrar a su antojo, podía observar y aguardar, en cuanto se hubiera convertido en James Telford. Luego se sobrepondría a todo su ingenio de criminal, como con tanta frecuencia había hecho en el pasado.

Pensó en el rajá Brahman y en el hombre a quien el místico llamaba jefe.

Habían hallado utilidad para la habilidad que tenia Martín Slade como asesino. La encontrarían tan útil en el porvenir como lo había sido durante el pasado.

EL único elemento que turbaba la maligna reflexión de Slade era el momentáneo recuerdo del cuarto oscuro. El asesino se estremeció y asió el volante con mas fuerza.

¡Ojos en la oscuridad! Había sentido su presencia. Pero los ojos no habían existido. Había mirado y nada había visto.

Pero si hubiera podido ver dentro del cuarto en aquel momento, su terror hubiera vuelto centuplicado.

Porque, allá en la residencia de James Telford, sonó el chasquido de un interruptor junto al extremo de la biblioteca. Apareció un borrón oscuro sobre el suelo y se extendió hacia la caja de caudales.

Una figura vestida de negro salió de detrás del extremo de la biblioteca y cruzó el suelo. Una mano enguantada hizo girar el pomo de la caja.

La puerta se abrió.

La Sombra examinó la carpeta. Inspeccionó su contenido y sus ojos invisibles estudiaron todos los detalles. La carpeta volvió a su lugar.

La puerta de la caja se cerró. La Sombra cruzó el cuarto y se apagó la luz.

Una risa prolongada repercutió en el silencio. Más que nunca el tono burlón de La Sombra tenía un acento demoníaco.

Los ojos de La Sombra, ocultos en la oscuridad, habían sido los causantes del temor de Martín Slade. El criminal había sentido, instintivamente, su siniestra presencia.

Sin embargo La Sombra, por algún motivo secreto, había perdonado la vida al asesino.

¿Cuál era el motivo?

¡Sólo La Sombra lo sabía!

CAPÍTULO XIII
CREYENTES Y ESCEPTICOS

-Ahí está Telford. Échale una mirada, Slade.

El interpelado, mirando por la estrecha hendidura que daba a la sala de recepción del rajá Brahman, vió al hombre alto y cano en cuyo rostro se observaban huellas de ansiedad.

-No lo olvides. Le llamarás papá dentro de poco. Voy a meterle la idea en la cabeza esta noche.

EL rajá Brahman, con su turbante y barba, se hallaba de pie en la oscuridad junto a Slade. El hombre que había de desempeñar el papel de James Telford contestó en un susurro.

-¿Dónde está Dick Terry?-inquirió.

-Ahora mismo entra. Esa señora que le acompaña es Mande Garwood. Échale una mirada, Slade. Recuerda que voy a ponerle a prueba una vez más esta noche. O se convertirá y creerá, o se pondrá a buscar todo lo que pueda contra mí. Si ocurre esto último, entrarás tú en funciones.

Slade sonrió agriamente en la oscuridad. Dick Terry, fuerte y dominante, era el tipo de hombre que más antipático le resultaba. Siendo traidor por naturaleza, a Slade le sobraba todo aquel que odiara a los malhechores.

Echó una última y cuidadosa mirada a Tomás Telford. Este estaba hablando con Benjamín Castelle, que le escuchaba con expresión comprensiva.

Telford, según le había dicho el rajá a Slade, hablaba continuamente de su hijo con todo el que diera muestras del menor interés.

Por consiguiente, Slade decidió que dicho tópico era el asunto que mayor importancia tenía en la vida de Tomás Telford.

La mayoría de la gente hubiera sentido compasión por el pobre viejo que tanto remordimiento había sufrido durante su infructuosa búsqueda. Pero Martín Slade jamás había conocido el significado de la compasión.

Una sonrisa de desdén se dibujó en sus labios al pensar en la decepción de que iba a hacerle víctima a tan crédulo individuo.

El rajá se llevó a Slade de allá.

-Ven-le dijo en voz baja:-puedes quedarte en el santuario. Esta sesión no será larga. Voy a dar consultas esta noche.

La risa que soltó el impostor dio a entender que por «consultas» quería decir que tenía varios palomos a punto de desplumar. Slade, que conocía los procedimientos de su compañero, se echó a reír a su vez.

Llegaron al santuario interior. El rajá, orgulloso como un pavo real, paseó de un lado para otro. Resultaba de un aspecto, imponente en su indumentaria oriental y Slade le miró con admiración. El rajá era un estafador de lujo.

-Repasa esto mientras esperas-sugirió el rajá-. Es mi libro azul. Contiene informes proporcionados por los médiums del circuito.

Le entregó un volumen pesado, encuadernado. El hombre lo recibió con interés y empezó a leer sus páginas impresas y tabuladas.

El libro azul, institución clásica entre los médiums fraudulentos, se había convertido en poderoso instrumento en manos del rajá Brahman.

En sus páginas, Slade descubrió referencias alfabéticas de todas las personas acaudaladas que estaban cayendo en manos del rajá Brahman.

Aquel tomo había sido preparado de acuerdo con los informes que los médiums de todo el país habían suministrado al maestro. Slade observó, con satisfacción, ciertos detalles que eran obra suya.

«Hija, Stella, pasó al plano astral», leyó bajo el nombre de Arthur Dykerman.

Buscó la página que contenía el nombre de Mande Garwood y leyó en alta voz.

«Esposo, Geoffrey, pasó al plano astral».

Estos no eran más que datos sueltos en páginas llenas de material muy útil.

En el margen de algunas páginas aparecían números sin clasificar. Estaban marcados con tintas de distintos colores.

El rojo, decidió Slade, significaría pagos y contribuciones corrientes. El verde representaría las contribuciones al imaginario santuario que el rajá fingía haber abierto en la India.

El azul, evidentemente, hacía referencia a los ingresos por acciones de Maderas Consolidadas. El negro, sumas gastadas en Cobre Coronado.

Observó que estos últimos números ascendían a varios millones de dólares.

Aquella era la primera vez que examinaba de cerca el notorio libro azul, aun cuando, había visto el volumen con frecuencia. Sabía que la mayoría de los médiums que viajaban de un lado para otro llevaban un ejemplar del libro.

Fuera, en el cuarto de sesiones, el rajá estaba recibiendo a los fieles. Aquella moche sus ojos brillantes posaron la mirada en el rostro de Tomás Telfort.

-Hay uno entre nosotros-declaró con voz solemne-, que ha estado buscando la luz desde hace mucho tiempo. Ha fracasado en su intento de dar con el paradero de una persona a quien ama. Ahora tiene la intención de consultar a los espíritus.

»Quizá reciba noticias de su hijo desde el plano astral. Tal vez sean otros y no él quienes respondan. Esforcémonos por él.

Hizo una pausa y volvió la cabeza hasta mirar de hito en hito a Dick Terry.

-Si hay alguno aquí que sea escéptico-agregó, impersonalmente-, que se abstenga de turbar las manifestaciones.

Su voz tenía una seguridad retadora. Se veía bien claramente a quién se dirigía. Varios creyentes miraron a Dick con hostilidad.

Mirando con mirada fija, como si estuviera en éxtasis, el rajá Brahman inició un cántico bajo. Recitó palabras en indostánico. Por fin habló en inglés.

-Hay cuatro elementos: Tierra, fuego, agua y aire. En el agua es donde yo veo la respuesta. Tengamos agua.

Imam Singh se acercó con un enorme cuenco de bronce. Lo depositó a los pies del rajá. Como si llevara a cabo una ceremonia, se marchó y volvió con un lata hindú, llena de agua. Vació el contenido de la especie de tazón en el cuenco y fue en busca de otra cantidad igual.

Para llenar el enorme cuenco fueron precisos varios minutos.

El rajá se volvió hacia la derecha como para dar la cara a su invisible espíritu guía. Aguardó solemnemente; luego declaró que sería difícil conseguir manifestaciones aquella noche. Una voz del más allá llamaba; pero su susurro era demasiado bajo para que lo oyeran oídos humanos.

Dio tres palmadas. Imam Singh se presentó con una larga trompeta de metal.

Tenía una franja blanca por el extremo ancho, donde se acampanaba.

Se pidió a dos miembros del circulo que se colocaran cerca del trono para que supieran que el rajá no abandonaba tan sagrado lugar. Imam Singh apagó las luces. El extremo de la trompeta brilló con fosforescente luz.

Mientras el rajá Braman hablaba desde su trono, la franja luminosa empezó a elevarse. Flotó por encima de las cabezas de los espectadores de una forma singular.

Por fin cesó la voz del médium entronizado. Salieron sonidos de la flotante trompeta. Se oyeron palabras; pero eran bajas e incoherentes.

Por fin sonó un ruido ahogado, gorgoteante... Era un sonido horrible: ¡el grito de una persona que se ahogaba!

Tomás Telford exhaló una exclamación de angustia. El gorgoteo continuó oyéndose.

Por último, sonó una voz entrecortada. Se declaró un espíritu, en tono bajo, susurrante:

-Mi cuerpo yace en las profundidades. Soy uno que se perdió... que se perdió cuando el vapor Castris se hundió en las profundidades del mar.

Una pausa impresionante. Luego continuó la voz.

-Hay uno aquí que quiere saber algo de esa tragedia. Uno al que no puedo ver. Que esa persona hable. Yo le contestaré.

-¿Eres mi hijo?-inquirió Telford, con voz trémula-. ¿Eres mi hijo James Telford?

-No-respondió el espíritu:-veo a tu hijo. Está agarrado a un bote. Las olas se estrellan contra su cuerpo. ¡Vive! Unos hombres le meten en el bote. Está seguro. Está sano y salvo. No puedo ver más. ¡Ha llegado mi hora!

La voz acabó en un gorgoteo horrible. El espíritu reproducía el suceso, que había puesto fin a su carrera terrenal. El ruido ahogado persistió. Luego se apagó.

Después de un corto silencio, inquirió el rajá en la oscuridad.

-¿Hay alguno que pueda ver más lejos?

Un susurro sonó en la trompeta al flotar ésta de un lado para otro.

Se asemejaba al viento al susurrar entre los árboles. Hablaba en tono apenas perceptible:

-No tengas miedo. Tu hijo espera. Le encontrarás. Búscale en un sitio en que haya mucha gente. Le encontrarás allí. Ten confianza. Se ha perdido...

La voz se interrumpió. La trompeta flotó hasta el suelo. Imam Singh dio al interruptor. Disipóse la oscuridad y se vió al rajá Brahman, sentado en su trono, con la mirada fija. Había dos hombres cerca de él y la trompeta yacía en el suelo junto al cuenco.

El vidente parpadeó y se dio cuenta de los que le rodeaban. Miró hacia Tomás Telford.

-Ha oído usted el mensaje de los espíritus – dijo-. Su hijo le será devuelto.

Telford se adelantaba a expresarle su agradecimiento; pero el rajá anunció que había acabado la breve sesión. Estaba dispuesto a hablar con los que aguardaban en la sala de recepción.

La primera persona en la lista era Mande Garwood. Cuando fue introducida, en compañía de Dick Terry, a presencia del rajá, hallaron al hindú sentado en el trono y solo en el cuarto.

Mande Garwood inició, inmediatamente, una súplica. Había acudido a Nueva York, dijo, en espera de poderse poner en comunicación con el espíritu de su esposo. Hasta aquel momento no le había sido concedido aquel deseo.

El rajá se volvió hacia Dick Terry, que escuchaba con aire de desdén.

-Eso-dijo-, es culpa de usted. Su tía ha visto la luz. Busca, como creyente. Ha recibido ya un mensaje de su difunto esposo. Es usted quien, con su incredulidad, hace imposible que vea ella su espíritu.

Dick, se mordió los labios para no contestar con ira.

-Mientras usted insista - prosiguió el místico-, no hay éxito posible. Si no puede creer, mejor sería que no visitara usted la sala de sesiones.

-¿Has oído eso?- inquirió Dick, haciendo caso omiso del hombre y hablándole, directamente, a su tía.

-El rajá Brahman dice la verdad -contestó la señora Garwood.

-Así, pues, ¿estoy de más aquí?

-Ya ha oído usted la contestación -intervino, serenamente, el rajá-. Será usted bien venido si quiere creer. No será bien venido si no cree.

Durante unos instantes el muchacho miró, amenazador, al ocupante del trono. Luego habló a la señora Garwood.

-¿Estás tú de acuerdo con eso?-inquirió.

La mujer movió, afirmativa y solemnemente, la cabeza. Sin decir mas, Dick dio media vuelta y salió del santuario.

- Falsos fantasmas-masculló.

Llegó a la sala de recepción, allí aguardó mientras Imam Singh acompañaba hasta la puerta a varios otros, entre ellos a Tomás Telford.

Dick vió al viejo estrechar la mano de Benjamín Castelle y oyó mencionar a Telford que tenía una cita con el rajá para la noche siguiente.

Entonces Imam Singh se fijó en Dick y le trajo el sombrero.

Al cruzar el vestíbulo, el muchacho sintió que su ira se desvanecía. Después de todo, tenia ciertos deberes para con su tía, por muy tonta que fuese.

Decidió aguardar en el vestíbulo de la planta baja hasta que saliera ella.

Cuando llegó al ascensor, se encontró con un hombre, que aguardaba allí solo. El hombre rió, compasivo. Dick contestó con un gruñido.

No sabia que aquel hombre aguardaba allí adrede. Era Martín Slade; pero aquella era la primera vez que le veía Dick.

Mientras esperaban, Slade hizo un comentario humorístico que despertó, inmediatamente, el interés del muchacho.

-¿Ha estado usted visitando el campamento de fantasmas? - inquirió Slade, jovialmente.

-Sí-replicó Dick.

-Yo no he estado allí dentro aún. Dicen que es un negocio magnifico.

-Vaya si lo es-repuso Dick, encantado de encontrar a alguien que opinara igual que él-. Es una impostura, de principio a fin. No volveré a este sitio.

-Celebro encontrar a alguien que tiene sentido común. Sé la mar de cosas del hombre que lo dirige. Podría demostrar mucho contra él si me diera por ahí.

No necesitaba Dick que le dijeran más. Intentó sonsacar a su compañero cuando bajaron juntos en el ascensor. Una vez en el vestíbulo, Slade se llevó a Dick a un lado.

-Escuche-dijo-: tal vez sepa usted algunas cosas que no sepa yo. Pero hay un hombre, a quien conozco muy bien, que puede desenmascarar a ese rajá de pega. Si pudiéramos encontrarle, nos diría muchas cosas. Es uno que ha trabajado en el negocio.

-¿Dónde está?-inquirió Dick.

-Frecuenta un establecimiento de mala muerte. Me llevó allí un día y me contó unas cuantas cosas de ese médium. Me gustaría verle otra vez. ¿Quiere usted acompañarme a hacerle una visita?

Dick se mostró dispuesto a ello.

-Tengo mi coche aquí fuera-prosiguió Slade-. Venga; le llevaré a ver a ese hombre.

Dick y su nuevo amigo salieron del vestíbulo juntos. Dick Terry estaba cayendo en la trampa.

Ambos hombres estaban demasiado absortos en sus respectivos propósitos.

No miraron por el desierto vestíbulo al salir por la puerta giratoria.

Por consiguiente, a pesar de su vigilancia, Martín Slade no vió una alta figura vestida de negro salir de un rincón del vestíbulo y seguirles a la calle.

¡La Sombra estaba sobre la pista!

CAPÍTULO XIV
LA TRAMPA FUNCIONA

Martín Slade escuchó la conversación de Dick Terry mientras atravesaban calles oscuras. Dick, regocijado de haber descubierto a un hombre que podía dar datos de la vida íntima del rajá Brahman, estaba hablándole a Slade de la debilidad que sentía Mande Garwood por las cosas psíquicas.

Slade, por su parte, se mostraba completamente de acuerdo con todo lo que decía Dick.

-Es una estafa terrible -declaró-. He estado a punto de decírselo a la Policía varias veces; pero no me gusta armar jaleo solo.

-Yo no tengo inconveniente en hacerlo-afirmó Dick.

-Magnífico. Yo estoy dispuesto a apoyarle. Pero más vale que veamos a ese otro hombre primero. Tal vez nos resulte útil.

Slade dejó el coche en una calle oscura. Tan enfrascado había estado Dick en la conversación, que no tenía la menor idea de dónde habían ido. Siguió a Slade por una estrecha callejuela y por una escalera.

Entraron en un restaurante toscamente amueblado, que tenía un desvencijado mostrador a un extremo del cuarto. Detrás del mismo se hallaba un hombre fornido, de negro cabello. Había varios otros hombres sentados por las mesas.

Slade indicó una puerta que había al otro lado del cuarto.

-Hay otra habitación allá-dijo-. Entremos en ella. Estaremos solos.

Dick asintió con un movimiento de cabeza y siguió a su compañero a un cuarto mal amueblado que no tenía ventanas. Se presentó el hombre del mostrador. Slade pidió dos botellas de cerveza.

Cuando ésta fue servida, Dick hizo cómo si no la viera. Tenía vivos deseos de entrar en detalles con su compañero.

-¿Quién es ese hombre de quien me hablaba?-preguntó.

-Viene aquí todas las noches. Aguarde un poco. Le veremos. Entretanto, vamos a ver qué sabemos entre los dos del supuesto rajá.

-Fíjese en esto-dijo el muchacho, sacando un objeto del bolsillo.

Era el reloj que se había encontrado después de la primera sesión.

-¿Qué es?

-Una cosa que salió del cuarto de sesiones del rajá. Uno de sus aparatos para crear fantasmas. ¡Mire!

Sopló por la cuerda hueca. El reloj se deslizó por un tubo telescópico y salió de él una especie de bulto.

Dick dejó que el bulto volviera a su sitio y que el tubo se cerrara otra vez. Le entregó el aparato a Martín Slade, que lo examinó cuidadosamente.

-¡Hombre!-exclamó-. Si pudiéramos reunir unos cuantos aparatos más como éste, tendríamos pruebas suficientes contra ese estafador. Esto me da una idea.

»Tengo un piso en el mismo descansillo que el rajá Brahman. Así es como empecé a interesarme en él viendo la cantidad de gente, que entraba y salía. ¿Por qué no viene usted a parar allí conmigo? Podríamos vigilar de cerca y tal vez iniciar algo que le echara a perder todo el negocio.

Slade apoyó el codo en la mesa y habló en un tono confidencial que engañó por completo a Dick.

-Es que, ¿sabe?, Soy detective particular y estoy llevando a cabo ciertas investigaciones por cuenta de determinadas personas. Tengo el encargo de investigar la conducta de unos hombres que, en opinión de los que me han contratado, se dedican a actividades delictivas. Así es como acerté a topar con este hombre a quien llaman Rojo... No recuerdo ahora su verdadero nombre.

»Sólo lo conocía de vista hasta que una vez le vi por mi piso. Creí que se dedicaría a algo ilegal y que me estaba vigilando. De modo que le abordé inmediatamente cuando le vi. Me dijo que había ido al Hotel Callao a ver al rajá Brahman.

»Había trabajado a sus órdenes y quería volver; pero el rajá no quería saber una palabra de él. Rojo estaba tan resentido, que empezó a decirme la mar de cosas que sabia.

»Me dijo que el verdadero nombre del rajá era Clutten, y muchas otras cosas que no recuerdo exactamente.

»Desde entonces he estado rehusando en estropearle la combinación a ese estafador. He visto salir la mar de gente de allí, hablando de cuán maravilloso era el rajá. Usted es la primera persona sensata que he visto salir de allí; pero, claro está, su historia lo explica. Estoy dispuesto a colaborar con usted. Pero tenemos que trabajar con mucha prudencia.

-Su idea es buena -aseguró Dick. Se estaba dejando engañar por completo-. Claro está que yo me encuentro atado mientras estoy con mi tía. Ella está convencida de que ese impostor es un ser maravilloso. No puedo abandonarla. Si lo hago, entregará cuanto tiene al rajá Brahman.

-No lo hará sí usted vigila-aseguró Slade-. Si se está dejando engañar por el rajá, lo mejor que puede usted hacer es procurar echarle la zancadilla antes de que sea demasiado tarde.

-Tiene usted razón-asintió Dick.

-¿Por qué no hace usted creer a su tía que ha regresado usted a Tejas?- inquirió Slade-. Le dirá al rajá que se ha marchado usted. Se hará mas atrevido entonces y... ¡usted estará vigilándole sin que él lo sepa!

-¡Buena idea! Dejaré una nota en su hotel. Podemos pasar por ahí esta noche.

Rebuscó en el bolsillo y sacó una hoja de papel doblado. Slade le ofreció su pluma estilográfica. Dick escribió las siguientes líneas:

«Querida tía Mande:

»Me vuelvo a Tejas. Me he cansado de esperar tontamente a ver qué dice ese rajá. Siga mi consejo y olvídese de su existencia. Si no vuelve a tener noticias mías, puede mandar mi baúl a San Antonio cuando se marche de Nueva York.»

Firmó y buscó un sobre. No tenía ninguno; pero Slade le proporcionó uno.

Dio la casualidad que llevaba el membrete de un hotel de Washington; pero Dick no se fijó en ese detalle al escribir el nombre de su tía y la dirección de su hotel. Cerró el sobre y lo dejó caer sobre la mesa.

Slade dio un golpecito al falso reloj que Dick le había entregado.

-¿Dice usted que se encontró esto en la sala de sesiones?

-Me lo encontré en el bolsillo. Estaba casi a punto de creer que el rajá no era un impostor después de todo. Había estado haciendo una serie de cosas bastante bien hechas. La escritura en la pizarra, la aparición de fantasmas, y todo eso... Pero cuando encontré este reloj y me di cuenta de para qué servía, comprendí que le tenía cogido.

-¿Cómo iría a parar a su bolsillo? -murmuró Slade, pensativo-. Tal vez se lo metiese él en la oscuridad sin darse cuenta. ¿La otra noche, dice usted?

-Sí; esta noche estuvo trabajando con una trompeta. Y fue la mar de raro, por cierto. Tenía la extremidad luminosa, y se la veía flotar por el aire, mientras salía una voz de ella.

-Eso de la trompeta es un truco muy gastado. La extremidad se desprende de la trompeta. No es más que una banda luminosa. Y debe de haber estado pegada a una varilla telescópica, como la del reloj. Con eso lograría que la gente mirara hacia el techo, convencida de que la trompeta flotaba en el aire.

-Así, ¿usted cree que él no soltó la trompeta?

-Claro que no. Imitaría las voces él. Un susurro suena sobrenatural a través de uno de esos instrumentos.

-Es que yo oí un ruido como de un hombre que se ahogaba. Parecía de verdad.

-¿Tenía un cubo de agua a su alcance? Sí; es decir, un cubo, no; era un cuenco hindú muy grande.

-Así sé descubre el pastel-rió Slade-. Ya sé cómo lo hizo: Metió la extremidad de la trompeta en el agua, la extremidad más ancha, y luego sopló por el otro lado. Eso produce un gorgoteo, el mismo sonido que un hombre que se está ahogando. A mí no se me engaña tan fácilmente con esas cosas, ¿sabe? He conocido a impostores de esos antes de ahora. Pero, por lo que usted me cuenta, el rajá Brahman les da a todos ciento y raya.

Slade cogió el sobre para devolvérselo a Dick junta con el reloj; pero se detuvo de pronto y se acercó a la puerta, que estaba ligeramente entreabierta.

Atisbó por la rendija y se volvió a Dick.

-Ahí está Rojo-dijo-. AL otro lado de la sala grande. No se mueva. Voy a buscarle.

Salió del cuarto y dejó la puerta entreabierta. Dick, pensando aún en la explicación que le había dado Slade del ultimo milagro del rajá Brahman, no encontró sospechoso el proceder del hombre.

Se abrió del todo la puerta unos momentos después y entraron dos hombres.

Dick alzó la cabeza, esperando encontrarse con Slade y Rojo. En lugar de eso, vió a dos hombres de cara patibularia, que no le prestaron la menor atención. Cerraron la puerta tras sí y ocuparon una mesa en el rincón del cuartito.

Dick aguardó unos instantes. Luego se puso en pie, entreabrió la puerta y miró por la rendija.

Entornó luego la puerta y volvió a su asiento.

-¡Eh, amigo! - gruñó uno de los recién llegados-. ¡Cierre esa puerta! ¡Déjela tal como la encontró!

La orden provocó una contestación furiosa del tejano.

-¿A quién diablos está usted hablando?-inquirió.

-A usted, ¡idiota!-rugió el otro.

Dick se puso en pie de un brinco. El sentido común debiera haberle advertido la conveniencia de retirarse; pero no era hombre de dejarse dominar por un grosero.

El hecho de que aquel hombre estuviese acompañado, nada significaba para Dick. Hubiera obrado igual aunque hubiesen sido media docena.

El hombre, de puños grandes y mirada astuta, se puso en pie también y salió al encuentro de su adversario. Amagó con una mano y dirigió un golpe con la otra hacia las costillas de Dick.

Este esquivó el puñetazo y descargó un derechazo contra la mandíbula del desconocido. El impacto fue terrible. EL hombre se desmoronó.

El otro se puso en pie, sacando una pistola. Antes de que pudiera apuntarle con ella, el tejano saltó sobre él y ambos se pusieron a luchar a brazo partido.

La pistola disparó dos veces; pero, las balas no tocaron al muchacho.

Desasiendo su mano derecha, Dick le descargó un puñetazo al pistolero entre los ojos. AL aflojar éste las manos, Dick le apartó de un empujón.

Intentó echarle mano a la pistola, pero no podía. El pistolero se estaba apartando más. Dick no le siguió. Tuvo ocasión de huir; pero, en lugar de hacerlo, se metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola pequeña que llevaba.

Se la había echada al bolsillo al ir a ver al rajá Brahman y no le había dicho una palabra de ella a Martín Slade.

Estaba ciego de ira. No tenía tiempo de parlamentar. Rápido como el pensamiento, hizo dos disparos y el pistolero cayó al suelo.

Dick, comprendiendo que a la mejor habría matado a aquel hombre, se metió el arma en el bolsillo, y abrió la puerta del cuarto.

Buscó, rápidamente, a Martín Slade. No vió a su compañero por parte alguna. Se dio cuenta, de pronto, que la sala estaba medio llena de hombres mal encarados como la pareja que acababa de atacarle.

Comprendió la situación de pronto. ¡Martín Slade le había traicionado!

Se encontraba cogida en una trampa. La única razón de que hubiera hallado inactivos a aquellos hombres, era porque creían que era él y no los gangsters el que había caído durante la refriega en el cuarto.

No le quedaba más que una probabilidad de escapar: ¡el cuarto interior!

AL ver alzarse una mano armada de un revólver, corrió hacia la puerta. Sonó un disparo; pero la bala se incrustó en la madera. Se encontraba a salvo en el cuarto interior. Pero toda la horda corría tras él.

Tres fuertes gangsters saltaban hacia la barrera, decididos a echarla abajo.

Dick Terry estaba a salvo al momento, pero no podía esperar vencer a todos aquellos hombres que le atacaban.

La cuadrilla de Barney Gleason-el grupo de asesinos que usaba como punto de cita el establecimiento de Pete el Negro-empezaba a entrar en acción. Dos de los suyos habían sido derrotados por aquel forastero. Era preciso vengarles.

Una pesada silla cayó sobre la puerta. Otro golpe, y el entrepaño central cedió. El tercer silletazo arrancó a la puerta por completo de sus oxidados goznes. ¡Quedaba el paso libre para la cuadrilla de gangsters- asesinos!

CAPÍTULO XV
LA MANO DE «LA SOMBRA»

Al caer al suelo, la puerta del cuartito interior, los pistoleros corrieron a tomar cubierta. Conseguido el primer paso, aguardaron un momento.

El camino estaba franco; pero sabían que, dentro del cuarto, los esperaba un hombre armado.

Un hombre bajo y fuerte se hallaba de pie en el centro del cuarto exterior grande. Era Barney Gleason, jefe de los pistoleros.

Miró, severamente, a su alrededor y vió que sus hombres eran cerca de veinte. Cuatro de ellos aguardaban junto a la puerta del cuarto interior; los otros estaban diseminados por la sala.

Había unas cuantas caras que Barney Gleason no reconocía; pero no importaba. Todos los circunstantes eran pistoleros y los pocos extraños que se hallaban allí accidentalmente seguirían la ley del hampa.

Se unirían a él de ser necesario. Pero Gleason sabía que no harían falta para nada.

Observó a un hombre sucio y enfundado en un suéter, sentado a una mesa lejana. El rostro del hombre estaba cruzado por una larga y lívida cicatriz.

Era un hombre a quien Gleason no conocía; pero era igual. Una simple mirada le bastó para comprender que se trataba de un luchador de los bajos fondos.

Como general que pasa revista a sus tropas, Barney Gleason terminó su serena inspección de las fuerzas de que disponía. De pie, osadamente, en el centro de la sala, se volvió hacia la puerta del cuarto interior y agitó su pistola.

-¡Id por él!-ordenó.

Todas las miradas convergieron en la puerta aquella. Los cuatro hombres que se hallaban agazapados junto a ella serían las fuerzas de choque. Con un ataque brusco entrarían e inutilizarían al que se hallaba dentro.

Tal vez caerían uno o más de ellos. ¿Qué importaba? Ese era el riesgo que había que correr cuando se pertenecía a la cuadrilla de Barney Gleason.

La única esperanza que podía tener Dick de librarse del ataque de los cuatro pistoleros, sería el abrirse paso entre ellos. Eso tal vez, no resultara difícil.

Si decidía huir, con toda seguridad le dejarían salir al cuarto donde más de una docena de pistoleros le aguardaban.

Fue en aquel momento cuando Terry hizo lo inesperado. Apareció de pronto, en la puerta del cuarto interior. Vió a Barney Gleason. Disparó contra el jefe; pero éste le había visto venir. Sonó una serie de disparos al lanzarse Gleason a esconderse. Dick Terry volvió a meterse en el cuarto.

Gleason se puso en pie otra vez, haciendo señales silenciosas que todos comprendieron. Les decía: «Aguardad unos minutos».

Si Dick volvía a asomarse, las fuerzas de choque se abalanzarían sobre él, siguiéndole cuarto adentro. Los otros tendrían que esperar.

Como director de orquesta, el jefe de los pistoleros apaciguaba a sus hombres con un movimiento descendente de las manos. El significado era claro.

Transcurrieron unos instantes. Barney Gleason, de pie en el centro del cuarto, rugía órdenes sin significado para engañar a su víctima. Tenía la mirada clavada en la puerta del cuartito, sin embargo, Dick Terry obró como Barney había esperado que obrara.

Se asomó de nuevo a la puerta, armado con la pistola del gangster a quien había derribado. Vió a Barney; pero éste se estaba escondiendo ya tras una gruesa columna y los disparos del muchacho de nada sirvieron.

Aquella vez los gangsters diseminados por el cuarto no dispararon. En lugar de eso, los cuatro que se hallaban junto a la puerta se abalanzaron sobre Dick.

Su ataque fue inesperado. De no haber sido por una intervención sorprendente hubieran caído sobre el muchacho antes de que hubiese podido hacer un disparo para salvarse, y su muerte hubiera sido segura.

Pero hubo una intervención. Sonaron pistolas cerca de la puerta de la sala grande. Como muñecos, los cuatro pistoleros cayeron, uno tras otro, al suelo.

Resultó un cuadro sorprendente: ¡cuatro pistoleros que se alzaban a atacar, silenciosamente, y caían, impotentes, al sonido de aquellos disparos protectores... cayendo sin haber tirado una sola vez!

Barney Gleason se volvió hacia el lugar de donde habían partido los tiros destructores. Vió las humeantes pistolas en manos del gangster desconocido, de la lívida cicatriz. El brusco grito del jefe fue la señal para que se generalizara la lucha.

La detonación de las pistolas del inesperado enemigo, mientras otros disparaban hacia Dick Terry, que seguía en la puerta del cuarto.

El único que estaba inactivo era Barney Gleason. Este corría hacia un lugar donde estaría, momentáneamente, protegido contra el fuego del desconocido.

La detonación de las pistolas del inesperado salvador de Dick se oyó una fracción de segundo antes de que empezara el ataque general. Esto le proporcionó una ventaja, sorprendente. Alcanzó con un tiro a su adversario más próximo.

Encogiéndose un momento, disparó derecho contra una mano que le apuntaba con una pistola. Un momento después, se erguía, junto a la pared, haciendo su trabajo mortal en una nueva dirección.

Se oyeron varios disparos en contestación; pero, sin saber cómo, aquel hombre misterioso parecía tener la facultad de alcanzar a los pistoleros más peligrosos primero.

Pistolas que hubieran hecho disparos mortales cayeron, impotentes, al suelo.

Hacía caso omiso de aquellas que se hallaban en manos excitadas. Las balas silbaban a su alrededor y se clavaban en la pared.

Pero siempre, cuando las balas iban altas, el desconocido estaba agazapado.

Cuando las pistolas se volvían para apuntarle, corría a otro lado, haciéndose su figura larga y esquiva.

El único que no disparaba era Barney Gleason. Su posición detrás de una mesa volteada hacía difícil que apuntara bien a aquella figura que no paraba ni un momento. Su pistola hablaría más tarde, si hacía falta.

El jefe de los pistoleros estaba en tensión. Seguía los movimientos de una larga sombra que se extendía por el suelo, una sombra oscilante y misteriosa, procedente del luchador desconocido.

¡La Sombra!

Barney Gleason sabía quién era aquel adversario. Comprendió que sólo La Sombra podía luchar como estaba luchando aquel desconocido. Sabía que La Sombra vencía en lucha con números superiores.

La pistola de la mano derecha dejó de funcionar. La Sombra la tiró rápidamente contra un gangster que se inclinaba hacia el suelo para recobrar su arma.

El pesado proyectil chocó con la cabeza del hombre. La pistola de la mano izquierda disparó y un segundo gangster rodó por el suelo, desarmado.

La mano derecha de La Sombra se introdujo por debajo de su mugriento suéter y salió con una nueva pistola. Llegó justamente a tiempo para alcanzar a un pistolero que había disparado una vez y marrado el blanco.

Todos estos incidentes se sucedían con una rapidez de relámpago.

En plena batalla, ocurrió una brusca interrupción. Dick Terry, que había refugiado, nuevamente, en el cuarto interior, reapareció en la puerta.

Viendo a su solitario protector luchando tomó parte en la pelea. Sabía que todos, menos aquél, eran enemigos suyos.

Como era un excelente tirador, Dick con su acción decidió el resultado de la batalla. La Sombra, a pesar de ser un superhombre, corría el continuo peligro de que le alcanzara una bala perdida.

Ahora, trabajando Dick desde otro lado, Barney Gleason comprendió que sus pistoleros no tenían la menor probabilidad de vencer. Poniéndose en pie, apuntó a Dick Terry. Protegido contra los disparos de La Sombra, el solitario disparo de Barney dio en el blanco. Dick Terry cayó al suelo, herido. Barney no volvió a disparar. Había puesto a uno fuera de combate.

¡La Sombra era suyo ya!

Cruzando el cuarto como una tromba, La Sombra corría a proteger a su aliado caído. La pistola de su mano derecha hizo dos disparos. Fueron los últimos. Ninguno contestó.

Habían caído todos menos Barney Gleason. Unos cuantos pistoleros, mal heridos, se dirigían, tambaleándose, a la puerta, que su enemigo había dejado libre. Los demás yacían inmóviles.

Aquella era la ocasión de Barney. Saltó de detrás de su mesa, con fulgor salvaje en los ojos. Corrió derecho hacia La Sombra, alzando la pistola.

Había acabado con el enemigo del cuarto interior. Ahora acabaría con el otro.

Fue su loca avidez lo que le perdió. Vió un rostro, adornado con una cicatriz, que se volvía en su dirección. La Sombra corría hacia él como una centella.

Un esguince le permitió esquivar el primer disparo de Gleason.

Antes de que el pistolero pudiera volver a disparar, un brazo largo describió un arco y chocó con su muñeca. El dedo de Barney oprimió el gatillo. La bala se incrustó en cl techo.

Las dos pistolas de La Sombra estaban descargadas. Pero tenía que habérselas con un solo enemigo. A pesar de lo fuerte que era Gleason, se había encontrado con la horma de su zapato.

Unos brazos poderosos le asieron por el cuerpo y le tiraron, rodando, al otro extremo del cuarto, contra la pared, a más de seis metros de distancia.

Pero Gleason era duro. Se levantó con la pistola aún en la mano.

De nuevo se echó La Sombra sobre él forcejeando para quitarle el arma. El puño izquierdo de Barney dirigió un golpe al rostro cicatrizado. Oyó una risa siniestra y su puño pasó rozando la mandíbula, sin tocarla.

Su contrincante pareció encogerse y caer y Barney, con un grito de triunfo, agarró la cara del otro. Intentó soltarse la muñeca derecha, sujetada por una mano poderosa.

El cuerpo de Barney Gleason se alzó, impedido por una fuerza irresistible.

Arriba... ¡ y atrás! La mano izquierda de Barney Gleason describió un arco: intentaba romper la caída.

La pistola se le cayó de entre los dedos al hacer el hombre un movimiento por asirse a los lados de la ventana.

Su esfuerzo fue tardío. Su cuerpo se vió forzado hacia atrás y Barney dio de cabeza contra la ventana.

El marco de ésta cedió y el jefe de los pistoleros salió disparado, cayendo, de cabeza, hacia la callejuela que se hallaba a unos seis metros de la ventana.

Reinó el silencio al inclinarse La Sombra sobre el cuerpo de Dick Terry.

Estaba examinando la herida hecha por la bala de Barney Gleason.

Transcurrieron largos minutos sin que fuera turbado el silencio. Luego se oyó un leve ruido detrás del mostrador.

Se abrió una puerta y asomó el asustado rostro de Pete el Negro. A pesar de tener un aspecto tan formidable, el hombre aquel era un cobarde. Mantenía aquel establecimiento abierto nada más que porque se lo exigía Gleason.

Entró, cautelosamente, en el cuarto. Vió los cadáveres de los gangsters, los restos de la cuadrilla de Gleason.

Luego se fijó en el hombre que se hallaba junto a la puerta del cuarto interior. Sobrecogiéndose, alzó los brazos.

La Sombra se echó a reír.

Seguía reinando el silencio en el cuarto mortuorio cuando se oyó un paso inseguro, en la escalera unos veinte minutos después. Pete el Negro se hallaba solo en aquel momento, detrás del mostrador.

Alzó la vista y se encontró con el ensangrentado rostro de Gleason.

El jefe de los pistoleros vió a Pete y entró en la sala. Miró a su alrededor con desconfianza. Luego, no viendo al gangster de la cicatriz, se acercó, cojeando, al mostrador y se apoyó en él.

Observó que el cuerpo de Dick Terry no se hallaba ya junto a la puerta de la habitación interior.

-¿Dónde... dónde están los individuos que armaron todo este jaleo?-inquirió, con voz vacilante.

-Uno de ellos se largó-replicó Pete.

-¿Y... y el otro? Vi a uno de ellos allá junto a la puerta.

-Le dejaste fiambre. Entraron aquí dos pistoleros después de haberse marchado el otro. Les dije que quitaran del paso el cadáver. Ese individuo no era pistolero. No quería tener su cadáver por aquí.

-¿Se lo llevaron?

-Sí; eran un par de chicos del oficio. No sé cómo se llaman, sin embargo. Les dije que te vieran después; pero dijeron que para ellos no tenia importancia eso de sacarme de un apuro.

Barney Gleason movió, afirmativamente, la cabeza. Conocía las costumbres del hampa. Estaba convencido de que Dick Terry había muerto. Eso se había logrado, aun cuando hubiera significado la aniquilación de su cuadrilla.

-Hubiera acabado con los dos-gruñó-. Sólo que resbalé cuando luchaba con ese hombre junto a la ventana. Me caí hacia atrás.

»Si no hubiera sido por ese tejado pequeño que hay debajo, no hubiera vivido para contarlo. No pude sostenerme en él; pero suavizó mi caída. Aun así, quedé sin conocimiento al caer a la callejuela.

Barney hizo un débil gesto con la mano, para indicar a los miembros muertos de su cuadrilla que yacían allí.

-No te muevas, Pete-dijo-: voy a salir a buscar el resto de mi banda. Volveremos a recoger los cadáveres. No abras la boca si viene la policía. Tal vez nos topemos con ese tipo que se escapó, aún.

Barney Gleason salió del establecimiento. Cuando se apagó el rumor de sus pisadas, la puerta que había junto al mostrador se abrió y el gangster de la cicatriz salió.

-Hiciste tal como te ordené-le dijo a Pete el Negro-. Tú no perteneces a la banda. Ni siquiera eres un criminal. Sé muy bien quién eres, Pete. Abandonarías todo esto mañana mismo si pudieras.

»Temes a Barney Gleason. Te tiene en sus manos. Pues bien (el que hablaba rió), tendrás ocasión de emanciparte. No abras el pico. Es cuanto te pido. Sigue diciendo lo que acabas de decir... ¿Comprendes?

Los ojos que miraban, amenazadores, a Pete el Negro, eran fríos y despiadados: El hombre comprendió. Sabía de cuánto era capaz aquel extraño personaje. Los cadáveres que yacían en el suelo daban mudo testimonio de sus proezas.

Movió, afirmativamente, la cabeza.

-Ese muchacho está bien ya-declaró el gangster de la cicatriz-. Me lo voy a llevar. No lo olvides, Pete. No abras la boca.

El hombre desapareció y volvió del otro cuarto con el cuerpo de Dick Terry echado al hombro. El pesado cuerpo del tejano no resultaba carga alguna para aquel hombre que había liquidado a la cuadrilla de Barney Gleason.

AL cruzar La Sombra el cuarto, Pete él Negro empezó a estremecerse al oír la risa siniestra que, de pronto, llenó la habitación.

Era una risa burlona, una risa que Pete conocía, aun cuando jamás la había oído hasta entonces.

¡La risa de La Sombra!

Descubrió la identidad de aquel extraño luchador que había vencido en tan asombrosa lucha. El gangster que acababa de marcharse... ¡era La Sombra!

A pesar de lo mucho que Pete el Negro temía la ira de Barney Gleason, temía el nombre de La Sombra mucho más. Después de lo que había visto, comprendió que la menor palabra por su parte representaría su muerte inmediata.

Media hora después, cuando Barney Gleason regresó con unos pistoleros, Pete el Negro guardó un silencio discreto. No habló de su creencia que el luchador desconocido era La Sombra.

Barney era de la misma opinión; pero nada le dijo a Pete. No tenía la menor intención de decírselo a nadie.

Sonrió, satisfecho. Había hecho el trabajo que le encargara Martín Slade.

Dick Terry había muerto a pesar de La Sombra. Eso era suficiente.

Así hizo abortar La Sombra los planes para eliminar a Dick. Al propio tiempo, logró hacer creer a Barney Gleason que el muchacho había muerto.

Dick Terry seguía contándose entre los vivos. Pero... ¡sólo La Sombra lo sabía!

CAPÍTULO XVI
HACIENDO FRENTE A UNA AMENAZA

Martín Slade andaba pavoneándose levemente al entrar en el vestíbulo del Hotel Callao. Una semana antes, Barney Gleason y su cuadrilla habían acabado con Dick Terry, aun cuando, según Barney, el muchacho había luchado como un toro.

Durante dicha semana, Slade había llevado una existencia movida.

Ya no era Martín Slade. Había asumido la identidad de James Telford, siendo recibido con los brazos abiertos por su alborozado padre.

Slade sonrió para sí al subir en el ascensor. Aún recordaba la cara que había puesto Tomás Telford cuando tropezara con él en la estación Gran Central.

La predicción del rajá Brahman se había cumplido. Tomás Telford había hallado a su hijo en un lugar lleno de gente.

Slade rebosaba satisfacción al acercarse a la puerta del piso del rajá. No era necesaria la cautela en sus visitas a él. Tomás Telford había llevado a su hijo a que conociese al famoso rajá.

Es más, Slade le había dicho al viejo que iría aquella noche a expresarle al hindú su agradecimiento.

El solemne semblante de Imam Singh saludó al visitante. El hombre fue conducido al santuario del rajá. Experimentó cierta inquietud al cruzar la antecámara.

Aun cuando sabía que aquello era un lugar de imposturas, el silencio le molestaba. Se sentía igual que aquella noche en casa de Telford, cuando imaginara que le vigilaban ojos invisibles en la oscuridad.

Desechando la nerviosidad, apartó la gruesa cortina y entró en el santuario.

El cuarto se hallaba a oscuras. Sólo el resplandor del cigarrillo del rajá delataba la presencia de un ser vivo.

-Hola, Bert-dijo, en voz baja.

-Hola, Slade-le respondió el otro.

Otra voz habló, serenamente, en la oscuridad.

-Buenas noches, James Telford-dijo.

-¡El jefe!-exclamó Slade-. No sabía que iba a estar usted aquí esta noche.

-Hay un motivo para ello-declaró la voz, en la oscuridad-. Ya discutiremos eso más tarde. Primero, oigamos lo que tiene usted que decir. Luego Bert puede explicarle en qué estábamos pensando.

-Todo va divinamente con el viejo -declaró Slade-. Ha picado desde el primer momento. Estoy tan acostumbrado a que me llamen Jim, que parece mi verdadero nombre ya.

»Cuando presenté aquella instantánea "ful" me hice el amo. De vez en cuando suelta algún comentario del pasado. La cosa se va poniendo mejor cada día. El viejo está completamente convencido.

¿Dónde está ahora?-inquirió el rajá.

-Tuvo que marchar a Baltimore anoche. Un asunto sin importancia relacionado con un antiguo amigo.

»Quería que le acompañase; pero me excusé. No sabía cuánto pudiera conocer el otro pájaro del pasado de James Telford. Además, quería tener ocasión de darle otro repaso a la caja de caudales durante la ausencia del viejo.

-Es buena idea-dijo el rajá.

-El viejo me enseñó su testamento, y todo está a mi favor. No tuve ocasión de leerlo detalladamente. Quiero saber cuanto dinero tiene. Lo sabré mañana por la noche.

-¿Estará el viejo de vuelta entonces?

-¿Si estará? ¡Claro que sí! ¿Crees tú que va a dejarse perder esa sesión extraordinaria que vas a dar? Quiere que venga yo con él. Si llega tarde de Baltimore, me telefoneará en cuanto esté en Nueva York. Conque eso ya está todo acordado. Telford se presentará y tal vez venga yo como un palomo más. Pero pienso salirme de ello si puedo, para no encontrarme con alguno de los que asistirán.

-Tienes razón-asintió el rajá-:Pero en el papel de James Telford no correrás peligro si vienes con el viejo. No importa, sin embargo, porque a quien voy a trabajar mañana es a la señora Garwood.

-¿Lo cree todo ya?

-Absolutamente todo. Está esperando que se materialice su querido esposo. Traerá un cheque de cincuenta mil dólares como donativo para mi santuario de la India. Se me ocurrió decir que la señora Furzeman iba a traer un cheque y ella no quiso ser menos.

»Sólo pone una condición: que aparezca su marido y le diga que hace bien. Su marido acudirá, no te preocupes. Tony está preparado; sabe desempeñar su papel a maravilla.

-¿Ha dicho algo de Terry? -preguntó Slade.

-No. No quiere saber nada de él. Recibió la carta que echaste tú al correo en Washington. Ese truco estuvo la mar de bien, Slade. Fue la puntilla.

»Si el sobrino Terry no le tenía suficiente afecto para quedarse en Nueva York una temporada, lo que él pensara carecería de importancia en opinión de su tía.

-¿Y Dykerman?

-Se ha tragado el anzuelo mejor que nadie. Desde que el fantasma de su hija se fue con las joyas, se le ha metido en la cabeza que el dinero debe valer algo en el plano astral también.

»Parece dispuesto a suministrar capital al mundo de los espíritus. Es muy probable que emplee cerca de medio millón antes de irse de Nueva York... y en plazos muy grandes por añadidura.

-¿Y las acciones de Cobre Coronado?

-Van divinamente-intercaló la voz del jefe-. Pero si su nuevo padre habla de comprar acciones, aconséjele Industrias Mutuas. Ese es el siguiente lote de la lista. Bert va a mandar aviso a las distintas ciudades dentro de poco.

Hubo un breve silencio; luego la voz tranquila del jefe habló, con deliberación.

-Cuéntele a Slade lo que ocurre en Chicago-dijo.

-¿En Chicago?-inquirió Slade.

-Sí - respondió el rajá: - Cardona está allí.

-¡Cardona! ¿Cómo se metió en eso?

-No lo sabemos. Asistió a una de las sesiones de madame Plunket hace unos días. Ha estado yendo todas las noches desde entonces.

»Ella se dio cuenta de que se trataba de un policía. Me mandó una carta. Está preocupada, porque estaba trabajando fuerte en Cincinnati. Quiere saber qué debe hacer.

-¿Cuándo es su próxima sesión?

-Esta noche. Y cree que asistirá Cardona.

-¡Hum! ¿Qué opinas tú de eso, Bert?

-Creo que es el asunto de Florecilla. Hemos estado abusando demasiado de eso. Era una buena idea, porque relacionaba un sitio con otro para que los primos forasteros se sintieran como en su casa.

»Pero Jacques habrá empleado a Florecilla... y eso significa que Cardona puede haberse enterado de ello. Si hace la vuelta completa del circuito, pudiera dar con un rastro que le trajera otra vez a Nueva York.

-Y que diera con el rajá Brahman.

-Precisamente. Si pudiéramos quitarle del paso durante un par de semanas... aunque sólo fuera por una semana... tendría yo tiempo de hacer la cosecha, aquí. Entonces, al Himalaya. El truco de siempre, sin dejar rastro.

-Es un poco peligroso meterse con Cardona-empezó a decir Slade.

-Aquí en Nueva York, sí-le interrumpió el rajá-. En Chicago, no. Tú conoces a unos cuantos pistoleros allá, Slade. Puedes arreglar las cosas como hiciste en el caso de Dick Terry.

»Lo interesante es hacerle hablar a Cardona. Si nada sabe, pueden dejarle escapar. Si sabe demasiado... ¡requiescat in pace!

-Pudiera tener malas consecuencias...

-Para nosotros no. Cardona trabaja solo. Aún no ha llegado al final de la pista. ¿Cuánto costaría arreglarlo?

-Cinco billetes grandes. Por mediación de Snook Milligan.

-¿Qué dice usted, jefe?-preguntó el rajá.

-Adelante-contestó el hombre.

-Bien-prosiguió el místico-: pon la conferencia, Slade. Pueden esperarle junto al domicilio de Plunket. Son poco más de las ocho ahora, o sea las siete aproximadamente, en Chicago. Madame Plunket acostumbra dar principio a su sesión a las ocho...

Se interrumpió, bruscamente. Poniéndose en pie, cruzó, rápidamente, el cuarto y descorrió la cortina que daba a la antecámara. Se quedó allí parado, mirando.

Los otros dos hombres le vieron silueteado en el hueco de la puerta. El rajá iba enfundado en un batín. En la mano llevaba un revólver.

-¡Tony!-llamó.

La figura de Imam Singh apareció en la puerta exterior.

-Prepara una pistola-ordenó el rajá-. Quédate junto a la puerta principal del piso. Me da en los huesos que hay alguien rondando por aquí. ¡Voy a asegurarme!

Al irse Tony, el rajá dejó caer, nuevamente, la cortina y volvió al santuario.

-Vi moverse la cortina-explicó, rápidamente-. Vamos; haremos la ronda completa. Quédese usted aquí, jefe. Slade, métete tú por el cuarto de sesiones. Yo pasaré por la antecámara.

La teoría del rajá distaba mucho de ser exacta. Mientras se hallaba de espaldas a la antecámara, una figura alta, vestida de negro, salió de junto a la cortina y pasó por otra puerta.

No tomó el camino de la puerta exterior, donde Imam Singh montaba guardia. En lugar de eso, se dirigió directamente, a la sala de recepción. Una vez allí, se volvió hacia el cuarto de sesiones, ¡el mismísimo sitio que el rajá pensaba registrar!

Ninguno de los tres hombres que se hallaban en el santuario se dio cuenta de lo que había ocurrido. La cortina, que había dejado caer el rajá, oscurecía su vista. El rajá volvió a alzar la cortina para dar una última orden a Martín Slade.

-Aguarda cosa, de medio minuto dijo -, y entra luego en el cuarto de sesiones. Yo voy a dar la vuelta por el otro lado. Nos encontraremos ahí dentro.

Al marcharse el vidente a iniciar el registro, Martín sacó nerviosamente, una pistola. No le gustaba el encargo. Estaba demasiado preocupado por la posible identidad de aquella invisible presencia.

¿Estaría La Sombra allí?

Slade no dio voz a su pensamiento porque se hallaba allí el jefe. Haciendo un esfuerzo por dominar sus nervios, abrió, cautelosamente, la puerta del santuario. Aguardó, revólver en mano y luego se metió por la puerta.

El cuarto de sesiones estaba vacío. La luz difusa iluminaba todos los rincones y no se veía ni rastro de una persona oculta.

Apareció un hombre por otra puerta. Era el rajá Brahman. Movió negativamente la cabeza al ver a Martín. Registraron, juntos, la habitación.

-Me he tirado una plancha-reconoció el vidente-: no existe la menor probabilidad de que haya nadie aquí. He mirado por todas partes.

-¿Y ahí?

Slade hizo un gesto expresivo hacia el centro del cuarto. El rajá se echó a reír.

-Ni pensarlo-declaró-: ni pensarlo. Tú eres la única persona, fuera del jefe, que sabe cómo trabajamos Tony y yo. Eso es tan seguro como una pared maciza. Valeos a ver si encontrarnos a Tony.

Se dirigieron a la puerta del piso y hallaron al ayudante esperando. Tony movió negativamente la cabeza, al estilo de Imam Singh. A nadie había visto.

El rajá Brahman y su compañero regresaron al santuario interior. El vidente se estaba riendo de sus propias sospechas.

-Me parece que empiezo a ver yo fantasmas-declaró-. Creí que esa cortina se había movido; pero debe de ser que algo distraería mi atención en aquel momento. Aquí no hay nadie. Y, lo que es más, no va a haber nadie tampoco.

Llamó a Tony y le ordenó que vigilase cuidadosamente.

-Siempre me pongo un poco exaltado cuando se acerca el momento cumbre -declaró el rajá, en son de excusa-. Es muy difícil para ustedes comprender mi parte del negocio.

»Tiene uno que identificarse con su papel cuando hace estos trucos de fantasmas. Casi ha de llegar uno a convencerse así mismo que todo es verdad. Por eso parece tan sincero todo.

»Recordarán lo que les dije de esos médiums de cuatro al cuarto que creen que los que ejercemos la profesión en gran escala tenemos poderes psíquicos de verdad. No hay nada extraño en eso. Esos impostorcillos fingen entrar en éxtasis con tanta frecuencia, que acaban por trastornarse.

»Algunos de ellos llegan a creer, incluso, que ven espíritus de verdad. Cuando se vuelven así, son insoportables. Pretenden cometer sus imposturas con el único fin de ayudar a los espíritus. Se creen genuinos de verdad.

-Y... ¿ahora te estás volviendo tú así?-inquirió Slade.

-No del todo-rió el rajá Brahman-; pero este trabajo de consulta me ha puesto en un estado mental raro. Nada me sorprendería ver un fantasma de verdad el día menos pensado.

»Pero dejemos el asunto por ahora. Tienes trabajo que hacer, Slade. ¿Estás seguro de poderte poner en comunicación con el pistolero de Chicago?

-¿Snook Milligan? Ya lo creo. Vive en el Hotel Nápoli. Está metido con la cuadrilla de Gallanta. Son capaces de hacer cualquier cosa... sobre todo después de que le haya dado yo un poco de coba a Milligan.

»Han estado preocupados por la posibilidad de que existiera alguna combinación entre la policía de Nueva York y la de Chicago. Tendrán más ganas que nosotros de echarle el guante a Cardona si les doy una especie de aviso bien estudiado.

-¿Saben algo de lo que nosotros hacemos?-inquirió el rajá, con cierta aprensión.

-Ni una palabra. Creen que me dedico al chantaje. Si averiguan por qué está allí Cardona (y ellos ya saben cómo conseguirlo), me mandarán todos los datos.. Si le mandan al otro barrio, tanto mejor.

Los tres hombres parecían de acuerdo sobre este último particular. Martín Slade se fue y el rajá le acompañó hasta la puerta.

Esta vez Slade no sintió aprensión alguna. No experimentó la sensación de que le vigilaban ojos invisibles al cruzar la antecámara.

Una vez fuera del Hotel Callao, se dirigió a la estación Gran Central y pidió conferencia con Chicago. No tardó en hallarse en comunicación con el Hotel Nápoli y Snook Milligan.

Con palabras escogidas, Slade explicó su propósito. Dijo las cosas de forma que alarmaran al pistolero.

Dejó la cabina telefónica y se dirigió a Long Island completamente satisfecho. Rió por el camino.

¡Mal iba a pasarlo aquella noche el detective Cardona!

Mientras Slade conducía su coche tranquilamente hacia el Este, un monoplano gigantesco se dirigía al Oeste a una velocidad de más de doscientas cincuenta millas por hora. Sus grandes alas proyectaban una sombra extraña sobre la tierra iluminada por la luna.

Ante el volante del veloz aparato, iba sentado un hombre, que reía.

CAPÍTULO XVII
EN CHICAGO

Un joven bien vestido entró en el vestíbulo de un hotel viejo de Chicago.

Observó a un botones de pie junto a la pared. EL joven se acercó y le entregó dos objetos: una cajita de cartón y una moneda de cincuenta centavos.

-¿Quieres entregar este paquete al cuarto número 414 ? –inquirió-. Hazlo en seguida.

-¡Sí, señor!'-contestó el muchacho-. ¡Voy ahora mismo!

Se metió en el ascensor y subió, haciendo bailar en el bolsillo la moneda de cincuenta centavos, propina anormalmente grande en el decadente hotel.

Aunque él no lo sabía, se le había encomendado una misión importante.

El hombre que le había entregado el paquete era Harry Vincent, agente de La Sombra. Había preparado un mensaje de aviso de acuerdo con instrucciones recibidas telefónicamente de Nueva York.

El que le había hablado desde esta población era un tal Burbank, hombre de voz pausada, brazo derecho de La Sombra.

El mensaje preparado por Harry se hallaba dentro del paquete dirigido al cuarto número 414. El ocupante de dicho cuarto era el detective Cardona.

Al llegar al cuarto piso, el muchacho vaciló. Había olvidado el número del cuarto. Le parecía recordar que se trataba del 418.

No estaba seguro. Llamó a la puerta de este cuarto. Un hombre le abrió.

-¿Esperaba usted un paquete, caballero?

-Sí - gruñó el hombre-. ¿Es ése? Dámelo.

Cerró la puerta de golpe y el muchacho se marchó. Abrió el paquete en seguida. Ya era hora de que hubiese llegado.

Media hora antes había telefoneado al conserje pidiendo que le compraran una maquinilla de afeitar y un tubo de pasta de jabón. Había estado esperando que se lo trajeran desde entonces.

Emitió un gruñido de ira al ver el contenido de la caja. ¡Un ramillete de violetas!

¿Qué significaba aquello? Tiró las flores sobre la mesa y descolgó el teléfono. Intentó ponerse al habla con el telefonista; pero fracasó.

El botones había regresado al vestíbulo. No vió ni rastro del hombre que le había entregado el paquete. Estaba seguro de haber cumplido bien el recado.

Diez minutos más tarde, Cardona salió de su cuarto del hotel y bajó la escalera. Salió a la calle y cogió el tren en una estación del ferrocarril elevado. Se dirigía a la residencia suburbana en que madame Plunket iba a dar su sesión aquella noche.

Estaba convencido de que hacía progreses. Había pasado unos días en Cincinnati inútilmente, al parecer, y sin objeto. Había repasado los archivos de varios periódicos, descubriendo que una muchacha llamada Stella Dykerman había muerto en un grave accidente de automóvil durante el mes de marzo.

Los frenos de su coche habían cedido en una pendiente que conducía a la finca de su padre y se había estrellado contra un muro de piedra al pie de la pendiente.

Al hacer investigaciones relacionadas con los asuntos de Arthur Dykerman, su padre, había descubierto que éste se hallaba ausente, de Cincinnati de momento.

Pero, por casualidad, se había enterado de que el hombre era espiritista y que había estado recibiendo mensajes de una mujer llamada madame Plunket.

Cardona descubrió que la mujer había abandonado la ciudad algún tiempo antes; pero no le fue posible dar con su nueva dirección.

Mientras el detective trabajaba sobre esto, recibió un ramillete de violetas en el hotel. Contenía el disco de costumbre. Cardona lo llevaba en el bolsillo aquel momento:

MADAME PLUNKET CHICAGO

Estas palabras iban inscriptas en el disco. Por ellas se había trasladado a Chicago. Había dado con la médium.

A la primera sesión... ¡Florecilla había dirigido la palabra a los circunstantes!

Chicago estaba muy lejos de Nueva York; pero Cardona tenía el convencimiento de que existía relación entre las dos ciudades.

¡Anita María de Filadelfia, y madame Plunket de Chicago! ¡Dos lobos de la misma camada!

No había ocurrido disturbio alguno en las sesiones á que Cardona había asistido en Chicago. Pero estaba investigando acerca de madame Plunket y cada vez se convencía más de que se trataba de una estafadora de lo más vulgar.

Los consejos que estaba dando demostraban que debía poseer un fondo de información en su casa. El detective conocía la ley en lo que a aquella clase de actividades hacía

referencia. No costaría trabajo hacer que la policía hiciese un registro cuando llegara el momento oportuno.

El tren se acercaba a la estación en que había de apearse el detective. Se puso en pie y aguardó la parada.

Descendió la escalera del ferrocarril elevado y tomó hacia el Oeste por una calle estrecha. Pasó por debajo, de la brillante luz de una lámpara eléctrica.

No tenía la menor idea de que fuese conocida su presencia en Chicago; ni creyó que pudiera interesarle a nadie más que a la médium. Por consiguiente, no se fijó en las figuras que se ocultaban tras una valla anunciadora próxima a la acera.

Vió, sin embargo, un coche oscuro parado al otro lado de la calle.

Profesionalmente, lo miró con desconfianza.

Abundaban los gangsters, en Chicago. Aquél pudiera ser uno de sus automóviles. Se llevó la mano hacia el bolsillo y se detuvo de pronto.

¡Alguien le había acercado el cañón de una pistola a la espalda! No le ordenaron que alzara las manos. Sólo se oyó un gruñido diciéndole que siguiera andando. Cardona, reconociendo la amenaza, obedeció.

Simultáneamente se acercó el coche del otro lado de la calle. Cardona sintió que le empujaban hacia el bordillo. Un momento después se hallaba sentado y el coche partía con rumbo desconocido.

El detective se dio perfecta cuenta de que se hallaba en un atolladero. Se figuró que le habrían confundido con alguien a quien querían dar el paseo.

Era el apuro mayor en que se había encontrado en su vida. Su única esperanza era encontrar un medio para librarse de los asesinos mediante un bluff.

Comprendía que, de momento, lo mejor era guardar silencio. Cualquier intento de entablar conversación pudiera significar la muerte inmediata.

Ningún asesino permitiría que hubiese ruido. Lo interesante era saber qué ocurriría después.

Cuando los pistoleros se dieran cuenta de que se habían equivocado de hombre, tal vez le dejaran marchar. Se preguntó qué sucedería si se diese a conocer como detective. Los gangsters no se salían de su camino para luchar con la policía. En ello pudiera hallar la salvación.

El coche recorrió una distancia muy larga. Cardona se había desorientado por completo. Se encontraban fuera de la ciudad ya. Oía el ruido del agua del Lago Michigan. Era una noche de viento y el ruido indicaba que el oleaje era grande.

El automóvil torció hacia el lago y se detuvo ante un edificio bajo e inclinado. Obligaron a descender a Cardona y sus apresadores le condujeron a una puerta lateral del edificio. Bajaron cuatro escalones y entraron en un cuarto de techo bajo. Uno de los hombres encendió la luz.

Eran tres los que habían hecho prisionero al detective, tres hombres hoscos y mal encarados. Cardona, que tenía una cara inescrutable y que por nada parecía inmutarse, les miró fijamente mientras le cacheaban, le quitaban la pistola y le obligaron a colocarse contra la pared.

Uno de los hombres, bastante ancho y alto, por cierto, se encaró con Cardona. Era el jefe de la cuadrilla.

-Bueno-dijo, sin andarse por las ramas: -desembuche. ¿Qué anda husmeando por Chicago?

-¿Sabe usted quién soy yo?-inquirió Cardona, tranquilamente.

-Claro que lo sé. Es un “bofia” de Nueva York, llamado Joe Cardona. Para que estemos iguales, voy a decirle ahora quién soy yo. ¿Ha oído hablar alguna vez de Snook Milligan?

Cardona movió, afirmativamente, la cabeza. Sabía que Milligan era el superviviente de una cuadrilla extinguida. Snook y unos cuantos más se habían unido a la banda de Gallanta.

-Bien; yo soy Snook Milligan. Y, cuando quiero a un hombre, lo cojo. Le quería a usted esta noche; conque... ¡le cogí!

Cardona se encogió de hombros. No veía conexión posible entre su investigación y los asuntos de los gansters de Chicago.

-¡Vamos!-gruñó Milligan-. ¡Desembuche! ¿Qué hace usted aquí? ¡Hable aprisa o le damos pasaporte!

-Le diré por qué estoy aquí. Estoy investigando un grupo de falsos médiums. A eso me dirigía esta noche. Hay una mujer llamada Plunket que se dedica a explotar el negocio de los fantasmas muy cerca de donde me echaron ustedes el guante esta noche.

-¿Sí?-exclamó Milligan, despectivo-. A mí con esas, no, Cardona. Esa puede ser su excusa. Pero tengo noticias de que viene usted aquí a meterse con nosotros. ¿Qué le parece a usted eso?

-Le han engañado-contestó el detective, con franqueza.

-Sí, ¿eh? Bueno, pues voy a averiguar todo lo que haya que saber, ¿comprende? ¡Traedle!

Esta última palabra iba dirigida a los otros gangsters. Uno de ellos abrió una puerta y encendió la luz. A Cardona le obligaron a bajar otro par de escalones y entrar en una habitación que parecía un sótano.

Había una plataforma pequeña en un rincón. Por encima de ella había unas abrazaderas con un rodillo y una manivela.

Mientras uno de los gangsters, le apuntaba al detective con una pistola, Milligan avanzó y oprimió un botón que había en la pared a cierta distancia de rodillo. La plataforma se inclinó hacia delante y se extendió hasta penetrar en un agujero oscuro que había en el suelo. Milligan oprimió otro botón.

La plataforma se alzó otra vez.

Los gangsters estaban atándole los brazos a Cardona con cuerdas. Empujaron al detective sobre la plataforma y engancharon las cuerdas al rodillo. Uno de los hombres dio vueltas a la manivela y las cuerdas se pusieron tirantes, arrastrando a Cardona casi contra la pared.

-Habrá oído usted decir que los gangsters no hablan-dijo Milligan-. Va usted a convencerse ahora de todo lo contrario. Este es el sitio en que hablan... cuando el rodillo empieza a funcionar. Y, cuando hemos acabado con ellos (hizo un gesto expresivo hacia el botón), su fin es ese. ¡Ese agujero que tiene bajo sus pies es bastante grande, Cardona! !Lo bastante grande para ocultarle a usted junto con muchos otros que han desaparecido!

Cardona sabía muy bien que todos los años desaparecía cierto número de pistoleros en Chicago. Se suponía que les darían el paseo y los dejarían abandonados por algún solar o derribo.

Generalmente se calculaba que sólo se descubría cierta proporción de víctimas, porque se encontraban con frecuencia cadáveres en lugares apartados.

Pero ahora conocía Cardona uno de los cementerios del mundo de los gangsters en que los pistoleros asesinados desaparecían para siempre.

El pensamiento le heló; porque se dio cuenta que, con el conocimiento que había adquirido, estaba condenado a morir.

Por consiguiente, comprimió los labios al iniciar Snook Milligan un nuevo interrogatorio. Su único recurso era hacer creer al gangster que, efectivamente, sabía algo que no quería decir.

Algo que los gangsters querían saber. Eso, por lo menos, le daba unos cuantos minutos más de vida, aun cuando fueran minutos preñados de tormento.

Viendo que el detective se negaba a hablar, el jefe de la cuadrilla dio la orden a uno de sus secuaces para que hiciera girar la manivela. El hombre obedeció.

Cardona experimentó una tensión terrible en los hombros. Resistió la presión. Otra vuelta a la manivela y pareció como si fueran a arrancarle los brazos de cuajo. Sin embargo, no se doblegó.

Transcurrieron minutos de verdadera angustia mientras Snook Milligan le miraba con verdadero asombro. El férreo detective resistía como jamás había visto resistir a hombre alguno. Por fin, la tensión se hizo demasiado grande.

Cardona cedió; pero no por la boca.

Soltó una exclamación ahogada y se le cayó la cabeza hacia adelante. Había perdido el conocimiento bajo la terrible tensión.

Snook Milligan profirió una blasfemia. Aquello era algo que no se había esperado. Ordenó al gangster que aflojara la cuerda. El cuerpo del detective cayó hacia adelante. Tardó mucho en volver en sí.

Decidido a hacer hablar a su cautivo, Snook ordenó una nueva tortura lenta.

Cardona la soportó sonriendo. Dio pruebas de una resistencia física que parecía imposible.

Por fin, el resultado fue el mismo. De nuevo perdió el conocimiento. La cuerda fue aflojada otra vez.

Transcurrió una hora completa antes de que el cautivo volviera en sí lo bastante para el fin que perseguía Snook. El jefe de los gangsters consultó su reloj. Era más de medianoche. Hizo un gesto de impaciencia.

-No podemos pasarnos aquí toda la noche-gruñó, lentamente, asegurándose de que Cardona comprendiera sus palabras-. Pero probaremos otra vez. Aguardad unos quince minutos, y obrad luego despacio. Lo haremos, poco a poco. Si habla, santo y bueno. Si pierde el conocimiento, no perderemos más tiempo. ¡Le liquidaremos y le dejaremos caer!

Cardona comprendió. Otro rato de tortura sería su fin. Sabía que el resultado sería el mismo si inventaba un motivo que explicara su visita a Chicago como si guardaba el más profundo silencio.

Al final, aquel despiadado tigre del hampa se desharía de él. Cardona, vivo, resultaría una amenaza continua; muerto, no podría dar que hacer.

Aquellas cuerdas se apretarían una vez más. Cuando su obra estuviese consumada, serían soltadas. Las pistolas escupirían muerte y el cuerpo de la víctima caería por el agujero que se abría debajo de la plataforma, desapareciendo para siempre.

Sin embargo, Cardona no se inmutó. Aun cuando estaba seguro de que no podría llegar ayuda alguna a tiempo para salvarle, estaba decidido a aferrarse a la vida todo el tiempo que le fuera posible.

Comprimió, fuertemente, los labios, decidido a no exhalar grito alguno pidiendo piedad.

El descuido de un botones había impedido que La Sombra avisara a Cardona de la trampa que se le preparaba.

CAPÍTULO XVIII
EL HOMBRE DE NUEVA YORK

El Hotel Nápoli era el nuevo cuartel general de la cuadrilla de Gallanta.

Edificio pequeño, pero bastante moderno, había sido comprado por el notorio gangsters con ese fin.

Un año antes, la Policía de Chicago había estado preocupada por los sucesos desarrollados en el Nápoli; pero ahora el lugar aquel era un volcán apagado.

Mike Gallanta estaba cumpliendo condena en presidio. Sus principales lugartenientes andaban con pies de plomo durante la ausencia de su jefe.

Hombres como Snook Milligan se hallaban bajo el mando directo de Al Barruci, que antaño fuera el brazo derecho de Gallanta. Por entonces, Barruci llevaba una existencia apacible. Seguía instalado en el Nápoli y no perdía de vista a los impetuosos gangsters.

AL Barruci era un personaje diplomático. Como consecuencia, trabajaba bien con los antiguos secuaces de Gallanta. Él era el único que conocía sus fechorías y ellos seguían sus consejos en todo.

Cuando Barruci aconsejaba, lo que hacía, en realidad, era dar órdenes. Pero era lo suficientemente astuto para hacer creer lo contrario.

Aquella noche se hallaba instalado cómodamente en sus habitaciones del Nápoli. El prestigio que había logrado por mediación de Mike Gallanta le estaba sirviendo de mucho.

Siendo conservador, Barruci tropezaba con muy pocas dificultades. Pero como brazo derecho del jefe grande ausente, Barruci aún resultaba una potencia temible.

Era hecho conocido que rara vez se movía de su cómoda residencia. Era precisamente eso lo que hacía que sus enemigos en perspectiva le temieran tanto.

Sonó el teléfono y Barruci contestó. Escuchó con leve sorpresa al serle anunciado un nombre desde el vestíbulo del hotel.

-Dile que suba-ordenó.

Se oyó un golpe en la puerta unos minutos después. Al Barruci abrió y entró un hombre alto, de expresión dura. Era el visitante Jake Quellan, famoso gangster de Nueva York.

Barruci había visto a aquel hombre antes, en ocasión de entablar éste negociaciones secretas con Gallanta. Le intrigaba aquella visita inesperada.

-¿Qué te trae por Chicago?-inquirió afablemente, cuando estuvieron ambos sentados.

Quellan encendió un cigarrillo antes de contestar. Miró fijamente a Barruci, con ojos fríos.

-Ando tras un tipo que está aquí, en Chicago-declaró-. Quizá hayas oído hablar de él. Le llaman La Sombra.

-¡La Sombra!-exclamó Barruci-. ¡No puede estar en Chicago!

-¿Por qué no?

-Porque...-Barruci hizo una pausa, pensativo-, estuvo aquí en otra ocasión. Dio mucho que hacer entonces. Si estuviese aquí, ya hubiese dado señales de vida. Conque no creo que esté.

-¿No? Pues te equivocas, Barruci. Está aquí y no da señales de vida. Por eso he venido a buscarle. Antes de que empiece a moverse. No le queremos en Nueva York.

-Tampoco le queremos aquí-exclamó Barruci.

-¡Magnífico! Entonces podrás ayudarme a liquidarle-declaró Jake.

-¿Cómo?

Jake Quellan empezó a dar a conocer su plan lentamente.

-La Sombra –dijo-, está huyendo por una vez en su vida. Hace poco más o menos lo que quiere. De vez en cuando da el salto a la Policía y ésta nunca puede hacer nada contra él.

»Bueno; pues esta vez tienen pruebas concretas contra La Sombra y le sigue la pista un hombre que le está dando ciento y raya.

-¿Quién?-inquirió Barruci, con incredulidad.

-Un “bofia” neoyorquino que se llama Joe Cardona. Está trabajando solo aquí y, por lo que oigo, La Sombra no se atreve a asomar la nariz por miedo a que Cardona le encuentre.

»La Sombra es rápido cuando se trata de luchar con cuadrillas, porque conoce sus costumbres. Pero es un cobarde cuando se encuentra a la Policía sobre su pista. Créeme, lo sé muy bien.

-¿Tú crees que Cardona sabe dónde está La Sombra?

-Sí; pero sólo hay una persona capaz de hacérselo declarar.

-¿Quién?

-Le estás mirando ahora mismo.

AL Barruci estaba pensativo. Lamentaba que Jake Quellan no hubiese llegado un poco antes. Sin embargo, tal vez no fuese demasiado tarde aún.

Barruci quería saber más.

-Supimos que Cardona estaba aquí -dijo;-pero no nos dijeron a qué había venido. Averiguamos lo bastante para saber que iba a haber jaleo. Nada más.

-Ya te he dicho yo qué jaleo es eso- declaró Quellan, con énfasis-. Es más: yo sé dónde está Cardona. Se aloja en un hotel aquí, en la población. Vine solo para que la Policía de Nueva York no desconfiara.

»Te diré lo que quiero hacer: quiero echarle el guante a Cardona, con tu ayuda, y entonces le haré desembuchar toda la historia.

-¿Cómo?

-Eso es fácil. Ya sé parte de ella. Lo que yo sé le hará a Cardona decir lo demás. Pero te lo digo francamente, ¡nadie más que yo es capaz de hacer cantar a ese hombre!

-¿Sabes dónde está Cardona?

-Sí; en el hotel.

-Te equivocas-dijo Barruci, con una sonrisa expresiva-. Lo tenemos ya. Uno de mis hombres se está encargando de hacerle hablar. Cuando acabe, habrá un detective menos que pueda molestarnos en Nueva York.

-Pero... ¿es posible que vayáis a liquidar a Cardona?-exclamó Quellan, consternado.

-Eso es, precisamente, lo que vamos a hacer-repuso el otro-, después de que hable... o si no habla.

Quellan se dio un puñetazo en la palma de la mano.

-¡Estáis haciendo todo lo peor que sabéis!-exclamó-. ¡Cardona es demasiado inteligente! O guardará silencio, u os contará cualquier fantasía. ¡Y habréis perdido la oportunidad de averiguar el paradero de La Sombra!

¿Importará esa mucho?

-¡Importar! ¿No te das cuenta de que La Sombra queda embotellado mientras Cardona ande tras él? Una vez fuera del paso Cardona, La Sombra vuelve a quedar suelto por ahí.

»No conoces a La Sombra, Barruci. Descubre las cuadrillas como descubre el halcón una bandada de palomas. Estará suelto, te digo. ¡Suelto aquí, en Chicago!

»Bueno-acabó Quellan, arrellanándose en su asiento con un gesto:-no sé por qué me preocupo después de todo. La Sombra tendrá de sobra aquí para no estar ocioso. Respiraremos con más desahogo en Nueva York.

Fue la última afirmación lo que hizo que Barruci frunciese el entrecejo, preocupado. Vió la lógica del argumento del gangster de Nueva York.

Se acarició, pensativo la barbilla. Luego dijo:

-Hemos ido bastante lejos en este asunto ya. Cardona tiene que morir.

-Que muera. No le tengo la menor simpatía. Pero quiero oírle hablar antes de que termine y a ti te conviene eso aún más que a mí.

Al Barruci era hombre que tomaba decisiones rápidas cuando lo requerían las circunstancias. Y le había inspirado algo de aprensión la rapidez con que Snook Milligan había obrado.

Comprendió que habían actuado con demasiada precipitación. Sin pensarlo más, se puso en pie y miró al gangster de Nueva York.

-Vamos-dijo:-¡tal vez lleguemos a tiempo aún!

Jake Quellan le siguió escalera abajo. Dos hombres que había sentados en el vestíbulo se pusieron en pie al aparecer Barruci. Los cuatro salieron por una puerta excusada. Barruci y Quellan se sentaron en la parte de atrás de un sedán; los otros se sentaron delante.

El neoyorquino conocía sus ocupaciones.

Uno de ellos era el chofer de Barruci; el otro, su escolta. El hombre del volante asintió con un movimiento de cabeza al oír la orden de su jefe. EL otro estaba sentado de lado, vigilando.

-Tal vez hayas oído hablar del sitio a que nos dirigimos-dijo Barruci, cuando llegaron a las afueras de la población-. Se edificó de forma que pareciera una quinta de recreo; Pero Gallanta lo arregló para poder almacenar whisky.

»Luego tuvimos que marcar el paso cuando Gallanta cayó en manos de la Policía. Conque lo hemos estado usando para hacer desaparecer a la gente que nos estorbaba. La metíamos en el mismo sitio en que escondíamos el alcohol.

El coche avanzaba rápidamente por las orillas del Lago Michigan. El neoyorquino no dio la menor muestra de la tensión en que se encontraba.

-No hay teléfono instalado aquí fuera-se excusó Barruci-. La casa está desocupada. Si hubiera habido teléfono, le hubiésemos podido avisar a Snook para que aguardara un poco. Quizá lleguemos a tiempo. ¡Ojalá!

La última apalabra demostraba que el gangster de Chicago sentía la misma ansiedad que creía que experimentaba Jake.

El sedán se detuvo ante una casa baja. Los cuatro hombres se apearon y Barruci bajó primero los escalones. Cruzaron un cuarto y el hombre dio cinco golpes rápidos en una puerta interior.

Le contestaron otros cinco. Barruci dio dos más. Se abrió la puerta y los recién llegados entraron, presenciando una extraña escena.

Cardona, sin conocimiento, colgaba del rodillo que sujetaba sus atadas muñecas. Un hombre cerraba el paso a los recién llegados, con una pistola en la mano. Otro se hallaba junto a la manivela.

Snook Milligan estaba al lado de la pared, con el dedo en el botón, a punto de dar una orden.

-¡Barruci!-exclamó.

-¿Es ése Cardona?-inquirió éste.

Milligan movió, afirmativamente, la cabeza.

-Este es Jake Quellan-explicó Barruci, presentando al neoyorquino-: ha venido aquí a hacer hablar a Cardona. ¿Os ha dicho algo?

-No; dice que anda buscando a un fantasma.

Barruci se hallaba ya al lado de Milligan.

-Cardona anda buscando a La Sombra-dijo en voz baja.

Una expresión de sorpresa apareció en el rostro del otro. Hizo una seña al de la manivela para que aflojara la presión. El cuerpo del detective cayó sobre la plataforma. Milligan se apartó le la pared.

Los gangsters de Chicago observaron, mientras el pistolero de Nueva York se adelantó, inclinándose sobre el cuerpo del detective, que aún seguía sin conocimiento. Estaba volviendo en sí lentamente; pero aún tenía los ojos cerrados.

-No puedes hacerle hablar - gruñó Snook Milligan-. Se niega a abrir la boca.

-¿Ah, sí? - exclamó la áspera voz de Jake Quellan-. ¡Ya le haré hablar yo! Os voy a decir lo que le pasa a este tipo. Es bastante valiente; pero le espantan las armas de fuego. Metedle una pistola en las narices y, si no puede huir de ella, se raja.

Quellan vió que Milligan dudaba. El neoyorquino paseó la mirada por todo el grupo, desde Milligan a Barruci, y a los otros cuatro pistoleros.

-Ahora vais a ver-dijo-. Cardona está recobrando el conocimiento. Vais a ver cómo le hago hablar.

Sacó dos pistolas de los bolsillos y se inclinó sobre el debilitado detective.

Con una de ellas, empujó la cabeza de Cardona hacia atrás hasta que los ojos de éste, que empezaban a abrirse, miraron hacia el techo. Con la otra pistola, el neoyorquino dio contra las cuerdas que colgaban del rodillo.

Cardona tenía las manos atadas; pero estaba suelto del rodillo. Su cuerpo se volvió lentamente hasta yacer, de lado, sobre la plataforma.

Agachándose junto a la misma, Quellan agitó una de las pistolas cerca de la cara del detective este abrió los ojos; luego los volvió a cerrar.

Alzándose muy despacio, Quellan se volvió hacia los otros pistoleros.

Fue Snook Milligan quien presintió lo que iba a ocurrir. Observó el extraño brillo de los ojos de Quellan. De pronto, lo comprendió todo.

Fue un esfuerzo inútil. Quellan, sin apenas fijarse en el acto de Milligan, aguardó a que la pistola del otro se hubiera alzado. Entonces habló el arma del neoyorquino.

Milligan se dejó caer bruscamente al suelo para esquivar el proyectil; pero era demasiado tarde. Su pistola cayó antes que él. Había recibido un balazo por encima del codo.

Aquel episodio fue una revelación para los demás pistoleros. AL ver al neoyorquino dar un paso atrás para proteger el cuerpo de Cardona-al oír la risa siniestra que salió de aquellos labios-comprendieron quién era el que les amenazaba.

¡El hombre que se llamaba a sí mismo Jake Quellan era La Sombra!

Con fría indiferencia, aquel extraño vengador había retrasado el ataque contra los seis enemigos. El gangster que había junto a la puerta era su peligro mayor, porque tenía la pistola preparada en el mismo momento que cayó Snook Milligan.

La mano izquierda de La Sombra se dobló delante de su cuerpo.

Simultáneamente su derecha dejó descansar la pistola sobre el antebrazo izquierdo.

Con tiro certero, La Sombra oprimió el gatillo y el gangster cayó al suelo sin haber disparado la pistola.

Se acercaban cuatro hombres, armas en mano. AL Barruci y sus tres satélites obraban individual pero simultáneamente. Se abalanzaron sobre su enemigo y las pistolas de La Sombra ejecutaron otra sentencia de muerte.

Hubo disparos por ambas partes; pero, aun tan de cerca, La Sombra siguió ileso. Un gangster cayó antes de haber podido hacer un solo disparo.

La Sombra, dando un salto hacia adelante, asió el cuerpo.

Formó un baluarte momentáneo contra los rápidos disparos de Barruci.

Luego, una de las balas de La Sombra le derribó.

Singular y corta lucha, inesperada en su principio, sorprendente en su culminación. Barruci y el hombre junto a la puerta yacían inmóviles. Milligan y otros dos se retorcían en el suelo. El sexto gangster estaba pegado al cuerpo de La Sombra.

Cardona, cuyos ojos se habían abierto al oír los disparos, vió a su salvador echarse a un lado. El gangster que había usado como escudo cayó al suelo.

La mirada de La Sombra estaba en todas partes, buscando.

Snook Milligan se arrastraba, impotente, por el suelo. Su pistola se hallaba junto a los pies de La Sombra. Luego otro pistolero, escupiendo sangre, se alzó sobre las rodillas e hizo

un inútil esfuerzo por alcanzar su pistola, que estaba en el suelo. Cayó nuevamente, sin haber logrado su objetivo.

Dándose cuenta tan sólo de que aquel hombre era un amigo, Cardona intentó darle un grito de aviso; pero no le salió más que un gruñido seco de la garganta.

La Sombra oyó; pero no recibió su significado. Era innecesario, sin embargo. Sus ojos perspicaces vieron y comprendieron.

Snook Milligan estaba alzando su cuerpo contra la pared. Su mano izquierda, chorreando sangre, se acercaba al botón. En el momento en que lo alcanzó, sonó el disparo de La Sombra.

El gangster cayó hacia adelante y permaneció pegado a la pared; pero, aun moribundo, sus dedos tocaban el botón.

Un disparo más hubiera acabado con él. Pero, aun en el último instante, la acción refleja de sus músculos hubiera bastado para conseguir lo que pretendía. La Sombra no volvió a disparar.

Volviéndose, soltó las pistolas y subió a la plataforma para asir el cuerpo de Cardona.

La plataforma estaba ya en movimiento cuando sus fuertes brazos atrajeron al detective. La Sombra tenía los pies ya en el suelo. Su cuerpo se echó hacia atrás al caer la plataforma.

Durante una fracción de segundo el cuerpo de Cardona colgó sobre el negro abismo. Luego se vió proyectado al suelo y permaneció allí inmóvil c incapaz de valerse.

La Sombra se agachó y recogió las pistolas. Miró hacia la pared y contempló a Snook Milligan, que se tambaleaba y se estremecía convulsivamente.

Por fin cayó al suelo, muerto.

Cardona sintió que le cortaban las ligaduras. Apoyado en su salvador, salió, tambaleándose, al exterior y subió al coche que aguardaba. El aire fresco de la noche le hizo revivir; pero, al coger su compañero el volante y ponerse en marcha el auto en dirección a la ciudad, la terrible tensión pasada se hizo sentir.

Cardona se sumió en una especie de sopor, que sólo le abandonó, momentáneamente, cuando se sintió empujado por el oscuro vestíbulo del hotel.

El timbre del teléfono despertó al detective. Era completamente de día.

Contestó a la llamada, algo aturdido. Era el conserje que le anunciaba que eran las diez. ¡Las diez! No comprendía por qué se le había llamado.

Su mente, aturdida, intentó recordar los sucesos de la noche anterior.

Se acordó, vagamente, de su captura. El tormento a que se le había sometido lo recordaba vívidamente. Los hombros y los brazos doloridos no le permitían que se olvidase.

Pero la de su salvación le resultaba nebuloso a más no poder. Un hombre alto, cuyo rostro apenas vió, le había salvado la vida. Comprendió que sólo un hombre podía haberlo logrado: ¡La Sombra!

Vió un paquete pequeño sobre su mesa. Lo abrió. Del interior extrajo un manojo de violetas.

¡Un nuevo mensaje de La Sombra!

Era el primero qué recibía en Chicago, pensó. No sabía que se había extraviado un mensaje de aviso la noche anterior, un mensaje compuesto de tres cortas palabras que le hubieran impedido caer en la trampa que se le preparaba.

Encontró el disco. Llevaba lo siguiente:

ESTA NOCHE JEFATURA NUEVA YORK

Comprendió entonces por qué le habían llamado a las diez. Podía estar en Nueva York a las ocho de la noche si cogía el aeroplano que salía de Chicago a las doce.

Se bañó rápidamente e hizo su equipaje.

Llegó al aeropuerto a tiempo para coger el aparato. Aturdido aun, vió quedar atrás los suburbios de la población y desaparecer la extensa sabana de agua del Lago Michigan.

Llevaba en el bolsillo las notas de todo lo que había averiguado durante el viaje. Datos sueltos que tenían su significado; pero que necesitaban algo más para completarlos y que resultaran útiles.

Su pensamiento voló hacia Nueva York. ¿Qué le aguardaría allí?

Había un periódico a su lado. Miró la primera plana y olvidó, momentáneamente, sus problemas. Estaba leyendo el relato de una batalla a tiros librada en una casa de la ribera del Lago Michigan.

Habían hallado la muerte en ella los conocidos pistoleros AL Barruci y Snook Milligan. Se había descubierto una trampa abierta.

Otros dos pistoleros habían muerto en la refriega. La Policía, al acudir al lugar en obediencia a una misteriosa llamada telefónica, se había llevado a otros dos que estaban heridos.

La noticia del suceso tenía consternado al mundo de los gangsters. Los dos hombres heridos se negaban a hablar. Se creía que los dos jefes y sus secuaces habían reñido.

Nada más.

Cardona rió. El relato no decía una palabra de la sorprendente salvación de un detective neoyorquino. Ni mencionaba la existencia de su salvador.

La Sombra había aparecido y vuelto a desaparecer, sin dejar rastro de su misteriosa y oportuna presencia.

CAPÍTULO XIX
SLADE FIRMA

Martín. Slade, desempeñando su papel de James Telford, se hallaba delante de la casa de Long Island. Era a última hora de la tarde. Su padre adoptivo aún no había regresado de su viaje a Baltimore.

Slade estaba de muy buen humor. Había registrado la caja de caudales durante la ausencia de Telford, averiguando la mar de cosas acerca de la riqueza del viejo.

De haber habido cosas de valor en la caja, tal vez le hubiera costado trabajo resistir la tentación de llevárselas, porque era ladrón por esencia, presencia y potencia.

Había descubierto, sin embargo, que Tomás Telford guardaba todo lo que tenía de valor en cámaras acorazadas, en el Banco.

Se paró un taxi ante la casa y bajó Tomás Telford de él.

Slade ese adelantó para saludarle cordialmente y para ayudarle a llevar la maleta.

Telford movió la cabeza negativamente y se dirigió a la casa.

Slade, mirándole con sorpresa, observó que entraba en el cuarto en que tenía la caja de caudales. La puerta se cerró tras él.

¿Qué significaría aquello? ¿Habría averiguado algo que le hiciese sospechar de Slade? Esta parecía una explicación lógica de la acción del viejo.

El hombre se paseó por la terraza, preguntándose cuál sería el mejor procedimiento a seguir.

Se había puesto el sol. Empezó a oscurecer y Slade seguía paseándose.

Tomás Telford no había salido aún de aquel cuarto. Comprendió que sería una equivocación interrumpirle mientras se hallase de semejante humor.

La oscuridad de la noche resultaba opresiva. Slade se sentía inquieto, casi tan inexplicablemente nervioso como la noche en que entrara por primera vez en la casa.

Dejó de pasear para escuchar a la puerta exterior. Vió a Tomás Telford salir del cuarto y subir al piso. EL viejo no miró hacia la puerta tras la que se hallaba Slade, al pasar.

Slade decidió aprovechar la ocasión. Entró en la casa y se metió en el cuarto que el otro acababa de abandonar. Pasó por delante de la caja de caudales y se paró junto a la mesa que Telford tenía en un rincón.

Miró a su alrededor. El cuarto no parecía opresivo ya.

Sobre la mesa vió unas hojas escritas. Echó una mirada a la de encima y observó ciertas palabras que le llamaron la atención. Se trataba, evidentemente, de una declaración dictada por Tomás Telford. Decía:

"Hoy, en Baltimore, he recibido pruebas irrefutables de que mi hijo ha muerto y de que el hombre que por él se hace pasar es un impostor. De no poderme yo deshacer de él, conserve esta declaración como prueba de que yo sabía que no era James Telford. Mi testamento está hecho a favor de él; Pero tengo la intención de cambiarlo cuando mi abogado regrese a Nueva York. Los motivos de que no quiera que el impostor sepa que he desconfiado..."

Slade había leído suficiente ya. No necesitaba detalles. Comprendió que Telford, distraído, se había dejado el papel allí. El viejo volvería de un momento a otro. Hizo ademán de salir del cuarto. De pronto se fijó en una especie de garrafita de plata, a cuyo lado había un vaso.

Con expresión de astucia, Martín Slade se sacó un pomo pequeño del bolsillo. Lo destapó y vertió un líquido incoloro en el vaso, que contenía un poco de agua.

Telford bebía mucha agua. Todas las tardes el ama de llaves llenaba la garrafita. Era evidente que Telford había bebido ya; pero la más probable era que volviera a hacerlo, puesto que tenía la manía de beber mucho como medio para conservar la salud.

Salió del cuarto. Una vez en el porche, oyó a Telford bajar la escalera. El viejo llamó desde dentro:

-¡Jim!

-¡Ah, hola, papá!-respondió Slade, abriendo la puerta.

-Perdona que fuese tan brusco esta noche. Estaba preocupado... preocupado por algo que ocurrió en Baltimore. Un antiguo amigo mío me dijo... me dijo que estaba muy enfermo. Incurablemente enfermo. Fue un golpe muy duro para mí, ¿comprendes?

Se dirigió a la puerta del cuarto en que había estado Slade. Este siguió al viejo y se detuvo a la puerta al entrar su padre adoptivo. El viejo llegó a la mesa y se volvió.

-¿Ibas a subir a la ciudad, Jim?-preguntó.

-Sí, papá.

-¿Por qué no vas ahora, pues? Puedo reunirme contigo en casa del rajá Brahman esta noche. Tengo trabajo que hacer ahora.

-Buena idea, papá-dijo Slade-. Te veré allí.

Vaciló momentáneamente al ver que Telford alargaba la mano hacia la garrafita. El viejo llenó el vaso y se lo llevó a los labios. Se acercó a la puerta y le dio a Slade unos golpecitos en, la espalda.

-Ya te veré más tarde, Jim-dijo en tono singular.

Slade dio media vuelta y salió del cuarto. Volvió la cabeza para echar la última mirada y vió a Telford con una mano en la puerta y llevándose con la otra el vaso a los labios. El viejo se estaba bebiendo el agua.

Subió al piso y se puso a meditar. Quería preparar la coartada. No creía que persona alguna le hubiese visto en la casa. El viejo había despedido el taxi antes de que Slade se acercara a ayudarle..

Por consiguiente sería fácil demostrar que Tomás Telford se había pasado toda la tarde en Nueva York. Slade sabía muy bien cómo se combinaban las coartadas.

El líquido que había vertido en el vaso era un veneno potente, incoloro e insípido. Lo había empleado ya en diversas ocasiones.

Existirían motivos de sobra para que los investigadores creyeran que Telford había sido envenenado antes de su regreso a Long Island. EL veneno era sutil.

Su acción y sus efectos habían intrigado enormemente a los investigadores en el pasado.

No tenía la menor duda ni el menor remordimiento por el resultado. Había recurrido con demasiada frecuencia ya a semejantes procedimientos.

En aquel momento tenía un curso bien fácil de seguir. La anciana ama de llaves había salido. Aguardaría diez minutos o quince. Para entonces, Telford estaría muerto. A continuación haría una visita al cuarto en que yacía el viejo.

Se imaginaba el cadáver ya, caído en el suelo, junto a la mesa. Tendría que marcharse, llevándose el vaso delator y la declaración que el viejo había preparado. Así ya no habría peligro.

En cuanto al porvenir, Slade estaba seguro de poder seguir desempeñando el papel de James Telford. Era hombre de mucha serenidad, de palabra persuasiva que con frecuencia había engañado a los más perspicaces detectives.

Había dado un paso drástico, pero necesario. Gracias a ello había impedido que él y sus cómplices fueran descubiertos, lo que hubiera hecho fracasar todos los planes del rajá Brahman y de su jefe.

Slade bajó la escalera en cuanto hubieron transcurrido diez minutos. Sabía que aquella noticia surtiría el mismo efecto que una bomba entre sus asociados; pero era el único medio de evitar que ocurriera una catástrofe.

Slade opinaba que merecía que se le felicitara por su prontitud de acción.

Se hallaba ya junto a la puerta del cuarto. La abrió suavemente. Miró a su alrededor, esperando encontrar el cadáver de Tomás Telford.

¡El cuarto estaba vacío!

Miró, aturdido, hacia la mesa. El vaso estaba allí, medio vacío.

¡Tomás Telford se había bebido el veneno y abandonado la casa!

Se maldijo por haber permanecido arriba, en su cuarto. ¡Debiera de haber estado vigilando!

De pronto sonrió. Vió el papel escrito a máquina sobre la mesa aun.

Si Telford se lo hubiera llevado, la situación hubiese sido mala. Pero se lo había dejado. Eso significaba un éxito seguro para Slade.

Comprendió que los efectos del veneno, aunque mortales, eran más lentos en algunas personas que en otras. Como resultado, Tomás Telford había vivido más tiempo de lo esperado.

No había manera de saber dónde se hallaría en aquel momento. Camino de la estación tal vez. Quizá se hallase tendido en la carretera, muerto...

Fuera, cual fuese el caso, tendría que obrar aprisa. Se acercó a la mesa y alargó la mano para coger el papel. En aquel instante experimentó la sensación de que le vigilaban.

Miró, nervioso, a su alrededor. Estaba solo. Tal vez fuese la luz el hecho de que no hubiera más iluminación que la procedente de la lámpara de la mesa.

Olvidaría su preocupación dentro de un instante. Cogió el papel y le echó una mirada.

No era la declaración de Telford.

Slade se quedó estupefacto.

El papel que tenía en la mano llevaba el siguiente encabezamiento:

La confesión de Martín Slade

Empezó a leer, como si estuviera soñando. ¡Era un relato detallado de todos los crímenes que, había cometido!

¿Quién había averiguado todo aquello? ¿Quién había puesto el papel allí?

Se llevaba la mano, instintivamente, hacía el bolsillo cuando una risa le hizo detenerse en seco. Alzando la mirada, y vio la esquina de la biblioteca grande.

Una sombra larga, que se iba haciendo mayor, se extendía desde allí.

Formaba un borrón en el suelo.

Luego apareció la figura a quien pertenecía. Un ser envuelto en una capa negra, con las facciones ocultas por un sombrero de ala ancha.

-¡La- Sombra!-susurró Slade.

Conocía la identidad de aquella amenazadora figura. Sobrecogido, perdida la serenidad, intentó retirarse. Pero los ojos que fulguraban debajo del sombrero de ala ancha le tenían como clavado al suelo.

-¡La Sombra!

Slade volvió a pronunciar el temido nombre. Le respondió una risa baja y burlona.

-Martín Slade-declaró una voz solemne, en un susurro:-has de pagar todos tus crímenes. Esta noche intentaste agregar un nuevo asesinato a la lista.

Los dedos de Slade empezaron a deslizarse hacia su pistola; pero la mano enguantada de La Sombra enseñó la pistola que empuñaba. Slade no hizo más movimiento.

-Esta noche-dijo La Sombra-, se frustró tu maligna intención. Tomás Telford, el hombre a quien intentaste matar, no se ha bebido el agua envenenada. Le avisé, y se halla sano y salvo. Se detuvo al borde de la muerte. Asistirá a la sesión esta noche. Tú no le acompañarás.

La voz severa hizo una pausa; luego prosiguió, en tono acusador:

-Tomás Telford se ha ido. Yo, La Sombra, me hallo aquí en su lugar. He estado vigilando. He venido a obligarte a firmar la confesión, el documento que pondrá de manifiesto toda tu maldad.

Un dedo señaló el papel que yacía sobre la mesa.

-Firma.

Slade no se movió.

-¡Firma!

La pistola amenazaba. Slade, con mano temblorosa, cogió la pluma que había junto al papel. Firmó su nombre. Se le cayó la pluma de entre los dedos cuando alzó la mirada como una rata asustada.

-Has firmado tu sentencia de muerte-declaró La Sombra-. Ese documento pondrá fin a tus días. ¡Morirás, Martín Slade!

Slade evocó la sombría imagen del sillón eléctrico. A pesar de ser osado al parecer, era un cobarde en el fondo.

La Sombra se estaba acercando más. Su siniestra susurro tenía acento de inapelable sentencia.

-¡Te llegará la muerte, Martín Slade! Una muerte a la que no te podrás sustraer. Permanecerás en la celda de los condenados a muerte, aguardando el momento de tu ejecución.

Slade exhaló una exclamación. Luego, enloquecido, echó mano a su pistola.

Sacó la mano del bolsillo, describiendo con ella un arco. Cuando el arma del criminal empezó a subir, La Sombra disparó.

La bala dio de lleno al arma de Slade, arrancándosela de la mano y proyectándola contra la pared. Slade se agarró la entumecida mano con impotencia.

-La muerte-dijo La Sombra, lentamente:-la muerte en el sillón eléctrico, si prefieres esperar. La muerte ahora, por mi mano, si escoges el luchar. La muerte, por tu propia mano, si lo deseas. ¡La muerte que preparaste para otros debiera ser buena para ti, Martín Slade!

El criminal comprendió. ¡El vaso! El vaso medio lleno de líquido que representaba una muerte cierta. Slade rechazó semejante pensamiento.

Entonces observó el fulgor de los ojos de La Sombra. Vió el negro dedo apoyado en el gatillo de la pistola.

La partida de Slade había tocado a su fin. No tenía más remedio que luchar o ceder. Balas de la pistola de La Sombra, balas que pudieran herirle y dejarle allí para que muriese poco a poco... El líquido del vaso, seguro, infalible...

-¿Prefieres esperar? - inquirió La Sombra.

Adelantó la mano izquierda y el hombre se encogió. La Sombra cogió su confesión y se la metió debajo de la capa. Su mano libre buscó el teléfono.

Slade comprendió lo que significaba el gesto. Un aviso a la Policía, esta acudiría, encontrándole allí. Recibirían su confesión; se enterarían de sus crímenes.

Lentamente alargó la mano por encima de la mesa. Cogió cl vaso de agua envenenada. Se acercó el vaso a los labios. El líquido no tenía sabor. Aun cuando él lo había envenenado, no lograba descubrir gusto alguno en el agua.

Empezó a retirar el vaso; pero se contuvo al ver que La Sombra movía la pistola.

-Has escogido ya-dijo el siniestro susurro-. Atente a tu selección u obraré a mi antojo.

Volvió el vaso a los labios de Slade. El hombre no lo vio. Tenía la mirada clavada en las manos de La Sombra, sin acordarse casi del vaso.

El dedo negro tembló. Slade comprendió que, si vacilaba más, su enemigo se encargaría de decidir su muerte,

Desesperado, cerró los ojos y se tragó el líquido. Permaneció sentado, con la cabeza inclinada. No experimentó efecto alguno. Concibió esperanzas.

Tal vez el veneno, por una vez, resultaría impotente.

Abrió los ojos. ¡La Sombra había desaparecido! Con gesto triunfal, lleno de esperanza, intentó ponerse en pie. Le acometió un dolor horroroso. Se dejó caer nuevamente en su asiento, retorciéndose.

EL reloj antiguo que adornaba la biblioteca de Telford señaló siete minutos solemnes, mientras un hombre se retorcía y gemía presa de los más espantosos dolores. Transcurridos los siete minutos, reinó silencio en la habitación.

Martín Slade, echado de bruces sobre la mesa, estaba muerto.

Una figura negra y silenciosa volvió a entrar en el cuarto. La Sombra depositó la confesión del muerto junto al cadáver. Un dedo descansó sobre el párrafo final, párrafo que Slade no había leído.

Decía:

“Como mis crímenes serán conocidos, he decidido quitarme la vida.»

Debajo de esta frase aparecía la firma de Martín Slade.

CAPÍTULO XX
IMAM SINGH SE PREPARA

El rajá Brahman estaba sentado en su santuario. Imam Singh estaba a su lado, escuchando sus instrucciones finales. El rajá, a pesar de su aspecto oriental, hablaba en el tono de Bert Clutten.

-Ya sabes cómo vamos a trabajar esta noche, Tony- dijo-. Voy a usar fuerte la materialización. Una charla larga, espíritus guías y todo eso, antes de que empiece lo serio.

»Ponte en marcha en cuanto coloquemos la plataforma con las cortinas. Yo me encargo de lo demás. Tómate todo el tiempo necesario para la caracterización. Tienes que desempeñar bien el papel.

Tony asintió con un movimiento de cabeza.

-Hazlos pasar-ordenó el vidente.

Entró en la sala de sesiones y se hallaba sentado en el trono cuando los invitados comparecieran ante él. El rajá miró a su alrededor con secreta satisfacción.

Ahí estaban los verdaderos creyentes, los que tenían dinero. Arthur Dykerman entregaría su dinero después de aquella sesión. La señora Furzeman, de Chicago, era una buena creyente. Estaba Tomás Telford.

El vidente observó que no le acompasaba su hijo. Tanto mejor.

Junto a Telford se hallaba sentado el único del grupo que podía clasificarse como escéptico: Benjamín Castelle. Estaba muy serio aquella noche, cosa que satisfacía al rajá. Después de aquella sesión, Castelle serviría para desempeñar un papel muy importante en sus planes.

Porque el rajá Brahman, con su conocimiento de vidente, estaba seguro de que aquella noche desaparecería todo el escepticismo de Castelle.

Tenía el convencimiento de que como nuevo converso, contaría las alabanzas de los poderes psíquicos del rajá.

La mejor de todos era Mande Garwood. Aquella noche vería realizado su más caro ensueño. Desde los vastos espacios del Universo un espíritu acudiría a saludarla, un espíritu al que ella reconocería.

El rajá nitró hacia Imam Singh. ¡Era un ayudante magnífico Tony!

La sesión empezó de una forma impresionante. Después del discurso de costumbre, el rajá hizo una seña para que le trajeran la encortinada plataforma. Imam Singh la colocó en el centro del cuarto.

EL rajá Brahman inició una discusión sobre los planos superiores. Mientras hablaba, su cerebro pensaba en otras cosas. Todo iba bien en Chicago. Slade había hecho una buena faena allí. Cardona estaba fuera del paso.

Toda iba bien allí, en Nueva York. No debía ocurrir nada, sobre todo aquella noche. De nuevo Slade había resultado útil. Había dado pasos para que Barney Gleason y sus pistoleros montaran guardia.

¡Eso impediría que pudiera intentar cosa alguna La Sombra!

Imam Singh no estaba ya en el cuarto de sesiones. Había salida a la sala de recepción y a la puerta exterior.

Una vez junto a ella, el hombre de blanco dio una señal y entraron cuatro hombres. Uno era Barney Gleason; los demás, pistoleros escogidos.

-Aquí dentro-susurró Imam Singh. Estacionó a dos hombres en la sala de recepción. Condujo a Barney y a su restante secuaz, a través de la antecámara, hasta el santuario interior del rajá.

-Bien-dijo Barney.

Imam Singh afirmó con la cabeza. Cruzó la desierta antecámara y se dirigió a la puerta del piso. Se asomó, cautelosamente, al descansillo de la escalera.

Cerró la puerta tras sí. Se hallaba a unos pasos de la escalera de escape.

¡Bajó por ella hasta el piso inferior¡

Observó el descansillo desde la escalera.

No había nadie a la vista. Imam Singh se acercó, apresuradamente, a la puerta que se hallaba exactamente debajo de la entrada del piso del rajá.

Abrió la puerta y entró. Encendió la luz del vestíbulo y se dirigió a la puerta de un cuarto destinado a almacenar trastos viejos. Entró en él.

Era bastante grande. Contenía varios muebles. Había una caja cuadrada grande en uno de los rincones y, junto a ella, los bártulos del profesor Raúl Jacques, que habían sido desempaquetados a medias.

Imam Singh se echó a reír al mirar el sillón procedente del Hotel Dalban.

Ajustó una escalera en el centro del cuarto, exactamente debajo de dos de las vigas del techo. La escalera se salía de lo corriente. Era muy firme y tenía una plataforma grande en la parte superior. Llegaba casi hasta el techo.

Se acercó a un armario. Se quitó las vestiduras blancas y se puso un traje negro como el azabache. Era muy ceñido. Sacó, al propio tiempo, una capucha negra, que no se puso. En lugar de eso, la colocó sobre un tocador que se hallaba junto a la caja del rincón.

Encendió una luz junto a la mesa. Cogió lo necesario para caracterizarse e inició la transformación de su cara.

Tenía un retrato sobre la mesa mientras trabajaba. Era una fotografía de Geofrey Garwood difunto esposo de la mujer de Filadelfia.

Poco a poco, el rostro de Imam Singh fue adquiriendo las facciones del millonario muerto. Satisfecho de sus toques finales, Imam Singh se echó hacia atrás en su asiento y rió. Había acabado su tarea; pero aún le quedaba mucho que esperar.

Aquella noche el rajá iba a hacer unos trabajos preliminares con la trompeta.

La materialización del acaudalado Garwood sería el último acto del programa.

Al inclinarse el ayudante hacia atrás, con los ojos medio cerrados, salió un par de manos de la caja, detrás de la silla. Siguió la forma de un hombre. Éste se lanzó, de súbito, hacia adelante y cayó sobre el desapercibido Imam Sing.

La lucha fue breve y favorable al atacante. Hombre de fuerza, echó al falso hindú al suelo y le dio con la cabeza contra el mismo.

Antes de haber transcurrido medio minuto, el vencedor contemplaba el rostro inerte que se parecía al de Geoffrey Garwood.

Se puso en pie y arrastró al ayudante sin conocimiento, al rincón más apartado del cuarto, donde le ató y amordazó. Luego se volvió al tocador y ocupó la silla que Imam Singh había dejado vacante.

Mientras se desarrollaba tan inusitado acontecimiento, debajo del piso del rajá Brahman, un grupo de detectives daba la bienvenida a Cardona en la jefatura.

El detective acababa de regresar de un viaje a punto desconocido.

Parecía fatigado a más no poder por el viaje.

En el despacho, sus compañeros, nada afectados por el aspecto de Cardona, le interrogaban acerca de sus vacaciones. Cardona vió un paquete sobre su mesa. Alguien se fijó dónde miraba.

-Llegó esta tarde, Joe. ¿Lo esperabas?

-Parece otro ramillete de violetas, Joe.

-Más vale que veas lo que contiene.

Cardona abrió el paquete. Sacó el inevitable ramillete de violetas. Las bromas se convirtieron en risas. El detective no hizo comentario alguno.

Tocó el tallo de las violetas y metió tranquilamente el ramillete en un vaso de agua que había en el alféizar de la ventana.

Esto hizo que se repitieran las risas. También le proporcionó a Cardona la ocasión de leer el disco de metal que había extraído de las flores;

LONG ISLAND TOMAS TELFORD INMEDIATAIVIENTE

Repitiendo el nombre para sí, se metió el disco en el bolsillo y buscó el nombre de Telford en un listín de teléfonos. Lo encontró. Llamó al número.

No recibió contestación.

Llamando a un grupo de hombres, el detective no perdió más tiempo. Dos noches de la policía salieron a toda marcha en dirección a la residencia de Telford. Los coches estaban llenos de detectives que se preguntaban si no habría sufrido su jefe una insolación.

EL primer coche se detuvo ante la puerta de Telford. Cardona se apeó y entró como una tromba, seguido de tres hombres. En el cuarto iluminado hallaron el cadáver de Martín Slade.

¡Un asesinato!

Los detectives estaban asombrados. ¿Cómo había recibido Cardona el aviso?

¿Por medio de un ramillete de violetas? La burla que se había hecho de aquellos manojos de flores había pasado ya a la historia.

Cardona estaba leyendo un papel que yacía en la mesa, junto al cadáver. Sus párrafos eran breves y claros. Revelaban mucho de le que había hecho Martín Slade.

Algo que vió en la confesión, hizo que el detective se pusiera, bruscamente, en movimiento. Ordenando a un detective que se quedara en casa de Telford, se volvió hacia las demás.

-Vamos-dijo-. Volvemos a Manhattan. Tenemos algo más importante que esto de qué preocuparnos.

Los detectives corrieron a los coches en obediencia a la misteriosa orden de su jefe.

A los conductores, Cardona les dio unas instrucciones que les anunciaron su destino.

-¡Al Hotel Callao!-dijo-. ¡En marcha y no paréis por nada del mundo!

La Sombra había vuelto a poner a Cardona sobre la pista.

CAPÍTULO XXI
EL ESPÍRITU APARECE

Había una tensión enorme en el cuarto de sesiones del rajá Brahmán. Tras las corridas cortinas de la plataforma, una sombra del plano astral intentaba cobrar forma mortal. Ni uno solo de los circunstantes turbó el impresionante silencio.

-Una mujer que se halla entre nosotros-declaró el rajá, solemnemente-; una mujer que ha perdido a un ser querido, pronto volverá a ver su rostro.

-El espíritu está hablando. Oigo su vez. Pronuncia el nombre de Garwood... Mande Garwood... ¿Querrá ella contestar?

-¡Estoy aquí!-exclamó la señora Garwood, con voz velada por la emoción.

Las cortinas se habían descorrido. Empezaba a verse un punto luminoso a unos cuantos pies de altura por encima de la plataforma. El punto se hizo mayor. Se convirtió en un rostro en movimiento.

Poco a poco, fueron apareciendo la cabeza y el cuello completos. La cara se estaba volviendo hacia Mande Garwood.

-¡EL espíritu hablará! -declaró el rajá Brahmán, en tono impresionante.

Mande Garwood exhaló un grito terrible, y cayó al suelo. EL rajá se irguió, sobresaltado, en su trono. EL espíritu hablaba y sus palabras eran claras.

-Soy el espíritu de Dick Terry-dijo la voz-. No hace mucho tiempo, estuve con vosotros aquí, en el plano material. Ahora he ido al otro mundo. Fui asesinado... ¡asesinado!... y... ¡ahí está el hombre que decretó mi muerte!

Apareció una mano junto a la faz flotante. Su largo y luminoso dedo señaló, directamente, al entronizado místico.

Se oyeron exclamaciones y gritos entre los circunstantes. Todos habían visto vivo a Dick Terry. Reconocieron sus facciones. Para el rajá Brahman, aquello resultaba increíble.

-¿Le había traicionado Tony? No... ¡eso no era prueba! Aquél parecía Dick Terry. ¡Debía ser Dick Terry¡

Sin embargo, Dick Terry había muerto. Su asesino, Barney Gleason, se hallaba allí aquella noche. ¡Martín Slade había asegurado que Dick Terry estaba muerto!

El asombrado impostor experimentó un repentino temor.

Metiendo la mano debajo de su vestidura, sacó una pistola de cañón corto.

Se contuvo recordando el error del profesor Jacques.

Se había detenido justamente a tiempo. EL poner a prueba a aquella acusadora figura con una bala, de nada serviría.

¡Aquello era obra de La Sombra! ¿Sería aquél La Sombra, que desempeñaba el papel de Dick?

Tomando una decisión, el rajá saltó del trono y cruzó el cuarto, alejándose de la cabeza flotante. Llegó al interruptor y estuvo a punto de oprimirlo.

De pronto se dio cuenta de que semejante acto echaría a perder todos los planes que había estado madurando durante tantos meses.

Era preciso que hiciese frente a la situación, sin revelar el hecho de que era tan impostor y un canalla.

-¡Atrás! ¡Atrás, espíritu del mal!- ordenó, avanzando en la oscuridad. ¡Vuelve al otro plano! ¡Atrás, espíritu embustero!...

Una carcajada burlona pobló, con sus ecos, todo el salón. Salvaje, provocativa, sobrenatural, acuella risa parecía un grito del más allá. Dio a la escena un ambiente de realismo que sobrepasaba a toda imaginación.

-¡Atrás... ! ¡Vete de aquí... !

Los gritos del rajá Brahman resultaron lastimeros al quedar ahogada su trémula voz por otra sonora carcajada que parecía partir de las paredes y del techo. Unos ecos angustiosos, estremecedores, siguieron a la risa y se encendieron las luces.

Dick Terry saltó de la plataforma, con los brazos cruzados y la mirada acusadora fija en el rajá Brahman. El místico, retrocediendo, empezó a sacar la pistola. Entonces sonó una voz solemne a un lado del cuarto, junto al interruptor.

El rajá se volvió. Todos los miembros del círculo-unos de pie, otros acurrucados en el suelo - miraron en aquella dirección.

Tomás Telford se hallaba junto a la pared. Su rostro, nada viejo ya, brillaba con siniestra sonrisa. Sus ojos parecían ascuas vivas. En cada mano tenía una pistola.

-Has llegado al fin de tu carrera -le dijo, fríamente, al aturdido vidente-. El rajá Brahman, ladrón y asesino, terminó ya. Intentaste engañarme como engañaste a otros. Tu compañero de asesinato, Martín Slade, ha pagado sus crímenes con la vida.

»Tus días están contados, Bert Clutten (el hombre vestido de hindú se sobrecogió al oírse llamar por su verdadero nombre), y tu maligno trabajo ha terminado. Me has conocido bajo el nombre de Tomás Telford. Esa es una identidad falsa. Tomás Telford no existe.

»¡Conóceme ahora! Soy..

Antes de que el hombre alto pudiera pronunciar el nombre que el rajá Brahmán temía-el de La Sombra-se alzó una mano entre los acobardados circunstantes.

Brilló un revólver al oprimir un dedo su gatillo. Pero La Sombra, siempre alerta, había estado aguardando aquello. La pistola de su mano derecha escupió fuego. EL disparo repercutió en la sala. Benjamín rodó por el suelo escapándosele el arma de entre las manos.

-Tu compañero de crimen-anunció, fríamente, La Sombra-. El hombre a quien llamaban jefe. Benjamín Castelle, el supuesto escéptico. El fomentador de vuestras estafas. ¡El también es un asesino¡ -la voz calló, luego rectificó, burlonamente-: ¡era un asesino!

Era cierto. Benjamín Castelle estaba muerto. La bala de La Sombra le había dado en el corazón.

El rajá retrocedió hacia el extremo de la habitación sobrecogido, impotente...

Pero su malvado cerebro empezaba a vislumbrar un medio de salvarse. Al disparar La Sombra, la puerta del rincón se había abierto ligeramente y Barney Gleason estaba atisbando por ella.

Le era posible ver a Dick Terry, junto al trono del rajá. Veía el cadáver de Benjamín Castelle. Podía ver a los invitados retroceder, espantados, hacía cl rincón más apartado de la habitación.

No podía ver la alta figura de La Sombra, disfrazado de Tomás Telford. Pero sí vió al rajá Brahman sobrecogido ante una amenaza y observó la cara de acorralado que ponía el místico.

Lenta y cautelosamente, el jefe de los pistoleros asomó la cabeza por la abertura de la puerta. Intentaba descubrir a la persona que sabía debía estar junto a la pared. ¿Estaría enterado La Sombra del peligro que le amenazaba?

No se pudo saber nunca, porque Dick obró en aquel momento. Gleason, atento a la consecución de su propósito, había hecho caso omiso de Dick, que se hallaba de pie, silencioso y solo.

Dick vió el cañón de una pistola contra el marco de la puerta. Alzó rápidamente la mano derecha y apuntó el gatillo del revólver que sostenía.

Una bala se incrustó en la pared a pocos milímetros de la mano de Barney.

Fue la señal para que empezara la batalla

Barney Gleason retrocedió y apuntó a su nuevo adversario. Dick Terry corrió a refugiarse tras el trono del rajá. Gleason, viéndole fuera de combate, entró de un salto en el cuarto de sesiones, seguido de otro gangster.

Apuntaba, directamente, a La Sombra. Hizo varios disparos, en la esperanza de acabar con su formidable antagonista.

Pero La Sombra, pegado a la pared, no corría peligro de ser tocado por disparos hechos tan a tontas y a locas. Su propia pistola contestó en cuanto Barney Gleason salió a descubierto. El jefe de los pistoleros cayó con un balazo, en el estómago.

Maldiciendo y tosiendo, siguió disparando desde el suelo. Pero no podía apuntar y los proyectiles iban a parar muy lejos de su blanco.

La Sombra seguía apuntando con una pistola al rajá Brahman, que se hallaba al otro extremo del cuarto. Con la otra, disparó tranquilamente dos veces, derribando al pistolero que había seguido a Barney.

Los proyectiles de La Sombra le alcanzaron en el preciso momento en que daba un salto hacia atrás, intentando retirarse del cuarto.

Tras los disparos de La Sombra, se oyeron varias detonaciones detrás del trono. Dick Terry había empezado a tirar contra los otros pistoleros que entraban de la sala de recepción.

La Sombra hizo un último disparo que obligó a Barney Gleason a bajar el brazo ya debilitado. Luego giró para hacer frente a la nueva amenaza. Los gangsters se estaban retirando otra vez. Dick Terry los estaba apuntando.

La acción de La Sombra proporcionó al rajá Brahman la oportunidad que esperaba. Si hubiese intentado sacar la pistola y disparar, le hubiera inutilizado La Sombra; pero hizo otra cosa que resultó algo más rápida.

Saltó a refugiarse tras el enorme Buda de metal que había a un extremo de la habitación. Llegó detrás de él sano y salvo. El disparo que tras él hizo La Sombra alcanzó al costado de la enorme imagen.

Allí, el rajá aguardó. ¡Estaba seguro! Pero no había contado con su sorprendente adversario. Mientras Terry apuntaba hacia la puerta para impedir la entrada de refuerzos. La Sombra cruzó el cuarto, apuntando a la imagen con las dos pistolas.

El rajá Brahman apeló al único recurso que le quedaba. Asomó su pistola por el lado del Buda y disparó. Su primera bala no se acercó al blanco siquiera. La segunda rozó la manga de La Sombra. La tercera no llegó a dispararla.

¡Crac!

La pistola de La Sombra había contestado con una bala que le arrancó al rajá el dedo que tenía puesto en el gatillo. Su pistola cayó al suelo.

¡El falso médium se hallaba indefenso detrás de la imagen de Buda¡

En aquel instante sonaron disparos en otra parte del piso. Cardona y sus hombres habían llegado. Estaban luchando con los gangsters de la sala de recepción.

La Sombra, volviéndose momentáneamente, vió algo que nadie más observó, porque todas las miradas convergían en la sala de recepción.

Por el suelo de la plataforma encortinada, revólver en mano, estaba subiendo un hombre. Era Imam Singh. Dick Terry se había encargado de atarle.

Se había escapado y subido la escalera que conducía a la compuerta que daba a la plataforma de las materializaciones.

La plataforma se hallaba a treinta centímetros del suelo; pero tenia una compuerta también y su ancha base proyectaba sombra sobre el centro.

Imam Singh, aunque incongruente con su caracterización de Geoffrey Garwood, rebosaba odio al apuntar con su pistola a Dick Terry.

La Sombra puso fin a esta amenaza. Alcanzó al falso hindú con un balazo en el hombro y, al tambalearse éste, saltó sobre él y le derribó.

Joe Cardona entró corriendo. Vió la alta figura de Tomás Telford, al que no reconoció como La Sombra, quedarse oculta tras las cortinas.

Antes de que pudiera comprender lo que aquello significaba, vió al rajá Brahman coger su pistola y refugiarse de nuevo tras el Buda. El detective hizo una descarga. Su puntería era certera. El rajá cayó muerto.

Dick Terry luchaba con Imam Singh, con la intención de capturarla vivo.

Pero el hombre se desasió y recogió su pistola del suelo. Apuntó a Cardona, pero el detective le derribó de un balazo.

La acción de Imam Singh sirvió para demostrar que Dick Terry estaba al lado de la ley. EL joven soltó su pistola al ver que el detective no corría peligro.

Cardona, no, viendo más enemigos, arrancó las cortinas de la plataforma.

¡La Sombra había desaparecido! Había empleado la trampa del rajá Brahman para marcharse.

CAPÍTULO XXII
LIMPIEZA GENERAL

La redada del círculo psíquico fue consecuencia natural de la batalla librada en el piso del rajá. Habiéndose hecho cargo de la situación Cardona y sus hombres, el contenido del piso suministró sorprendentes pruebas de la fuerza, que había poseído la maléfica organización

Dick Terry hizo un relato de incalculable valor. Contó cómo le habían salvado de manos de la cuadrilla de Barney Gleason; cómo le habían dicho que permaneciese oculto; cómo había preparado Tomas Telford-al que Dick no llamó La Sombra-la sorpresa en casa del rajá Brahman.

Dick había recibido una llave de manos de Telford. Este le permitió entrar en el cuarto de abajo, donde se había escondido para esperar a Imam Singh.

Telford, que desempeñara tan importante papel, había optado por desaparecer. Cardona le hubiera querido como testigo; pero sabía perfectamente que jamás podría darse con el paradero de aquel hombre.

Porque comprendía que aquel hombre misterioso, cuya identidad resulta ser falsa era La Sombra en persona. Trabajando solo. Había engañado por completo a los astutos impostores.

Al rajá Brahman se le identificó, averiguándose que se trataba de un tal Bert Clutten. Imam Singh era un joven italiano llamado Tony Petruchi. Los dos llevaban muchos años ya explotando el negocio de los fantasmas.

En compañía de Benjamín Castelle, organizador que había dado al asunto sus altos vuelos, habían explotado el negocio hasta el punto máximo.

La confesión completa de Martín Slade lo había revelado todo. Astuto asesino, Slade había llevado a cabo la muerte de varias personas inocentes.

El libro azul del raja Brahman y sus ficheros contenían planes de nuevos crímenes en preparación que quedaban frustrados.

Cuando Cardona encontró la trampa que daba al piso de abajo y se dio cuenta del método que había empleado La Sombra para desaparecer, descubrió, al propio tiempo, el almacén con su equipo. Encontró disfraces, aparatos de toda suerte para el negocio en explotación.

Lo que más interesó al detective fue una silla en la que reconoció la usada por el profesor Jacques. Al examinarla, observó que un brazo tenía juego y, tras mirarla más de cerca, vió que ambos brazos se levantaban y volvían automáticamente, a su sitio.

Aquel sillón demostraba, palpablemente, que Jacques era el asesino de Harvey. Una vez detenido, el médium confesó lo ocurrido.

Harvey, un cómplice que le suministraba informes, llevaba consigo el cuchillo luminoso. Viendo jaleo, Jacques había alzado los brazos en la oscuridad y obtenido el cuchillo de manos de Harvey. Sus piernas seguían atadas a la silla.

Cuando Harvey luchó con su invisible atacante, que Cardona comprendió debía ser La Sombra, Jacques descargó un golpe sobre su adversario.

Pero un brusco movimiento del amenazado había hecho que el puñal se clavara en su propio cómplice. Soltando el puñal, Jacques había colocado nuevamente los brazos del sillón en su sitio.

Cardona no se había dado cuenta del «truco» por entonces. Lo vió ahora.

Porque La Sombra había dejado un brazo suelto para que lo encontrara.

Grandes titulares dieron en la Prensa la noticia del asalto a la casa del rajá Brahman. Quedó expuesta al público la gran organización de Castelle. Seguía la confesión del profesor Jacques como plato de resistencia.

Cardona causó sensación cuando empezó a revelar los nombres de los médiums de distintas partes del país.

Lo que más impresión cansó fue la declaración del detective en la que hizo saber que había visitado personalmente los círculos psíquicos de varias poblaciones y los había visto funcionar. Tenía pruebas y testigos de cómo operaba el circuito.

Las acciones de Minas de Cobre Coronado pasaron a la lista negra. El nuevo plan de Castelle para descargar acciones nuevas murió antes de nacer.

La gente honrada ahorró millones de dólares.

Obrando de acuerdo con informes recibidos de Nueva York, la policía de veintisiete ciudades cayó sobre los falsos médiums que habían formado parte de la organización.

Los impostores, desesperados, estaban dispuestos a luchar; pero, por todas partes, la policía se veía ayudada por conferencias telefónicas que le advertían cuándo debía atacar.

Los impostores que corrían a ocultarse caían en manos de la ley antes de poder escapar. En St. Louis, un grupo de falsos médiums tenían preparada una trampa mortal. Falló, por causas misteriosas, y los desesperados criminales intentaron huir por un túnel que pasaba por debajo de la calle.

Les detuvo un hombre vestido de negro, que apareció como un fantasma y les cerró el paso. Con una pistola en cada mano, les obligó a detenerse hasta que llegó la policía y los capturó.

Entonces desapareció el misterioso personaje, sin dejar más recuerdo de su presencia que una carcajada siniestra, que reverberó por el túnel.

La Prensa de todo el país cantaba las alabanzas de la policía que había obrado tan rápida y eficazmente. Jamás funcionaron las fuerzas de la ley con tan concentrado poder como entonces.

Parecía como si una mano invisible, sorprendente, y misteriosa, se hubiera alzado, con increíble precisión, contra el circuito de médiums. Y eso era, precisamente, lo ocurrido.

El detective Cardona, por su trabajo en acabar con los impostores asesinos, fue felicitado cordialmente por el comisario Weston. Pero bien sabía Cardona que él no había hecho más que desempeñar un papel secundario.

La Sombra, el misterioso batallador contra el crimen, había trabajado con verdadero genio. Y, en los archivos secretos de La Sombra, se encontraban las detalles completos de la redada de criminales y explotadores de la credulidad del público; hasta detalles que el as de los detectives ignoraba por completo.

¡Sólo La Sombra las conocía!

FIN